BIBLIOTECA DE "EL MUNDO"

EL VENDEDOR
DE
PERIODICOS

(Tercera parte de "Las Olas Altas")

NOVELA ORIGINAL

DE

DON JUAN A. MATEOS

MEXICO

TIPOGRAFIA DE "EL MUNDO"
Tiburcio número 20

1899

EL VENDEDOR DE PERIODICOS

CAPITULO I

Un beso y una flor

I

El *Jokey Club* había anunciado sus carreras de invierno y reinaba un entusiasmo extraordinario.

Una multitud inmensa se agolpaba en la ancha vía de Peralvillo; los carruajes y el gentío formaban una corriente, que se encauzaba en las puertas del Hipódromo.

En el interior del semicírculo, ocupaban las lumbreras las familias más elegantes, y en las gradas lo más apuesto de la sociedad.

Aquel movimiento continuo como el del kaleidoscopio, dejaba ver los múltiples colores de los trajes y de las

sombrillas, los plumeros arrogantes de los sombreros; se oían palabras confusas y el rumor de los abanicos, las voces de las apuestas y las disputas.

Sonaron los acordes de la música, y todo anunciaba una verdadera lid en aquella extensa arena.

En una de las lumbreras, se concertaba una apuesta entre dos damas y un caballero.

—Francisco, decía una rubia de ojos azules como el cielo y una boca nacarada como la flor del granado, que parecía exhalar un delicado perfume:

—Yo apuesto por *Bonaparte.*

—Pues yo por *Thermidor*, dijo el dandy; ya lo he visto correr, y siento, Lucrecia, que vaya usted á perder.

—No lo crea usted; tengo un ojo muy bueno.

—Si calculamos por los ojos, usted es la vencedora, señorita.

—Me asocio á Lucrecia, dijo otra joven, que era una morena de pupilas relucientes como el sol del desierto, de cabello negro como una noche tempestuosa, con un talle admirable, que se agitaba mansamente como las olas

del Océano cuando sopla brisa ligera.

—Son ya dos enemigos formidables, dijo el dandy, Cecilia y Lucrecia, dos bellezas incomparables.

—Y bien, ¿qué apostamos? dijo Cecilia.

—Lo que usted indique, señorita.

—Pues apuesto, dijo Lucrecia, esta camelia que llevo prendida al seno.

—No hay nada que valga lo que esa flor, dijo Francisco; confieso que no tengo qué apostar.

—Sí, hombre, un ramo de flores, que vale más que una sola flor.

—Aceptado, señorita, y nunca como ahora he deseado ganar una apuesta.

—Y nosotros, ¿qué apostamos? dijo Cecilia.

—Estoy á la discreción de usted, señorita Cecilia.

—Ya sabe usted que soy extravagante, contestó la joven morena, y tengo una idea.

—Debe ser buena y la acepto con el alma, dijo el dandy.

—Pues bien; si pierdo le daré á usted un beso en la mejilla.

—¡Me caigo muerto, señorita!

—No me atrevo á decirle á usted que dándole otro en el lado opuesto, lo resucitaba.

—¿Y qué apostaré yo contra un beso?

—Piense usted bien, amigo mío.

—Necesitaría recompensarlo con el cielo.

—No, algo de la tierra; no se encumbre usted como Cantolla.

La rubia soltó una de esas carcajadas adorables, que dejan ver todo el tesoro de esas bocas que enloquecen.

—Estoy derrotado, dijo el dandy, no puedo con ustedes.

—Si gano, dijo Cecilia, me regalará usted un pomo de esencias.

—Puesto que usted lo indica, la apuesta está cerrada. Y si pierde usted, ¿dónde recibiré?....

—Aquí mismo, no hay que ocultarse; sigo las costumbres americanas, que salen al encuentro de sus héroes y los cubren de besos.

—Supongo, dijo Lucrecia, que usted no se ruborizará.

—¡Estoy anonadado!

El cerebro de Francisco estaba entre la luz y la sombra, es decir, entre la rubia y la morena; su corazón se había bifurcado; sentía que amaba á las dos, lo cual no sería extraño, si observamos los fenómenosd el corazón humano.

Lucrecia lo atraía con sus ojos color de cielo y Cecilia con sus miradas de noche cruzada por relámpagos. Si le hubieran dado á escoger, elegiría.... á las dos.

II

Luego que el dandy se alejó, las jóvenes entraron en confidencias.

—Sabes, Lucrecia, que este vizconde Mafiori es un arrogante mozo?

—Cuentan que heredó la fisonomía de la madre, que dicen era una belleza sorprendente.

—Y cuentan, además, otras cosas, murmuró Cecilia al oido de su amiga.

—Son ya viejas historias que no deben preocuparnos; la presencia de

Francisco todo lo disipa; es un caballero en toda regla.

—Veo, Lucrecia, que á las dos nos gusta el vizconde.

—Así parece.

—Mira, dijo Cecilia, sin interesar nuestros corazones y como si se tratara de una apuesta en el Jokey, veamos quién se lleva en las ruedas de su carro al vizconde.

—Me parece muy bien; desde hoy comienza la batalla. ¡Pobre vizconde!

—Se le espera una tempestad que ni siquiera se sospecha.

—Pero con nuestros apasionados ¿qué vamos á hacer?

—Les aplicamos una ducha fría y que se esperen; al fin no estamos enamoradas.

—Y aun cuando lo estuviéramos, dijo Lucrecia, el amor es uno y la conquista es otra cosa.

—Ahora, dijo Cecilia, variando de conversación, nos están devorando con los gemelos aquellas ancianas.

—Sí, ya las veo, dijo Lucrecia, parecen unos canónigos con esos sombreros negros.

—Como que son de la sociedad del Corazón de Jesús.

—¿Y por qué nos verán tanto?

—Son amigas del vizconde y han de estar disgustadas; nada incomoda tanto á una vieja como estar en el apartado.

—Lo miman mucho; aquí hay gato encerrado.

—¿Qué más gatos que esas señoras?

—Hay un misterio en la vida de Francisco.

—Pues nosotras estamos próximas á penetrar en él.

—Como que una de las dos tiene que llevárselo.

—Naturalmente.

—Pero este vizconde no le da mucha importancia al título.

—Desde que los caballos se llaman *Wéllington* y *Napoleón*, ya los títulos están por los suelos.

—La democracia, hija mía, la democracia, dijo riendo Lucrecia.

III

En aquellos momentos se escuchó un aplauso estruendoso en el Hipódromo.

Apareció un caballo overo, de crines tendidas, contra la usanza en las carreras, unas manos ó *remos*, como dicen los corredores, finísimos y abiertas las patas traseras, el cuello tendido, los ojos árabes.

Parecía que el animal gozaba con el espectáculo, porque sus miradas se dirigían á todos lados.

El jokey vestía pantalón de color blanquísimo, bota charolada y bluss color de fuego y la gorra á gajos blancos y rojos.

Caminaba inclinado sobre el animal y lo llevaba pausadamente, para ostentar su arrogancia.

- ¡Es *Thermidor*!..... ¡Es *Thermidor*! se oía decir en todo el circo.

Cuando se serenó aquel mar, un jokey, igualmente elegante, pero con la

blusa y la gorra azules, entró en e estadio, montando un hermoso alazán, de las razas de lo Tesalia.

Era la figura tan artística, que la multitud lo saludó con un aplauso frenético.

—¡Es *Napoleón*! ¡Es *Napoleón*! gritaban en las graderías.

Una tropa de jokeys montados también en caballos de carreras, penetraron en la arena; pero se había anunciado que *Thermidor* y *Napoleón* correrían solos.

Las apuestas se multiplicaban, todos iban al acaso, porque los animales eran irreprochables. No había nada visto; la suerte decidiría.

Recobróse el silencio; ese silencio que precede siempre á un acontecimiento esperado con ansiedad.

Sólo se escuchaba á la multitud que chocaba por fuera contra el edificio.

Ya en aptitud de combate y con los fuetes preparados y con la vista fija en las orejas de los corceles, los jokeys esperaban la salida, conteniendo apenas el ardor salvaje de los caballos.

Desplegóse la enseña en el palco de los jueces, y como al disparo de una flecha, partieron el alazán y el overo entre las primeras nubes de polvo de la lucha.

La carrera era tan simultánea, que parecía precisada por un movimiento matemático.

Nadie respiraba; todos estaban con la mirada fija en aquel brillante espectáculo.

Vencieron la primera vuelta sin ventaja alguna y comenzó la segunda, en la cual se notó que el overo iba perdiendo la distancia, que aunque pequeña, acusaba una ventaja por parte del alazán.

Entonces comenzaron los gritos de los jokeys, el fustigar con los látigos y el correr de los acicates.

Desprendióse una gritería en todo el hipódromo que enloqueció á los caballos, que iban á todo arranque en la velocidad de la carrera.

El alazán se había extremado tanto, que los conocedores aseguraban que no podría contener la tercera vuelta, aunque su ímpetu era poderoso.

Al llegar al punto de partida, casi todas las ventajas habían desaparecido, y se iba á jugar el todo por el todo.

La música y los gritos hacían una tempestad; la fiebre se había apoderado de aquella concurrencia.

Las señoras agitaban los pañuelos, lo que le daba al hipódromo una animación que rayaba en delirio.

La música ya no era música, era otro ruido confuso que se agregaba á aquella tormenta.

El alazán se hubiera adelantado algunos cuerpos, cuando el jokey, que llevaba al overo, presintiendo la derrota, hizo un esfuerzo supremo, azotó desapiadadamente al overo, le sangró los hijares con el acicate de oro y lo lanzó sobre el alazán, con tal fuerza, que lo arrojó en la pista.

Cayó el jokey y estrelló el cerebro sobre la arena.

Ginete y caballo quedaron muertos sobre la arena.

El overo llegó triunfante y la gritería y los aplausos se redoblaron.

Ni la muerte del hombre y del ani

mal fueron suficientes á contener el entusiasmo frenético de la multitud.

Los jokeys sacaron de la pista el cadáver de su compañero, y la concurrencia, sin preocuparse con el suceso, despejó el hipódromo.

IV

El vizconde Mafiori subió al palco de sus amigas, y dijo lleno de sumisión:

—Señoritas, he ganado, pero me permito suplicar á ustedes que olviden las apuestas.

—Caballero, dijo Lucrecia, tenemos una palabra y no sabemos faltar á ella, á no ser que usted tenga lo que pudiéramos decir, la falta de galantería de rehusar lo que hemos perdido.

—Perdón, señoritas, pero como yo no merezco.....

—Aquí está mi flor, dijo Lucrecia, y me permitirá usted que la ponga en el ojal de su levita.

—A mucha honra, señorita, pero no antes que la lleve á mis labios.

El vizconde besó la camelia y Lucrecia la colocó con mucho cuidado en la solapa del dandy.

—Señor vizconde, dijo Cecilia, ahora me toca mi turno.

El vizconde estaba confuso.

—No es cosa de repetir dos veces, dijo la morena, imponiéndose al joven.

El vizconde se inclinó, Cecilia pasó el brazo por el cuello del joven y acercándose á su rostro, estampó un beso ardiente en su mejilla.

El vizconde se estremeció.

—Gracias, gracias, exclamó algo turbado.

—Vámonos, dijo Lucrecia.

Y tomándose del brazo del vizconde llegaron á su carruaje, que apenas habían distinguido en aquel tumulto.

El vizconde saludó ceremoniosamente á las damas, ellas agitaron sus pañuelos y el coche se perdió en el torbellino.

——

V

El vizconde se había quedado viendo alejarse el carruaje de las jóvenes, cuando dos caballeros se acercaron á él de una manera agresiva.

—¡Esa flor! dijo uno de ellos.

Y arrebató la camelia de la levita del vizconde.

Simultáneamente el otro caballero le dijo, con ira mal comprimida:

—¡Ese beso!

Y le dió una bofetada.

El vizconde cerró los ojos y apretó los puños.

—¡Ira de Dios! exclamó. ¡Yo abofeteado!

Se necesitaba de toda su educación y más aún, para haberse contenido ante aquellos últrajes.

Con entera calma, de esas calmas que asustan, se dirigió á los dos desconocidos:

—No sé, les dijo, qué pueda haber

motivado estos insultos, ni lo necesito saber. Supongo que ústedes habrán calculado mi respuesta.

—La esperábamos.

—A usted que ha tocado infamemente mi rostro, le doy la preferencia; tendremos un duelo á muerte y si sobrevivo, seguiré con usted en el acto.

—Aceptado, dijeron los dos.

—Y esto ha de ser ahora, dijo el vizconde; mañana sería tarde; me hubiera muerto de vergüenza.

—Sea como usted quiera.

—Ahí está mi carruaje, pasaremos por mis armas y estamos listos; no hay necesidad de testigos.

—Es que.... dijo uno de ellos.

—Es que cuando se ultraja á un caballero, no se debe tener miedo á las consecuencias.

—Vamos, contestó el desconocido.

Subieron al carruaje, pasaron á la casa del vizconde, que era una de las más hermosas del Paseo de la Reforma, tomaron dos pares de pistolas de duelo y se dirigieron rumbo á la Piedad.

VI

Anochecía cuando el carruaje llegaba á la garita de Tacubaya y doblando á la izquierda, entraba en esa calzada de árboles hermosísimos á los que el Panteón de la Piedad y el Cementerio Francés ha dado un aspecto fúnebre.

Hace algunos años, aquellos sitios eran un lugar de recreo, de bailes y de banquetes; hoy todo es tristísimo; aquella calzada es el camino de la eternidad.

El desfile de los muertos es continuo, el suelo está bañado con lágrimas.

La noche era obscura; los árboles, como fantasmas, alzaban un rumor vago; allá, á lo lejos, se veía la ciudad entre las estrellas de luz eléctrica.

El viento apenas gemía entre los matorrales, como murmurando oraciones sobre los sepulcros de los muertos.

El silencio era espantoso.

Llegó el coche á la glorieta y se detuvo.

—Bajemos, dijo el vizconde, y tomando la caja de las pistolas, fué el primero en salir del carruaje.—Espera aquí, dijo al cochero, y seguido de los desconocidos, avanzó hasta llegar al campo, que está limitado por el Cementerio Francés.

—Aquí, dijo, y puso la caja de pistolas en el suelo, próximo á la barda.

—Caballero, dijo el desconocido, aún es tiempo de una reparación; somos los novios, ó más bien pretendientes, de Lucrecia y Cecilia, y nos exaltaron las preferencias inusitadas que tuvieron con usted.

—Caballero, dijo el vizconde, á un hombre abofeteado no se le dan más explicaciones que las que aconseja el honor.

—Pero si el arrepentimiento....

—No, no, dijo el vizconde, me arde la mejilla.... Me ha tocado usted el rostro y ahora tiene que matarme.

—Sea en buena hora, como usted quiera, dijo el desconocido.

—Caballero, dijo el vizconde al otro que permanecía callado, cargue usted las pistolas.

Casi tentaleando, cargó las armas.

Y dirigiéndose al que le había dado la bofetada, le dijo el vizconde:

—Tras esa tapia, caballero, hay un sepulcro abierto; es para uno de los dos.

El desconocido se estremeció.

—Nos acercaremos lo más posible, agregó el vizconde, porque la obscuridad es muy densa; el señor dará la señal de fuego.

Se situaron á distancia de cuatro pasos.—¡Fuego! gritó el desconocido.

Se oyeron dos detonaciones casi simultáneas.

El desconocido se derrumbó entre los matorrales.

—Lo he matado, dijo e viz conde.

Cruzó un relámpago espantoso por su mirada, se acercó al herido, le tocó la cabeza y el pecho, donde estaba la señal de la entrada del proyectil marcada por un torrente de sangre.

Sintió el calor siniestro del rojo licor y empapó su mano, revolcándola en la herida.

—Así, así se borra la deshonra, exclamó como un loco, y se llenó de sangre el carrillo, restregándosela sobre el rostro.—Ahora al otro, dijo, y se volvió en busca del desconocido, quien asustado de aquella catástrofe, había huído entre las sombras pavorosas de la noche.

Trastravillando en la obscuridad y casi demente, llegó á donde estaba el carruaje y se entró en él, perdiéndose en la calzada.

VII

El vizconde no advirtió que un coche había ido siguiendo cautelosamente al suyo.

Cuando los combatientes se detuvieron en el campo de la lucha, un hombre se deslizaba furtivamente entre los magueyes, y con ojos chispeantes como los de la serpiente, asistía al lance.

A la hora de los disparos, vió caer

al adversario del vizconde y huir al otro.

—¡Ya lo tengo en mi poder! exclamó, y pausadamente tomó el camino de Tacubaya.

Después de una hora llegó al Convento de San Diego, llamó con un toque particular, se abrió la puerta y se lo tragó la sombra.

CAPITULO II

Las citas

I

Cecilia de Armendáriz era cubana.

El fuego del sol de su país caldeaba su sangre, y aquel organismo era terrible en todas sus contingencias.

Amaba hasta la locura; odiaba hasta el delirio.

Su inteligencia era clara, concebía una idea y la realizaba con ímpetu.

Lo mismo se empeñaba en una venganza de mujer que en una acción sublime.

Era arrojada sin medir el peligro; tenía una virtud rara en su carácter: sabía llorar.

Era una mezcla de ángel y demonio.

Amaba con todo el entusiasmo de su raza.

El padre de Cecilia era español.

II

Comenzaron los disgustos de familia y los escándalos del hogar, porque Cecilia no toleraba á ningún español; había arrojado de la casa á su novio y aun á los amigos de la familia.

El señor Armendáriz vivía contrariado, porque amaba con delirio á su hija y hasta le hacían gracia sus arranques de patriotismo.

Había concluido por no concurrir á parte alguna, temiendo las imprudencias de Cecilia.

Cuando Weyler mandaba hacer una ejecución, Cecilia salía á la calle enlutada y llevaba en su carruaje coronas de flores, que iba á depositar al sepulcro de los ajusticiados.

Llegó Armendáriz á temer por la suerte de su hija, porque en aquellos momentos la insurrección estaba en toda su fuerza y las pasiones tomaban una corriente impetuosa.

Las fuerzas insurrectas burlaban las *trochas*, volaban las vías férreas, despedazaban las locomotoras, atacaban los convoyes y libraban combates espantosos.

Los españoles entraban á sangre y fuego á las poblaciones, y aquella desgraciada isla era presa del furor revolucionario, que se deshacía en mares de sangre.

Llegó á la Habana la noticia de la muerte de Maceo en Punta Brava.

Aquello despertó el entusiasmo más grande en las filas españolas, porque Maceo había sido el héroe de todas las jornadas, el hombre de todos los asaltos, el guerrillero de todas las emboscadas, el ídolo de todos los partidarios de la insurrección, que perdía su brazo derecho en esa partida ganada por las casualidades del destino.

Un capitán apellidado Cirujeda, mandaba la partida que batió á Ma-

ceo, sin saber que se las había con aquel hombre terrible.

Después de una pequeña refriega, un soldado que desnudaba á los muertos, se encontró con uno que llevaba calcetines de seda, lo que le causó gran sorpresa; tomó la prenda que tenía las iniciales J. M. y la llevó á Cirujeda.

El oficial sospechó que era Maceo, y corrió en busca del cadáver, que ya se lo habían llevado los insurrectos.

Como era un suceso tan notable, corrió por el campo insurrecto la noticia y pasó al campamento español.

Cirujeda se dirigió á la Habana, llevando los calcetines de Maceo.

Luego que se supo la llegada del capitán, los voluntarios lo fueron á recibir con músicas y le hicieron una grande ovación, casi le llevaban en hombros por las calles.

Al pasar frente á la casa de Armendáriz, Cecilia arrojó sobre Cirujeda una lluvia de calcetines.

Algunos tomaron esta ocurrencia como una burla á los partidarios de la insurrección; pero otros comprendie-

ron todo lo terrible de la sátira y comenzaron á hacer disparos sobre la casa de Armendáriz.

Salió el español al balcón con el uniforme de voluntario y lo aplaudieron; pero todos pedían que entregara á su hija.

Cecilia apareció terrible como esas mujeres de la Biblia y se encaró á la multitud.

—¡Muera la insurrecta! gritó toda aquella avalancha.

—¡Viva Maceo! gritó Cecilia con toda su fuerza.

El español la metió del balcón, y por las azoteas la libró del populacho y la tropa que invadió la casa y destrozó todo.

Al día siguiente y rodeada de precauciones y ocultando su nombre, tomó pasaje en un trasatlántico la joven cubana, y á los cuatro días arribó á las playas mexicanas, no sin descubrirse al capitán del buque que estaba furioso,

III

Como Cecilia era bellísima, desde luego hizo gran éxito en la sociedad mexicana.

La rodearon todos los partidarios de la insurrección y comenzó á revolucionar públicamente.

Convocó la primera *velada* en honor de Maceo, que se verificó en el gran salón del Tívoli del Eliseo.

Discursos, himnos, versos, lluvias de flores, coronas al busto del héroe, cuanto pudo haber para dar brillo á la ceremonia,

Aquel corazón, libre ya del yugo español, pudo gritar con toda la fuerza de su entusiasmo:—¡Viva la Independencia!

Las fiestas cubanas eran bellísimas; todas las familias proscritas, que habían encontrado en el suelo mexicano un generoso abrigo y un gran cariño, se asociaban como una turba de go-

londrinas que pronto regresarían al cielo azul de la patria.

Como México es tierra de libertad, pudieron sin temor alguno tener sus expansiones, hacer sus fiestas, escribir sus periódicos, en fin, todas las manifestaciones de las almas oprimidas, sedientas de revindicación.

Cecilia era el centro de aquellas reuniones, recogía los donativos y los enviaba á Estrada Palma á Nueva York para ayuda de la guerra.

Aquella cabeza deliraba, aquella imaginación se encontraba en su elemento entre aquellos aturdimientos de la política.

IV

Un día se acordó de que era mujer.

Todos sus instintos se revelaron, al poner sus labios ardientes en la mejilla del vizconde.

Aquello había sido una broma que se convertía en una tempestad.

Aquello fué un choque eléctrico cu-

ya conmoción llegó al fondo de su pecho.

Besar á aquel hombre y no volverlo á ver era imposible; eso se hace con un ídolo de barro ó con una estatua, no con un ser viviente.

Aquel hombre también debía amarla; no podía impunemente haber rosado con sus labios aquella mejilla.

Un beso puede también llevar el sello de la muerte.

La imagen del joven vizconde no se apartaba de su memoria y una inquietud profunda dominaba su espíritu

A veces se revelaba contra sí misma; porque se sentía esclava de sus pensamientos, y aquel amor era una señoría sobre las libertades de su alma.

No podía ni quería retroceder; aquel hombre tenía que arrojarse á sus pies, ser su esclavo.

Así lo determinó en su carácter indomable y sus resoluciones eran tremendas.

Se acercó á un pequeño escritorio, tomó un papel fino y perfumado, trazó unos cuantos renglones que encerró en un sobre y rotuló.

Agitó la campanilla y se presentó una doncella.

—Hija mía, dijo con displicencia, esta carta al señor vizconde Mafiori.

La joven tomó la carta y salió del aposento.

La criolla se recostó en el confidente y comenzó ese sueño, despierta y en pleno día, que envenena los sentidos y abre un cauce al torrente de las pasiones.

Con los hermosos párpados entreabiertos y una sonrisa delineada apenas en sus bellísimos labios, parecía entregada á un éxtasis musulmán, allá en los retretes del harem.

V

Lucrecia era mexicana, nieta de un húngaro.

La madre había muerto y la niña había quedado confiada á su abuelo que la idolatraba.

El viejo cuidaba á la niña más que á sus tesoros; era la única, la sola ilusión de sus últimos días.

Como niña mimada y rica, su carácter se hizo altivo y su voluntad no tenía límites.

Estaba orgullosa de su hermosura, y tenía razón.

Aquellas manos blancas, surcadas de venas azul pálido, aquellos cabellos rubios que caían blandos por sus espaldas de Venus, aquellos pies de miniatura, aquel talle de almendro y la mirada intensa que llegaba hasta el fondo del corazón, eran un portento.

Cuando los brillantes se enlazaban á su cuello, parecían gotas de rocío sobre las hojas blanquísimas de la camelia.

Era una mujer que pudiéramos llamar impalpable, á fuerza de ser espiritual.

Tenía la conciencia de su belleza y se sonreía al verse tan hermosa en las lunas venecianas.

No había amado nunca; creía abatido su orgullo ante el amor de un hombre.

Era un sér superior á quien todo debía subalternarse.

Un sólo favor había concedido en su vida, habíase desprendido de una flor para dársela á un hombre.

Pero aquello había sido la deuda de una apuesta, no una ofrenda de amor.

Y no obstante, aquel contacto la había hecho estremecer.

Un relámpago había pasado por el cielo de su alma.

Se enojaba al pensar que había una ilusión en su cerebro.

Estaba pensativa y pesarosa.

No comprendía que había sonado la hora de amar.

Tenía muchos adoradores, y por indiferencia misma, le daba algo de preferencia á aquel desconocido, que le había arrancado de la solapa la flor al vizconde.

Ignoraba lo del duelo.

Temía ver al joven; pero no sabía cómo comunicarse, y creía que dilatar una entrevista era perder todo el plan que se había trazado.

Era necesario inventar algo para cubrir su orgullo de mujer, y que alejara toda idea que pudiera comprometerla.

VI

Afortunadamente en aquel momento echó una mirada sobre el periódico que acababan de poner sobre la mesa, y leyó un párrafo sobre el cual se llamaba fuertemente la atención.

«Anoche, cerca del Panteón Francés, se recogió el cadáver de un caballero, con una profunda herida en el pecho. Según los papeles que llevaba en la cartera, su nombre es el de Alfredo González, y se infiere que medió un duelo.»

—¡Alfredo! exclamó la joven; el pretendiente de Cecilia.

Después, reflexionando un tanto, se dijo:

—Ya tengo el pretexto.

Y tomando la pluma escribió unas cuantas líneas, que envió al vizconde Mafiori.

—¿Quién mataría á ese hombre? se preguntaba..... ¿Habrá sido el vizconde?.... Decían anoche que había tenido en las carreras un lance.....

bien puede ser. Si ese hombre hubiera sido el matador de Alfredo.....

Pasó un relámpago por su cerebro.

La figura del vizconde crecería á los ojos de Cecilia.

—No sé por qué tengo miedo á esa mujer, dijo para sí.

Guardó un momento de silencio, y luego continuó:

—Ese beso dado en la mejilla del vizconde ¡no puedo olvidarlo¡. ..... ¿Qué me importa?..... Mi poder es grande; yo arrastraré á mis pies á ese hombre, soy bella, soy rica, poseo la seducción, soy irresistible!

Todo su orgullo de mujer se reveló en esos instantes y se creyó poderosa; su altivez lo dominaba todo.

Necesitaba nada más un poco de serenidad, para afrontar el combate y decidir la victoria.

Lucrecia tenía todos los elementos que necesita una mujer para subyugar á un hombre; no tenía mundo, pero la mujer nace con un instinto maravilloso.

La cita era para el día siguiente, estaba segura de su triunfo.

VII

El vizconde llegó á su casa cubierto de polvo y de sudor, le parecía que despertaba de una pesadilla.

La luz del trueno, el grito de la víctima, lo espantoso de la noche, todo arrojaba lo terrible del drama en su cerebro.

¡Había matado á un hombre!

Pero también llevaba en el rostro la señal de una bofetada.

El no había provocado el lance; las tinieblas habían señalado al que debía caer en el fondo de la tumba.

Había sido obligado; no le remordía en nada su conciencia.

—¡Nací en día fatal! exclamó el vizconde, ¡he arrastrado una existencia de desdichas, estoy solo en el mundo! Ese padre Angelini me habla siempre de otra vida.... no lo comprendo.

Como respondiendo á aquel recuerdo, se oyeron dos golpes dados á la puerta.

El vizconde se estremeció, creía

que la justicia venía por él para castigarlo.

—¡Adentro! exclamó con voz trémula.

El padre Angelini penetró al aposento.

El vizconde parecía abismado en sus pensamientos.

—Cuando el hombre, dijo el jesuita, siente el azote de las tempestades, cuando proscrito y lleno de vicicitudes no encuentra piedad ni misericordia, entonces vuelve la vista doy de lo aguarda el reposo del alma, la quietud del espíritu.

El vizconde no oía nada.

—Pero en estos momentos todo es imposible, el mundo grita, la tempestad es atraente, el abismo llama y el cerebro está loco.

—Sí, loco, murmuró Mafiori.

—Aun no ha sonado tu hora..... Mira esta sotana, es el broquel que nos resguarda en los combates de la vida, es la armadura de las batallas de nuestro destino.

—Sí, sí yo estoy indefenso, dijo el vizconde.

—No ha llegado el momento de arrepentirse; un día, dos, tres, y ya habrás olvidado, y esa sangre, fresca aun en tus manos, se habrá oreado para siempre.

—¡Imposible!

—Sí, ya no recordarás nada, ó los recuerdos pasarán en tu cerebro instantáneos, como la luz del relámpago.

—Yo os juro....

—No jures, estás en la fuerza de la vida; aún no llegas á hombre todavía.

—Pero lo que acaba de pasar es espantoso.

—No es nada; te quedan otras catástrofes más espantosas; pero yo estaré á tu lado en espera del momento definitivo..... Yo haré tu salvación, tú caerás de rodillas á mis pies y yo te levantaré para recibirte en mis brazos.

En aquellos momentos llamaron á la puerta.

VIII

Levantóse el padre Angelini y abrió.

—Esta carta para el señor vizconde.

—Dámela y vea.

—Aquí tienes esta carta, dijo el jesuita, reconociendo la mano de mujer en el sobre.

El vizconde la abrió maquinalmente.

Pasó la vista y lanzó una exclamación.

—Es de la señorita Cecilia, dijo, mostrándosela al jesuita.

—Me querrá tomar cuenta del asesinato; ese hombre era su novio.

—Conozco á esa joven, dijo Angelini, no es precisamente una reconvención, acaso habrá pensado en sustituirte.

—¡No, no lo creáis; sería una infamia!

—Poco conoces á las mujeres; tú

vas á caer en un abismo; esa joven te será muy fatal.

—Huiré de ella, dijo el vizconde.

—No, no huirás, estoy seguro, ya estás envenenado; el beso de hoy te ha costado sangre; esta carta quién sabe lo que pueda traer sobre tí.

—Soy fuerte.

—¡Mentira! Eres débil, muy débil.. En estos momentos ya estás viendo el rostro encantador de esa mujer....

—¡Es verdad! ¡Es verdad!

—Sabes que te tiende un lazo y no puedes resistir; sigue tu destino!

—¡Padre, por compasión!

Volviéronse á oir otros toquidos en la puerta.

—Esta carta para el señor vizconde, dijo una criada.

—¡Es letra de mujer! exclamó el jesuita.

La tomó el vizconde y se llevó las manos á la frente luego que hubo leído la firma.

—¿Qué pasa? dijo Angelini.

—Mirad reverendo padre.

El jesuita leyó la carta y se quedó meditabundo.

Después de algunos momentos de silencio, dijo:

—Si no me equívoco, este es un combate entre dos mujeres que se disputan una presa.

—No creo que estas dos damas se ocupen de mi humilde personalidad.

—Puede ser, dijo el jesuita; pero ninguna mujer se dirige á un hombre en esta forma, sino es con dos objetos: ó porque lo necesita como ayuda para sus intrigas, ó porque se interesa por él.

—Reverendo padre, yo no admito esos papeles.

—Eso mismo creo que han de suponer de tí esas jóvenes, y entonces será por lo segundo.

—¿Y qué hacer?

—Lo que cumple á un caballero; ir á las dos citas y obrar como quien eres.

—No sé qué hacer.

—Ni yo puedo aconsejarte. Esas jóvenes van á emprender un torneo en que se atraviesan el amor propio y el orgullo.... ¡Siempre el orgullo!.... Tú vas á ser el juguete de esas pasio-

nes encontradas.... Conozco el mundo; sé de memoria la sociedad.

—¿Y cómo podré librarme?

—De ninguna manera; los dados están sobre el tapete..... ¡Que Dios te ayude, hijo mío!

IX

Salió el jesuita del aposento del vizconde con aire satisfecho y murmurando:

—Tiene un espíritu apocado, las desgracias lo abaten, está llorando por un espachadín cuya muerte es una felicidad.... Estaría yo azorado si una sola mujer lo llamase; pero son dos, y lo van á enloquecer..... Ya es mío..... Aquí va á pasar una tragedia.... Mi plan no falla; este desgraciado entrará más tarde á la Compañía de Jesús.

Luego que desapareció el jesuita, el vizconde tomó las cartas y las leyó repetidas ocasiones.

—Si es un lance de amores, dijo, es-

toy indeciso, porque las dos son hermosísimas... La húngara es encantadora y la cubana es una maravilla... ¿Si estaré enamorado de las dos?.... ¿Y ese hombre?..... ¡Qué diablo!... Estos son lances de sociedad.... Al fin yo fuí el ofendido y á pesar de eso arriesgué la vida.... Le tocó la suerte adversa; ya no hay para qué ocuparse del asunto.

Se recostó y volvió á tomar las cartas.

—¡Diablo!..... Este beso todavía lo siento debajo de la bofetada..... ¡Y el jesuita que me indica la vida monástica! ¡Caracoles!.... Yo presbítero... No faltaba otra cosa, cuando el mundo me deslumbra y las mujeres son mi encanto!.... No soy dueño de los sucesos y me entrego á mi destino.

Pensando en Cecilia y en Lucrecia se fué quedando dormido, sin que apareciera en sus sueños la sombra del muerto.

CAPITULO III

Revelaciones.

I

El vizconde había pasado la noche presa del insomnio.

Apenas había despuntado la luz, cuando se había levantado y vestido en *grande tenue*, siendo la cita de Cecilia á las once y la de Lucrecia á las siete de la noche.

Estaba abismado en sus pensamientos; sabía que estaba al borde de un abismo, pero no podía detenerse.

Hablar con aquellas mujeres y contraer un terrible compromiso, todo era uno.

Comprendía que al llamarlo, se daba principio á una aventura peligrosa, pero no podía excusarse ni lo pretendía.

Podía elegir una, ¿pero cuál de las dos? La una era un sol con todos sus

resplandores; la otra, una noche con todas sus constelaciones.

¿Podría aspirar al amor de ambas?.... Esto era una quimera irrealizable.

¿Desairar á una? No, imposible, entonces era necesario entregarse al acaso, ponerse en brazos del destino.

Afrontar la tempestad, desafiar el desastre y que las circunstancias determinaran los sucesos.

Pensaba en Lucrecia y se enloquecía; volvía su pensamiento á Cecilia y deliraba de pasión.

Aquella lucha no terminó; la hora avanzaba y se encontraba tan indeciso como en el primer momento.

¿Y si fuera un capricho para burlar su buena fe? ¿Le esperaba como término la burla y el ridículo? ¿Era acaso una apuesta para convertirlo en una víctima?

No era posible que las dos lo amasen, y menos de una manera tan imprevista y repentina.

Entonces afrontar el lance, entrar en el juego, convertir aquellas citas en una aventura y salir airoso, sin

pasar por un cándido ó un inocente.

Armóse de toda su sangre fría, despejó todas las nubes de la vanidad y del orgullo, y esperó sereno el instante de la crisis.

II

Un criado abrió la puerta.

—¿Qué quieres? le preguntó el vizconde.

—Un caballero pregunta por el señor.

—¿A estas horas?.... ¿Quién podrá ser?.... Que pase.

Presentóse un caballero, vestido correctamente.

Tendría unos cuarenta y dos años, bigote acicalado y negro; su cabello perfectamente arreglado; ojos negros y de una mirada penetrante; su aspecto todo según las reglas de la elegancia social.

—El señor vizconde Mafiori? dijo con voz timbrada.

—A vuestras órdenes, caballero, di-

jo Francisco, y le indicó un asiento.

El desconocido cruzó los brazos y se quedó contemplando al vizconde, y después de unos momentos exclamó:

—¡El es!

Francisco no comprendía nada.

El caballero sacó un pañuelo y limpió el sudor que inundaba su frente; permanecía callado, y como evocando el mundo de sus recuerdos.

—¿Y bien, caballero? dijo el vizconde, espero respetuosamente las órdenes de usted.

El desconocido no contestó, lo estaba mirando tenazmente.

El vizconde guardó silencio y esperó.

—Hay sucesos, señor vizconde, que abisman, dijo el desconocido; que parecen un sueño, más bien una pesadilla.

El vizconde no respondió.

—Hace veinte años, continuó el caballero, que voy tras de una sombra en el espantoso trayecto de la vida; pero parece que he llegado al término de esta carrera que parecía eterna.

El vizconde comenzaba á impresionarse; no obstante aquel hombre le era simpático y no engendraba ninguna sospecha ni inquietud en su ánimo.

—Caballero, dijo al fin el vizconde, desearía, si usted me lo permite, saber el objeto de su visita, para obsequiar sus órdenes.

—¡Francisco Mafiori! exclamó el desconocido; tú no me conoces; yo te he tenido en mis brazos; la sangre que circula en tus venas es la misma que se precipita en estos momentos en mi corazón!

Francisco estaba estupefacto.

—Sí, continuó el desconocido, la fatalidad te arrancó de mis manos; tu existencia es un milagro!

—¡Caballero, explíquese usted, por Dios, yo no comprendo nada y..... ¡tengo miedo!

—Hubo una mujer bella y llena de encantos, era tu madre... Un día, acaso el más aciago de su vida, me confió el tesoro de su hijo..... Ella creyó que no te separarías nunca de mi lado, cuando, en esa misma hora,

el crimen más infame te arrebataba del hogar para arrojarte al Sena, y borrar las huellas del delito!

—¡Pero esto es horrible! exclamó Francisco.

—Sí, el crimen más horrendo se consumaba con un niño; pero siempre hay una mano piadosa que contiene los ímpetus desesperados de los hombres. Te busqué, gasté grandes sumas y dí con el asesino.

—¡Siga usted, siga! gritó Francisco.

—Una mujer fué sentenciada á la guillotina, por haber extrangulado á su amante, que le había robado sus joyas. Estaba en capilla, cuando recibí una carta del alcaide de la prisión, que me llamaba, porque la mujer reo quería hablarme. Corrí á la prisión y me encontré con la mujer á quien te habían confiado.

—¡Miserable! gritó Francisco.

—Sí, era ella; se arrodilló á mis pies, llorando, y me confesó que había robado tu herencia y te había arrojado al Sena; que la perdonase.

—¡Infamia, infamia! exclamó el vizconde.

—Me embocé en mi capa y salí de aquel recinto con la agonía en el corazón. Al día siguiente la mujer fué guillotinada.

—Justa expiación, murmuró Francisco.

—Tu madre me había dejado una fuerte suma, que constituía tu fortuna; por casualidad salvé del robo una gran cantidad y me propuse aumentarla.

—¿Pero quién era mi madre?

—Espera; compré perlas y diamantes; me puse en comunicación con una gran casa de París y entré de lleno en el comercio de alhajas. Marché á Alejandría y al Cairo, hice ventas fabulosas, pasé á Constantinopla, donde mis ganancias fueron exhorbitantes. El capital era ya cuantioso; pero tú habías desaparecido y aquello no era mío. No obstante, tenía el presentimiento de que podría encontrarte alguna vez.

El vizconde oía asombrado la historia de aquel hombre.

—Después de muchos años, volví á París. En aquel océano era imposible

adquirir noticias. Iba en una barca en el Sena y platicaba con unos amigos sobre mi regreso á México, porque ya tenía deseos de ver el suelo en que había nacido, cuando uno de mis compañeros me hizo esta pregunta:

—¿Es usted mexicano?

—Sí, soy mexicano; y por dolorosos que sean mis recuerdos, deseo volver á ver esa tierra.

Calló un momento el desconocido; una lágrima asomaba á sus pupilas.

—Continuad por favor, caballero, dijo el vizconde.

—Cuando el barquero oyó mi conversación y mi proyectado viaje á América, se acercó á mí, y descubriéndose la cabeza me dijo con voz trémula:

—Señor, ya he envejecido en el dolor; hace veinte años que encontrándonos mi esposa y yo en la miseria, resolví enviarla á México en busca de una fortuna.

—¿Qué fortuna? le pregunté.

—Una muy grande.

—Cuenta, hombre, le dije.

—Una noche de tempestad, aquí en

este mismo sitio, chocó contra mi barca un bulto; era un niño que venía arrastrado por las olas, lo recogí con cuidado y á la luz de mi linterna leí en su camisita una marca ó letrero que decía: «*Francisco Mafiori, vizconde, Mexico.*»

—¡Dios mío! ¡Dios mío! gritó Francisco.

—Me arrojé en los brazos de aquel hombre y lloré de gratitud; ¿qué hiciste de aquel niño? le pregunté con ansiedad.

—Compartir con él miserias; pero eso sí, primero me quedaba sin comer, que á él le faltara el pan; ¡bueno fuera! ¡si el cielo me lo había dado y el cielo sabe bien lo que hace!

—¿Pero dónde, dónde está ese niño? le pregunté.

—Señor, habíamos llegado, como dije á usted, á una miseria espantosa, y entonces le dije á mi mujer: devolvamos este niño á sus padres, no es justo que lo lloren perdido; vé á México, y si te quieren dar algo, que no sea como paga, porque entonces no recibirás ni un céntimo: parte, veremos si

se remedia nuestra situación, y salió para América.

—¿Y has sabido algo?

—No, señor, nada; en vano he escrito, nadie me da razón; supe, por el capitán del barco, que habían desembarcado, y nada más!.... ¡búsquelos usted, señor, búsquelos, por misericordia!

—Aquel hombre, continuó el desconocido, te había servido de padre, te había dado el calor de su cariño, te había sustentado; merecía una gran recompensa.

—¡Sí, sí, lo recuerdo todavía; ¡pobre padre mío! ¡pobre madre de mi alma! vivirán eternamente en mi corazón! dijo el vizconde sollozando de dolor.

—Le dí cincuenta mil pesos. Creyó volverse loco de alegría.

—Señor, me dijo, si los encontráis, volvédmelos; mi Francisco será ya un hombre, ¡cuántos besos le voy á dar! El, estoy seguro, que no me habrá olvidado.

—¡Nunca! ¡Nunca! exclamó el vizconde.

—No desconfié entonces de encon-

trarte; inquirí, pregunté por todas partes, hasta hallarme hoy frente á tí, para decirte: Yo soy el hermano de tu madre; vengo á entregarte tu herencia.

El vizconde se arrodilló y abrazando las piernas de Alberto de Santelices, sollozó de dolor y de agradecimiento.

—Serénate, hijo mío, ya estoy á tu lado; no nos separaremos nunca.

—¡Nunca! ¡Nunca! Es la primera vez que late junto á mí un corazón, es la primera en que siento amor en mi pecho para los míos. Hasta hoy he sido huérfano, un sér miserable, sin familia, sin sombra; ya me siento feliz: estrécheme usted contra su corazón.

—¡Con el alma, hijo mío! gritó Alberto y abrazó cariñosamente á su sobrino.

Después sacó de su cartera un relicario y lo entregó al vizconde.

—Toma, le dijo, conserva esa prenda eternamente.

—¡Mi madre! ¡Sí, mi madre! exclamó el vizconde y cubrió de lágrimas el retrato de la que le dió el sér. ¡Qué

bella! ¡Qué bella! gritaba; ¡sus ojos me iluminan, sus labios me besan; madre mía!

Alberto, cruzado de brazos, contemplaba aquella escena, jurando no revelar á su sobrino, nada de la vida disipada de Elisa.

—¡Su nombre! ¡Su nombre!

Abrió el reverso del relicario y sacó un papel que decía: «á la pura inocencia de mi hijo querido Francisco, su tierna madre.—*Elisa.*

—Señor, dijo sollozando Francisco, estoy rodeado de sombras; llegué á México sin madre; la esposa del barquero del Sena murió del vómito en Veracruz; me encontré en la miseria y me fuí á la estación del ferrocarril, me ofrecí de fogonero. Apenas tenía seis años, y quisieron protejerme, yo atizaba la máquina, y allí metido, cubierto con el cisco del carbón, parecía un condenado; pero comía y encontraba un rincón donde dormir!

—¡Pobre hijo mío!

—Venimos á México y pedí permiso para conocer la ciudad; me encon-

tré con una turba de pilluelos que vendían periódicos.

—Ven, me dijeron, deja esa carbonería, vivirás como un conde en la capital; con veinticinco periódicos que vendas ya estás listo. Aquí nos pasearemos juntos; verás, verás esta es la gloria.

No volví más al tren y comencé á vender periódicos; dormía en el pórtico del Teatro Nacional, comía lo que encontraba; había caballeros que me protegían y me daban su ropa y sus sombreros usados, ya me había aclimatado á esa penosa vida.

—¡Pobrecillo! ¡Pobrecillo!

—Un día pasaba por una plazuela conocida y un señor salió corriendo de la Casa Central y me dijo que lo siguiera; yo creía que me iba á comprar el periódico, traía una noticia de sensación que voceaba á grito abierto y que por cierto vendí mucho.

—¿Y qué noticia era esa?

—Pues la muerte de la Superiora de las Calatravas en España, una señora mexicana que se llamó en nuestro siglo Elisa de Santelices.

—¡Desgraciado! exclamó Alberto, voceabas la muerte de tu madre!

—¡Dios de misericordia, dijo el vizconde, era ella!

Un fuerte desvanecimiento lo hizo caer en el suelo sin sentido.

III

Cuando el vizconde se hubo repuesto, continuó su relato.

—El caballero me condujo á una estancia donde estaba una señora agonizante; era la Superiora de las Hermanas de la Caridad.

—Aquí está este muchacho.

—Pues á ese, á ese nombre de heredero.

El escribano apuntaba, porque la señora estaba próxima á la muerte.

—¿Cómo te llamas? me preguntaron.

—Francisco Mafiori, dije sencillamente.

—¡Justicia eterna de Dios! exclamó la señora, y quedó muerta.

—Sí, dijo Alberto, justicia eterna de Dios! porque aquella alma se había secado para sus hijos; había perdido todo el cariño que la naturaleza arroja á torrentes en el alma de una mujer, había desheredado á los suyos y entregaba, para vengarse del destino, su capital, al primero que pasara delante de la puerta del convento.

—No, no, gritó el vizconde, ese dinero no es mío; yo no lo quiero; se lo devolveré á sus hijos.

—¡Desgraciado! gritó Alberto, si tú eres uno de ellos.

—¿Yo? ¿Yo? Me vuelvo loco.

—Dios lo ha querido, esa mujer era mi madre.

El vizconde estaba abismado, era mucho aquello para su cerebro.

—¿Pero quién es ese hombre? gritó fuera de sí. ¿Qué sombra es esta que se exhala de los sepulcros para asesinarme?

—Sí, Francisco, soy una sombra del pasado que caerá bienhechora sobre tu cabeza.

—Perdonad, pero estoy loco.

—Prosigue, Francisco, quiero saberlo todo.

—El Padre Angelini fué mi tutor; él guarda ese inmenso caudal; nada me niega; pero á cada paso que doy en las tormentas de la existencia, me muestra las puertas del monasterio, y me habla de una vida de silencio y de quietud lejos de las vanidades del mundo.

—Comprendo, es el jesuita que quiere arrastrarte al claustro para apoderarse de tus riquezas.

—Sí, sí, tal vez.... pero él me sigue, lo encuentro en todas partes, siempre severo, y señalando con su implacable mano las bóvedas del templo.

—Francisco, no te descubras, que no sospeche que has conocido sus designios; tú no conoces á los jesuitas; va en ello tu vida y la mía.

—¡No, no, silencio eterno!

—No le digas que me has visto.

—Ya lo sabe!

—¿Cómo?

—Porque él lo sabe todo; yo tengo miedo.

—Valor, valor, ya estamos juntos y juntos entraremos en la lucha.

—Sí, sí, pero antes quiero saber algo de mi padre.

En aquellos momentos dieron discretamente dos golpecitos en la puerta.

IV

—¡Adentro! dijo el vizconde.

—Señores, buenos días, dijo el Padre Angelini, viendo al soslayo á Alberto.

El jesuita había envejecido, su cabeza se inclinaba sobre el hombro izquierdo, su quijada inferior estaba trémula y arrastraba los pies al andar.

—R. Padre, dijo el vizconde, voy á haceros una presentación.

—Con mucho gusto, balbuceó el jesuita.

—Aquí está mi tío, el señor Alberto de Santelices.

El jesuita aparentó asombrarse,

—¡Alberto!.... ¡Alberto!.... el hijo de la señora de Santelices, el hermano de vuestra madre!

—Sí, dijo Alberto, ya no me recordáis?

—¡Ven á mis brazos, hijo mío, si tu has sido todo mi cariño en vida de tus buenos padres.

Exprimió el jesuita una lágrima de cocodrilo y fingió tal ternura, que ni Valero, el gran actor español, lo hubiera hecho tan bien.

—¿Cómo no te había de recordar? cuánto placer siento al volverte á ver; no había tenido noticias de tí y eso que he indagado por todas partes.

El padre Angelini tenia noticias por los jesuitas de París, de que Alberto se había embarcado para México.

—Supongo, porque es muy natural, que vengas á vivir con tu sobrino; son la misma sangre, la misma familia, ambos son ricos y deben gozar de su caudal.

—Yo no tengo nada, dijo Alberto, cuanto poseo pertenece á Francisco, es la herencia de su madre.

—Bien, bien, dijo el padre Angeli-

ni, eso no importa, ni quien te pida cuentas, hijo mío; aunque soy el tutor de tu sobrino, no diré nunca esta boca es mía, soy una fórmula nada más y si hacemos algo será también por fórmula, por cubrirme y por cubrir las apariencias: ¿ya vino ese capital, ó deseas algo, para facilitártelo en seguida?

—Gracias, reverendo padre, el capital lo he traído conmigo y estará pronto á las órdenes de Francisco.

—¿Quién habla de intereses? lo que importa es descansar de ese penoso viaje: visitarás la tumba de tu madre y después.... después.... Pero ustedes tendrán que hablar, y Alberto sabrá hasta dónde.... porque.... Mejor es callar, ¿no es verdad?

—Sí, sí, dijo Alberto.

—Siempre el misterio, murmuró Francisco:

—Me vais á permitir un obsequio humildísimo, dijo el jesuita.

—Lo que usted guste, reverendo padre, contestó Alberto.

—Pues me voy á permitir dar el convite de bienvenida.

—Gracias y aceptado.

—No extrañarás, hijo mío, tus convites de París, nos servirá la casa de Recamier.

—Iremos á su establecimiento.

—Tanto como eso no, comeremos mañana en casa. Con que Alberto queda invitado en la casa, es decir, en su propia casa.

—Por supuesto, se apresuró á responder el vizconde.

—Pues otro abrazo y adiós.

El padre Angelini estrechó con fuerza á Alberto, como diciendo: no estás vencido todavía.

Al salir se fijó en el relicario que estaba sobre la mesa.

—Ya hubo confidencias, murmuró, pero no importa, ya los tengo encerrados en la misma jaula.

Luego que se perdieron los ecos pausados de los pasos del padre Angelini, Alberto, azotando su mano contra la mesa exclamó:

—¡Ya se te llegará tu hora, miserable!

CAPITULO IV

Entre dos abismos.

I

Era una mañana espléndida de Mayo.

En un cielo purísimo se ostentaba un sol ardiente, entre el vapor caliginoso que flotaba sobre la tierra.

Los árboles apenas movían su ramaje espeso, bañado por el rocío del amanecer.

Las flores abrían su seno al calor, como abre el alma su cáliz á las primeras ilusiones de la existencia.

Los perfumes se confundían en una sola atmósfera de embriagador deleite, y los pájaros revolaban de mata en mata, ó cruzaban en bandadas por el cielo.

Las mariposas en tropel agitaban sus alas de múltiples colores y la abeja bebía la miel en el vaso de las rosas.

El calor era sofocante.

El agua parecía un espejo, ni un soplo de aire rizaba su superficie y las nubes que caminaban lentamente con gasas sutiles y blanquecinas, se retrataban en el fondo de los estanques.

En una magnífica casa de la avenida de San Cosme, y en el jardín cultivado con esmero, donde se veían las plantas más exquisita. Colgada á los troncos de dos fresnos altísimos, estaba una hamaca yucateca y en ella se recostaba con indolencia una joven.

Dos hijas de la Habana, apenas de seis años, de procedencia africana y vestidas de batas blancas y pañuelos de cuadros escoceses á la cabeza, movían el viento con sus abanicos y el viento agitaba los hermosos cabellos de la joven, que parecía, más que dormida, entregada á la indolencia y á la corriente de sus pensamientos.

Era Cecilia que esperaba la hora de la cita, y orgullosa y altiva el momento de sacrificar una víctima.

Sonaron pausadamente las once.

Levantóse la joven y se dirigió á su retrete, donde esperaba á su visita.

Compuso su cabello, se vió al espejo y se encontró hermosa.

Llevaba una bata crema de seda, con hermosos encajes de bruselas y listones arrasados.

Se levantaba su seno y los encajes parecían una ola del Océano con su cascada de espuma.

Sus brazos pálidos asomaban entre las caídas mangas, como cincelados en el taller de un escultor.

El rostro no tenía el espiritualismo de las mujeres del Norte, revelaba un alma ardiente que asomaba por las negras pupilas de aquellos ojos resplandecientes.

Parecía una belleza de la India.

Había nacido en la Isla de Cuba y era una planta tropical.

Terrible en sus pasiones, que se convertían en una tempestad, absoluta en dominio, al amparo de su belleza, no había amado nunca, ni en esos momentos se sentía enamorada; era muy poco el amor de un hombre para subyugarla.

Estaba predestinada para hacer vio-

timas; hay mujeres que nacen para verdugos.

Cuando caen, es una catástrofe.

II

Anunció la camarista con una tarjeta, que el señor vizconde Mafiori solicitaba el honor de ser recibido.

—Que pase, dijo la joven con desdén.

Entró el vizconde, y desde luego se sintió fascinado con la mirada altiva de aquella mujer.

Le tendió la mano, luciendo en uno de sus dedos una turquesa rodeada de brillantes.

El vizconde la oprimió suavemente y puso en ella sus labios con respeto.

—Tome usted asiento, vizconde, le dijo con una voz de timbre irresisible.

—Gracias, señorita, contestó el joven y se colocó en el asiento que le designaban.

—Habrá usted extrañado, sin duda, que me haya dirigido á usted por escrito.

—Señorita, contestó el vizconde, me he sentido feliz, porque creo que puedo, en mi humilde esfera, prestar á usted algún servicio, lo que sería un título de orgullo para mí.

—Gracias, vizconde.

—Espero con ansia las órdenes de usted.

—No sé, dijo Cecilia, si cometa una imprudencia al pedir una confesión que quedará en el seno de una confidencia noble y leal.

—Estoy dispuesto á todo.

—Acérquese usted más, porque temo que nos escuchen.

El vizconde acercó su sillón, y sintió que llegaba hasta él el aliento perfumado y ardiente de aquella mujer.

—¿Podría usted decirme, señor vizconde, qué pasó ayer al salir del hipódromo?

—El vizconde palideció visiblemente.

Cecilia quiso no reparar en la turbación de Francisco.

—Señorita, las distinciones inmerecidas de que fuí objeto ayer, en que la suerte se mostró tan espléndida con-

migo, produjeron el arrebato de dos hombres que cortejan á usted y á la señorita su amiga.

—Sí, nos van siendo ya demasiado pesados.

—Decía, continuó el vizconde, que uno de ellos me dijo: vengo á arrebatar el beso que lleva usted en la mejilla, y me hirió el rostro con su mano.

El vizconde enrojeció de ira y de vergüenza.

—¡Espantoso! murmuró Cecilia. ¿Y qué pasó después?

—El otro me arrancó la camelia que llevaba en la solapa.

—¡Dos ultrajes horribles!

—Sí, horribles....

—¿Y luego?

—Luego pasó lo que debía pasar... ¡He matado á ese hombre!

Cecilia plegó el ceño y guardó silencio.

—En cuanto al otro, más prudente, se escondió entre la sombra y desapareció.

—Señor vizconde, al leer esta mañana los periódicos, sospeché lo que había pasado; la justicia no lo podrá

saber sino por denuncia del que ha quedado vivo; creo que no tendrá la avilantez de convertirse en denunciante.

—Yo estoy tranquilo. En nuestro país, cuando acontece un lance de esta naturaleza y la justicia tiene conocimiento del hecho, sabe cumplir con su deber. Esperemos.

—Es verdad..... Yo he llamado á usted para sincerarme.

—¿De qué, señorita?

—Pudiera usted sospechar que yo tenía relaciones con ese hombre, y que una imprudencia mía....

—No, señorita, contestó el vizconde interrumpiéndola, eso sería avanzar demasiado.

—Señor vizconde, si yo amara á un hombre, ni la mirada hubiera puesto en usted ni en nadie; soy libre, hice una apuesta que nada significa y eso es todo.

—Así lo he comprendido, señorita, y soy el primero en justificar á usted.

—En mi patria no hay gazmoñas; cuando un poeta recita una buena composición, cuando un artista exhibe

un cuadro, cuando toca un compositor y nos entusiasman los arranques del genio, públicamente nos acercamos y besamos la frente de aquel sér á quien le debe algo la humanidad.

—Yo no podría equivocar nunca el sentido de ese acto; sé que un beso es una manifestación no sólo de cariño, sino de respeto y de admiración.

—Está usted en lo justo, señor vizconde.

—Sí; pero por más disculpa que encuentre en los corazones honrados, estoy perdido para siempre.

—No entiendo.

—Señorita, ¿qué mano de mujer quiere usted que toque la mía, llena de sangre?

—Si fuera la de un asesino, ya lo creo, daría horror; pero estrechar la de un hombre que después de injuriado fué á jugar la existencia en un lance sin ventajas, en eso no hay nada de deshonra.

—Usted es indulgente, señorita, y temía que me guardase rencor, porque al fin ese hombre la amaba á u-

ted, puesto que tuvo ese arranque tan violento; pero usted es el juez y espero su fallo.

—Señor vizconde, no soy yo, la sociedad entera le hará á usted justicia.

—Así lo espero.

—A mi vez, señor vizconde, estoy inquieta; acaso usted ame á alguna mujer y me crea la causa de este desastre.

—Señorita, ni he amado nunca ni me han amado.

—Eso es imposible.

—Es cierto, señorita, he tenido miedo de comprometer mi corazón, porque sé que almas como la mia aman una sola vez.

—¿Y cómo ha huido usted de sus propios sentimientos?..... Dígamelo usted, quiero aprender.

—Con energía, señorita.

—Pero si nada vale eso cuando se siente.

—Yo, al menos, la he tenido, será acaso porque no ha llegado mi hora.

—Tal vez.

—¡Oh! el día que llegue, entonces la energía y el valor habrán naufraga-

75

do. Usted no sabe que el amor se impone, subyuga con una fuerza irresistible, esclaviza....

—Es verdad!.... Es verdad!

—Yo he soñado alguna vez que amaba.... Pero todo era una ilusión, una quimera.

—El alma es soñadora, vizconde.

El joven comenzaba á sentirse bajo la influencia de aquella mujer.

La estancia, velada por los transparentes de seda azul, el aroma de las flores, el aliento embalsamado de aquellos labios, y sobre todo, aquel beso que palpitaba todavía sobre su mejilla, lo habían trastornado.

—¡Ah! dijo al fin, ¡si yo amara! soy tan desgraciado que amaría sin esperanza!

—¿Y por qué? ¿Es usted acaso la excepción en la humanidad?

—Lo presiento, señorita, porque sin sospecharlo siquiera, el corazón me dice que estoy sobre las huellas de una mujer imposible para mí.

—¿Imposible? ¿y por qué?

—Porque ella está muy alta; su belleza incomparable nos separa á larga

risa de la sociedad y al desprecio de la misma mujer á quien ame.

—Y sin ser imprudente, ¿podría saber quién es el objeto de ese amor imposible?

distancia; no tendría más porvenir que el desprecio y la humillación.... el ridículo!

—Sería una crueldad, caballero.

—Sería condenarse á sufrir en vida, señorita; es necesario echar un cerrojo al corazón, enmudecer para siempre, resignarse á sufrir eternamente.

—Pero es la muerte.

—Sí, la muerte, porque amar sin esperanza es el suplicio de la existencia.

—Entonces, entrar de lleno al combate.

—¿Y para qué?.... Al fin se ha de caer vencido y anonadado.... Huir, huir para siempre á esconder ese amor en el silencio eterno del dolor y de la desesperación.

—Caballero, un amor así, puede aspirar á una victoria.

—No me arriesgaré á entrar en ese combate, donde se dejan los girones de la vida.

—Tiene usted valor para huir y le falta para combatir!

—Soy cobarde para aspirar; sí, tengo miedo á la burla y al ridículo, á la

—Ese es mi secreto, señorita, murmuró el vizconde.

- Perdone usted, caballero, si me permití una confidencia á la que no tenía derecho.

—Sí, sí, pero usted menos que nadie.

—No comprendo por qué esa excepción.

Entonces el joven, cediendo al ímpetu de su edad y á sus ilusiones de juventud, se arrojó á los pies de Cecilia, y tomándole una mano, que ella le abandonó, le dijo con pasión:

—Desde ayer en que los labios de usted rozaron mis mejillas, sentí infiltrarse un veneno en mi corazón, y sentí que amaba á usted hasta el delirio.

—Pero señor vizconde....

—Sí, y en el hombre que me ultrajó, ví un rival más que un ofensor, y busqué la muerte, porque sé que usted no me ha de amar nunca!

—Caballero, estoy desconcertada: no esperaba esta declaración.

—Perdone usted, señorita, pero he sido presa del vértigo; acaso la haya ofendido....

—No, no, eso no; el alma no es dueña de sus impresiones.

—Me aconsejaba usted hace un momento que tuviera energía para combatir, la he obedecido; entro en la batalla de la vida; postraré no sólo un orgullo que apenas siento, sino mi vida entera á sus plantas, por obtener una mirada de piedad, una palabra de compasión; porque yo adoro á usted con toda la fuerza de mi corazón de veinte años, con todas las aspiraciones de mi juventud, con toda la energía del que vive solo en el mundo, y busca una sombra protectora para cubrir sus infortunios y una esperanza siquiera de felicidad!

—Me coloca usted, señor vizconde, en una situación difícil. Confieso que me es usted simpático; pero esta declaración es tan imprevista.... Además, necesitaría pensar.... ver algo que me dijera que esa pasión no es una luz fugaz que aparece y se apaga; que no es un delirio de juventud

que arrastra tras de sí un desengaño.

—No, no: es un amor eterno, insondable como el mar y puro como la luz del cielo.

—Señor vizconde, déjeme un plazo.... le contestaré á usted....

—Esas palabras son una esperanza y yo me resigno á esperar. Etretanto, permita usted que la vea, que le hable; le juro á usted no ser imprudencia; pero no me prive usted de ver la luz de sus ojos, que son mi vida; ni de oir su voz, que es la armonía de mi espíritu!

Cecilia se sonrió, y tendiéndole la mano al vizconde, le dijo:

—Venga usted cuando guste; tendré placer en recibirlo.

El vizconde besó la mano de la joven y salió demente de aquella casa, donde ya veía el paraíso de sus ilusiones.

—Ya tengo con qué pasar las horas, dijo Cecilia; me fastidiaba espantosamente. No sabe este pobre loco que yo amo con delirio á un hombre, que piensa en mí, allá en los terribles combates de la *insurrección*.

III

El vizconde se sentía apasionado de Cecilia; la joven era encantadora.

Se había alejado de su imaginación la idea de que se le tendía un lazo para ahogarlo en una intriga, y de que pudiera existir una mujer que quisiera burlarse cruelmente de su amor, sólo por distraer las fatigadas y pesadas horas de la proscripción.

Temía la entrevista á que estaba citado para la noche.

Se iba á encontrar frente á otra mujer, igualmente bella y seductora, y no sabía lo que pudiera suceder, ni si haría un papel ridículo.

Además, aquella mujer poseía grandes encantos, y si su carta y su cita eran acaso una estratagema para aprisionarlo, ¿cómo evadirse? Ya había soltado una prenda terrible de compromiso ante Cecilia, y no obstante, tenía que asistir al llamado de la joven; afrontaba todo antes que hacer un desaire á una dama.

Pasó el dia inquieto; comió en compañía de Alberto, y no había visto al padre Angelini.

Por fin cerró la noche y se dirigió á la casa de Lucrecia, lleno de inquietud y resuelto á afrontar la situacion hasta el último trance.

IV

La joven húngara tenía la conciencia de su valor, y su orgullo la levantaba á una grande altura.

La vanidad de mujer le había hecho dirigir su carta al vizconde, por el cual sentía alguna ilusión; pero habia ido más allá de los límites y estaba arrepentida.

No era ella, en estas circunstancias, la que esclavizaba á Maffori; era él quien se apoderaba de su victoria.

No sólo una ilusión, sino la vida, es capaz de sacrificar una mujer, cuando se trata de su vanidad.

Lucrecia se resolvió á salir airosa de aquel lance, y dirigió una carta al caballero que había arrancado la flor

de la levita del vizconde, citándolo para la misma hora. Había combinado un plan que le daría buen resultado.

V

Un lacayo introdujo en bandejita de plata una tarjeta.

—El es, dijo Lucrecia; que pase.

Entró el joven que en las carreras había sido el agresor del vizconde.

—Señorita, perdóneme usted si me he anticipado unos momentos; pero estaba impaciente.

—Tome usted asiento, caballero.

—Gracias, señorita.

—Dispénseme usted si le he molestado, dijo Lucrecia con altivez, pero necesito una explicación.

—Estoy dispuesto á todo, señorita.

—¿Con qué derecho, podría usted decirme, se permitió arrebatar la flor que yo le había regalado al vizconde Mafiori?

El caballero guardó silencio.

—No he autorizado á usted para eso

atentado, que me pone en ridículo ante el vizconde y ante la sociedad.

—Es cierto, señorita, y puesto que usted me pide explicaciones, me va á permitir que diga la verdad, porque en estos momentos la mentira es innoble y sale sobrando; sería hasta falta de respeto á una dama.

—Ya escucho á usted, caballero.

—Pues bien, señorita, hay algo que disculpa mi falta, aunque me ponga al alcance del enojo de usted.... Hace tiempo que abrigo una pasión intensa, un amor desesperado, que no han bastado ni el desprecio, ni los desaires espantosos, para extinguirlo.

—Prosiga usted, caballero.

—A fuerza de sufrir, mi cerebro se ha enloquecido.... No he podido huir de usted, su atracción es irresistible... Paso las noches en vela cuidando esta casa que encierra cuanto amo en la vida; la espío á usted, la sigo, la devoro con mis miradas, voy en pos de su aliento, sigo esa estela de perfume que deja usted tras de sus pasos, y este es el placer único que tengo en medio de tantas desventuras.

—Está usted demente, caballero; yo no he alentado ni por un momento sus esperanzas.

—Es verdad; no me he jactado de alcanzarlas; por el contrario, confieso á todo el mundo que soy víctima de sus desprecios, de su indiferencia, de su crueldad; que cada vez que me he acercado á usted y he dejado caer una palabra, no he recibido sino el desdén más terrible: ¿qué más quiere usted?... Cuando ví ayer que de su seno, que para mí es el sagrario purísimo del candor y de la virtud, y donde se atesoran todas las angustias de mi espíritu; cuando ví que una flor que llevaba el calor de usted pasaba á manos de otro hombre, sentí la muerte; un velo de sangre se tendió sobre mis ojos, entré en una noche de celos y de desesperaciones y busqué la muerte, porque tras aquel ultraje, la suerte estaba echada.

—Y no pensó usted en que comprometía mi nombre y mi decoro?

—No pense nada, sino en hacer desaparecer á aquel hombre afortunado.

—¡Qué locura! dijo Lucrecia. El vizconde recibía el precio de una apuesta; no arriesgaría nunca mi nombre ofreciendo flores á ningún hombre, por mucho que valiese.

—Señorita, yo vengo á arrojarme á sus pies y á rogarle que me perdone... ¡dice usted muy bien, soy un pobreloco!

El caballero se arrodilló.

—Perdono á usted con una condición

—Está aceptada.

—El vizconde tiene que venir; lo he llamado á esta misma hora, porque necesito una reparación.

—Estoy pronto á todo.

—Pues bien, usted le va á dar una satisfacción tan cumplída, como la dan los caballeros.

El desconocido vaciló unos momentos y luego dijo:

—Usted lo quiere.... usted lo manda ...

—Lo quiero y lo mando, dijo resueltamente la joven, y tendiéndole la mano á aquel desdichado, lo levantó del suelo.

Aquel hombre quedó anonadado, esperando la llegada del vizconde.

VI

Sonó la hora y el timbre anunció la presencia de Mafiori.

Lucrecia se adelantó, le estrechó la mano y ceremoniosamente le presentó al desconocido.

El vizconde lo vió con atención.

—Yo he visto en alguna parte á este caballero, dijo el vizconde.

—Sí, se apresuró á decir Lucrecia, fué la persona que le arrancó á usted mi flor....

Levantóse el desconocido y dirigiéndose todo desconcertado al vizconde, le dijo:

—Caballero, voy á ser muy explícito con usted; amo á esta señorita, de la cual no he recibido nunca sino repulsas constantes que han herido mi corazón, y lo confieso con pena, ha humillado mi vanidad de hombre; tuve un momento de ceguedad indisculpable, una osadía injustificada con un caballero y estoy arrepentido; perdóneme si encuentra disculpa en los mó-

viles que me impulsaron, ¡caballero, estoy loco!

—No agregue usted una palabra más, estoy satisfecho; aquí está mi mano.

—Todavía no. Señorita, usted ignora lo que ha pasado anoche entre nosotros, y voy á explicarlo para que el señor vizconde no me juzgue como un cobarde que huye ante el peligro, después de haberlo provocado.

Lucrecia plegó el ceño, ignoraba los detalles de aquel suceso.

—Señorita, continuó el desconocido; mi compañero y yo, los dos agresores del señor vizconde, fuimos por él retados en duelo; este caballero eligió á mi compañero para el primer lance, y luego, si salía ileso, ó en condiciones para un nuevo encuentro, seguiría conmigo.

El vizconde se pasó la mano por la frente.

—La lucha fué terrible; la distancia sería de cuatro pasos; el resultado era seguro; la noche hacía fijar bien las punterías.... Dispararon simultá-

neamente y.... el vizconde quedó en pie y en el suelo un cadáver.

—¡Dios mío! exclamó Lucrecia.

—El vizconde me buscó probablemente y... no me encontró.

—Olvidemos eso, caballero, dijo el vizconde.

—No; necesito decir la verdad. El ultraje que habíamos hecho fué tan injustificado, que era un crimen atentar contra la vida del ofendido. Pensé que si en el primer lance el vizconde había qudado ileso, en el segundo podría morir y tuve miedo. Entonces preferí la censura de todos, antes que llevar á cabo una acción cobarde é injusta y.....

—Toque usted mi mano, caballero, dijo el vizconde.

—A honra lo tengo, señor, y estrechó la mano que le tendió Mafiori.

—Ha cumplido usted como un hombre honrado; no he podido amar á usted, dijo Lucrecia, pero cuente con mi estimación como una amiga.

—Gracias señorita, contestó el desconocido.

Tomó su sombrero para despedirse;

pero el vizconde, que era listo en extremo, comprendió que nada podría alcanzar de aquella mujer y que era peligrosísima una escena como la que había tenido con Cecilia, y se adelantó diciendo:

—Lo acompañaré á usted en mi carruaje.

Lucrecia, á su vez, se puso en guardia para no ceder ni un ápice en el terreno que se había propuesto seguir, y le tendió la mano al vizconde, diciéndole:

—Siento haberle importunado; pero me era necesario todo esto para conservar ilesa mi reputación.

—Señorita, estamos satisfechos.

VII

Luego que Lucrecia quedó sola, se recostó en el confidente y comenzó á pensar sobre aquella escena singular, preparada tan á tiempo para esquivar la cita del vizconde.

—Hace unas horas creía que podía

amarle.... ¡Qué tontería! y soltó una carcajada.

Luego continuó:

—¡Qué pequeños son los hombres!... Se sueña un héroe porque mató á un desgraciado, no pasa de ser un quijote.... Pero las mujeres lo van á hacer de moda y es necesario poner el ídolo á mis pies... Un rasgo de vano orgullo.... Después les gritaré: ahí tenéis á vuestro semidiós, cuando busquéis á un heroe de revólver, buscadlo de preferencia en el presidio..... Al diablo con el tal vizconde; pero no lo dejaré escapar impunemente..... En cuanto al otro de la satisfacción, es un personaje de sainete; buen pretendiente se me esperaba . . . ¡Vamos, que todo es una farsa!.... A propósito de farsas, ya es hora del teatro y tenemos una partitura alemana propia para los insomnios.

Se levantó pausadamente y entró en su vestidor.

CAPITULO V

El Destino

I

El vizconde salió vivamente impresionado de la casa de Lucrecia, mas aún que de la entrevista con Cecilia, y es que el corazón ama las contrariedades.

Había visto con claridad que la joven cubana correspondería á sus pretensiones; era una fácil conquista, su orgullo estaba satisfecho.

Lucrecia le había puesto un valladar, cuando él creía que la carta era un paso para unos amores romanescos y apasionados.

La altivez de Lucrecia lo tenía humillado y lo comprometía á una obstinación desesperada.

La joven era extremadamente hermosa; se le veía soñadora, y arrebataba con las miradas de sus ojos azules

La empresa era difícil, pero el vizconde afrontaba todo; sólo le inquietaba que las dos amigas tuvieran una confidencia, porque entonces estaba perdido.

Ignoraba que en caso de que llegaran á revelaciones íntimas, establecerianse entre ellas serias rivalidades y el campo se le abriría con más facilidad.

En esa lucha, en ese combate de un corazón joven y entusiasta, podía haber muchas derrotas. Nadie conoce los secretos del corazón.

II

El vizconde quiso visitar el sepulcro de su abuela la señora Cristina de Santelices, Superiora de las Hermanas de la Caridad.

Se dirigió al Panteón Francés, al que conduce, desde la garita de Belén al pueblo de la Piedad, una calzada de árboles frondosos.

El ferrocarril del Valle hace estación en el costado del cementerio.

Bajó del tren el vizconde y penetró por aquella portada, á cuyo frente se lee en idioma francés estas palabras: "Dichoso aquel que muere en el seno del Señor."

Aquel lugar bien puede llamarse los *jardines de la muerte.*

Los árboles verdes y pomposos cobijando las piedras blancas de los sepulcros; el agua brotando de dos magníficos pozos artesianos y regando el aplanado terreno de los senderos, y allí sepultados los séres que tanto ha amado la generación actual.

Hermosos monumentos y capillas de sillería y de mármol, levantando sus agujas que se ven á lo lejos como olas grandes y pequeñas en aquel océano de cenizas.

Y pensar que todas aquellas piedras han recibido un bautizo constante de lágrimas!..... ¡Cuántos recuerdos, cuántos dolores se amontonan sobre esas piedras que guardan el polvo de la vida!

III

El vizconde recorrió con piadosa curiosidad el Panteón, deteniéndose al frente de los monumentos más notables, cuando oyó sollozar á sus espaldas.

Volvió la vista, vió á una mujer con el rostro cubierto por un espeso velo y vestida de luto, arrodillada delante de un sepulcro y llorando amargamente.

Parecía una estatua que había descendido de algún regio monumento.

El vizconde se reclinó en el tronco de un árbol y esperó á que la enlutada concluyese su oración bañada de llanto, para conocerla, porque sin querer le había interesado aquella angustia y subyugado aquel dolor.

Delante de aquel espectáculo el corazón se entrega siempre á cierta filosofía, y el vizconde, á pesar de su edad, ya pensaba en la fragilidad de las pompas humanas y más aún con las pláticas continuas del jesuita.

Aquí terminan las luchas, aquí se extingue el fuego de nuestros pechos; aquí está el olvido eterno. ¿Y para qué son los combates de la existencia? ¿Para qué unas ilusiones que se mueren y unas afecciones que se apagan? Es un relámpago la existencia y la muerte una noche eterna: ¡quién sabe si será una luz perenne!.....

III

Cuando la joven acabó de orar, tomó una corona de siemprevivas y se dirigió á un soberbio monumento, en cuya blanca piedra se leía: «Cristina de Santelices, Superiora de las Hermanas de Caridad. Rogad por ella.»

La joven se arrodilló en la escalinata y puso sobre la piedra la corona.

El vizconde la había seguido.

Por más que había buscado el sepulcro de su abuela, no había dado con él, y de improviso se le revelaba.

Entonces se acercó confuso á la enlutada, y le dijo con voz dulce:

—Señorita, ¿podría usted decirme

qué motiva la presencia de usted en este sepulcro que es de mi familia?

—¿De la familia de usted? dijo la joven con sorpresa.

—Sí, señorita; soy nieto de la señora que reposa en ese sepulcro.

—¿Luego usted es?.....

—Francisco Maffori.

—Ah, sí, había oído hablar algo....

—¿Podría usted explicarme el por qué de esa ofrenda?

—Caballero, es muy sencilla la explicación; mi madre era amiga de la señora y tenía costumbre de visitar este cementerio una vez al mes, y me enseñó á traer siempre un puñado de flores á este sepulcro. Murió mi madre y yo en su su memoria he continuado visitándolo; vea usted, casi están juntas; es una felicidad reposar junto á los que se ha amado.

—Es verdad, señorita; pero usted comprenderá también cuánto es mi reconocimiento por una acción tan meritoria.

—Señor vizconde, es un deber.

—Es cierto; ¡pero hay tan pocos corazones que los sepan cumplir!

—No es esta de las más penosas, señor vizconde.

—Señorita, usted es un ángel; siento por usted tal respeto y tanta admiración, que le rogaría á usted me aceptara como un buen amigo, ya que le debo á usted un recuerdo, que, confieso con vergüenza, ni yo he tenido.

—Es raro, dijo la joven.

—No le parecería á usted si supiera las contingencias de mi vida.

—Es usted muy joven todavía.

—Sí, muy joven, pero nací en mala hora, soy hijo del dolor.

—No comprendo.

—Pues me va usted á escuchar; venga usted á la sombra de ese árbol, porque el sol de la tarde es un fuego.

La joven se acercó, y como el calor era terrible, se alzó el velo que le cubría el rostro.

Entonces el vizconde pudo contemplar con asombro aquella espléndida fisonomía.

Era un rostro como el de las vírgenes de Murillo; las pupilas soberanas bajo una pestaña rizada, lo mismo que el cabello finísimo, que partía en on-

las sobre una frente de hielo. Una boca pequeña y ligeramente contraída, como si estuviera próxima á sonreír; un cutis de aurora, pálido, arrasado como las hojas de las flores; un talle como el de los lirios y una cintura ajustada á los preceptos del arte griego; unas manos torneadas y una voz como la de los ángeles.

El vizconde vió esfumarse en su imaginación las figuras de Cecilia y de Lucrecia, que tanto lo habían impresionado; sintió que se las llevaba el torbellino, que el cielo de su vida se revelaba y resplandecía como una sola visión evocada por una inspiración del paraíso.

Un calosfrío recorrió su cuerpo, se heló su sangre y parecía que su corazón dejaba de latir.

La impresión era tan honda, que preocupada la joven le tendió la mano, diciéndole:

—¿Se siente usted mal?

—Sí, un ligero vértigo; pero ya ha pasado.

—¿Quiere usted algo? llamaremos aquí me conocen.

—Gracias, señorita; pero voy á ser ingénuo con usted, porque en este recinto no se miente, ni menos delante de la tumba de nuestros padres.

—Es verdad, murmuró la joven.

—Pues bien, dijo el vizconde, en mi vida tormentosa yo no me había acercado á una criatura tan llena de pureza y de virtud. Sacudido por las tormentas sociales, sólo conocía á la mujer de los festines y de los saraos, entre la luz resplandeciente de los salones y al través del color de los licores y del vino y entre el estruendo de la música; creía que así era la existencia, una tormenta inacabable!..... Pero en estos momentos se me revela el mundo bajo una fase encantadora, que llena de paz mi corazón y de consuelo mi espíritu, bajo la forma de un ángel que tiende sus alas sobre la tumba de mi madre!

Las lágrimas asomaron á los ojos del vizconde.

La joven, con los ojos fijos en la tierra, escuchaba las palabras apasionadas de Francisco.

—Yo no tenía corazón, continuó el

joven, ó lo había dejado en girones en las zarzas de la existencia; pero ahora resucito, despierto de esa horrenda pesadilla y me siento volver á otro mundo de esperanzas y de ilusiones.

Aquella niña nunca había oído ese lenguaje. Agena á las tormentas sociales, sólo sabía que en su pecho se anidaba un corazón para amar; pero jamás había sentido el contacto de la palabra de un hombre, que caía en aquellos momentos como una lluvia de fuego en su corazón.

—Perdone usted mil veces; pero á un sér como usted no se necesita para amarla el vulgar trato de la sociedad, que engendra un amor de costumbres rutinarias, sino que se la ama desde el primer momento.

—¡Dios mío! Dios mío! exclamó la joven; pero es imposible que usted no haya amado hasta este instante.

—Sí, hasta este momento mi vida ha sido un infierno; las mujeres han desfilado delante de mí como figuras de fuego, que se han ido para siempre, entre esas nubes que arrastran las tormentas.... Mi corazon está puro,

no ha tocado en sus aspiraciones el barro de la tierra; le ofrezco á usted un primer amor, como nunca lo habia sentido, un amor eterno, imperecedero, inacabable!

—Yo siento algo en el alma con esas palabras... Pero no me sé explicar...

—Es que á usted, inocente niña, no la ha tocado el ala del infortunio ni de los desengaños; que es usted la nube de aurora que sale á recibir el sol con su pureza; que no conoce las perfidias del mundo; que vive usted rodeada de una atmósfera de virtud, que hace de la mujer un serafín.... Pero el destino de la criatura es amar; yo recogeré en el vaso de mi corazón los primeros aromas de un cariño puro é inocente, las primeras emanaciones de una alma alumbrada por el iris santo de la virtud.

—Pero esas palabras.... Aquí, delante de los muertos, ¿no son una profanación?

—No, por el contrario, aquí delante de esas cenizas sagradas y de esas sombras que nos escuchan, levanto y pronuncio el juramento de amarla eter-

namente, de ser su esclavo, de no abandonarla mientras respire!

—Perdóneme usted.... No sé lo que pasa por mí.... necesito pensar, reflexionar; siento amor por usted.... porque creo!

—¡Creer! ¡Creer! exclamó el vizconde, esa palabra es mi salvación, porque sólo los buenos creen; el vicio es desconfiado, la maldad en nada cree, es atea!

—Vea usted, los sábados á esta hora, estoy siempre aquí; le prometo que vendré. Guardaremos nuestro secreto en estas tumbas; le tengo miedo al mundo.

—¡Inocente criatura! Eres como una paloma, tímida y amorosa, te cuidaré como al tesoro de mi existencia! murmuró el vizconde.

En seguida añadió:

—Déjeme usted un recuerdo de esta hora, que no olvidaré jamás.

La joven sacó una argolla de oro de su dedo y se la entregó al vizconde, que la besó muchas veces.

—Adiós, dijo la joven, el coche ha llegado.

Se oía piafar á unos arrogantes caballos ingleses que estaban uncidos á un landó.

—Adiós, preciosa niña, hasta dentro de ocho días.

—Sí, sí, aquí mismo nos veremos.

—Le juro á usted que no indagaré ni su nombre ni su habitación, y si llego á encontrarla alguna vez fuera de este recinto, apartaré la vista, para que nadie sorprenda nuestro secreto.

—Adiós, señor, me llamo Gabriela y.... nada más.

—¡Adiós!

La joven entró en un carruaje soberbio y el vizconde estuvo en acecho hasta que se perdió el ruido entre la arena de la avenida.

V

Una ráfaga de viento arrojó una nube de tormenta sobre el cielo de la ciudad, y entre la luz de los relámpagos y el estallido del rayo, se desprendió una lluvia torrencial que trajo los toldos de la noche.

El vizconde vagaba en el cementerio; le parecía que las cruces de los monumentos se movían y que las sombras salían de los sepulcros para pedirle cuenta de aquella profanación, ó para exigirle el cumplimiento de lo que ante ellas había jurado.

Chorreando agua, sin el sombrero que había dejado prendido en las ramas de los árboles, azotados con furia por el viento, se echó á todo correr por la calzada, como si lo siguieran los fantasmas del cementerio.

Llegó á su casa. Apenas lo reconocieron los criados. Entró á su aposento, se desnudó y se metió en el lecho, víctima de la fiebre.

VI

Habían transcurrido cuatro días y la calentura nerviosa se acentuaba poderosamente; el enfermo deliraba con frecuencia.

El padre Angelini no cesaba de consultar al doctor y de hablar con Al-

berto, ni se apartaba de la cabecera del vizconde.

Entre tanto, Lucrecia y Cecilia se habían comunicado su aventura, y ambas habían proyectado sostener una lucha tremenda, hasta obligar á Francisco á una decisión franca.

Era un duelo en que luchaban la belleza y el talento; el amor para nada intervenía.

En todo caso combinarían sus fuerzas, por si aparecía una tercera en discordia.

Era una aventura loca de la que, por último, sería víctima el vizconde.

La batalla había comenzado.

Serían las once de la noche cuando llegó un coche á la casa de Francisco.

Una dama fué recibida por Alberto en la antesala.

La dama saludó coquetamente á Santelices, que siempre estaba en los ápices de la galantería.

Alberto estaba en la fuerza de la edad, conservaba su apostura elegante y en Europa había refinado su educación.

—Señorita, dijo á la dama, estoy á las órdenes de usted.

—Caballero, soy amiga del señor vizconde Mafiori y vengo á informarme personalmente de su salud.

—Gracias, señorita, desgraciadamente Francisco continúa enfermo.

—¿Y me sería permitido saludarlo?

—Señorita, puede usted pasar cuando guste; no seré yo quien estorbe el paso á una dama.

—Gracias, caballero.

—Pase usted.

Alberto abrió la puerta del aposento y dejó entrar sola á la dama.

—¡Demonio! dijo Alberto, es bellísima esta mujer, parece una criolla; qué ojos, qué boca y qué talle, ¿dónde se encontraría Francisco ese tesoro?

Cecilia se había atrevido á visitar al vizconde, porque creía que su presencia sería decisiva en el ánimo de Francisco y que su éxito era seguro; allí mismo quedaría todo el campo por ella.

Igual pensamiento había tenido Lucrecia.

El vizconde la vería á la cabecera

de su lecho; habría lugar á una escena romántica, y en aquel sitio le juraría amor eterno.

La verdad era que aquel juego se estaba convirtiendo en amores verdaderos.

Cecilia amaba á su *insurrecto*, que luchaba por su patria y por su dama allá en los campos de Cuba, como un caballero de la época de las Cruzadas en la Edad Media; pero la ausencia se prolongaba y Cecilia no era mujer que podía sobrellevar una vida de espera indefinida; comenzaba á fastidiarse y el vizconde no le era del todo indiferente.

Lucrecia sabía muy poco de lides de amor y su corazón corría un gran peligro; bromeaba y la broma se ensañaba sin que lo advirtiese, más que en la aversión que comenzaba á sentir por su rival.

Queriendo avanzar en el terreno, se decidió á visitar á Francisco, ya provechando un entreacto de la ópera, se dirigió á la casa del vizconde.

La casualidad quiso que llegase momentos después que Cecilia.

Alberto la recibió; pero pareciéndole que hacía ya un papel ridículo de introductor, á sabiendas de que cometía una imprudencia, introdujo á Lucrecia en el aposento del enfermo.

—¿Tú aquí? dijo al entrar y ver á Cecilia.

—Naturalmente, le contestó ésta, estamos en el terreno.

—Muy bien. ¿Y cómo sigue el señor vizconde?

—Está dormido y no le he hablado.

—¿Y qué vamos á hacer aquí las dos?

—No lo sé.

En esto abrió los ojos el vizconde y vió con extrañeza á las dos damas.

—Cecilia.... Lucrecia.... murmuró y pareció no comprender.

Llevóse una mano á los ojos, se restregó los párpados y fijó la vista para persuadirse de que no soñaba.

La calentura era intensa y comenzó á mezclar el delirio con la realidad.

—¿Qué me queréis? exclamó; flotáis en torno mío como dos hadas, cuya mirada penetra hasta el fondo de mi cerebro..... Me deslumbran vuestros ojos.

Las jóvenes se pusieron á oir sin interrumpirle.

—Cecilia.... Cecilia.... El fuego del trópico está en tu seno y queman tus labios.... Eres bella, enloqueces con tus palabras apasionadas, tu voz tiene un timbre irresistible, eres el amor salvaje con todos los encantos de la naturaleza!

Cecilia sonrió satisfecha.

—Y tú, continuó el vizconde, Lucrecia, la hija de la nieve, blanca y pura, recibiendo los rayos del sol..... eres la poesía; tus cabellos de oro como los de la Gioconda, caen en magníficas trenzas por tus hermosas espaldas.... Hay un fondo de cielo en tus azules pupilas y un mundo de placer en la sonrisa de tu boca!

Lucrecia se estremeció.

—Las dos seducciones del espíritu, sobre los mares inquietos de la vida!.... No hay amor ni para úna de vosotras y se os ama á las dos, como á las estrellas, como á las flores, en un conjunto maravilloso, que arrastra la fé hasta los abismos de la locura!.... ¡Yo os amo!.... ¡Yo os amo!

Quiso levantarse y azotó la cabeza en los almohadones.

—La duda está en su corazón, dijo Cecilia.

—Sí, respondió Lucrecia, las dos estamos en su cerebro, ¿quién de las dos pasará á su corazón?

—La lucha es desesperada, murmuró Cecilia, vámonos, ha entrado otra vez en el letargo de la calentura; no nos conoce ni se apercibe de nuestra presencia.

—Salgamos, dijo Lucrecia.

Las jóvenes abrieron la puerta y regresaron al salón, donde las esperaba Alberto.

—Continúa enfermo, dijo Cecilia, mañana volveremos.

—Gracias por vuestro interés, señoritas, contestó Alberto.

—Es un deber de amistad, contestó Lucrecia.

—Y si despierta, preguntó Alberto, ¿puedo decirle el nombre de sus leales amigas?

Vacilaron un momento.

—Tal vez he cometido una imprudencia, dijo Alberto.

—Nos veremos, caballero, dijo Cecilia, más tarde sabrá usted quiénes somos y seremos también sus amigas.

—Será un instante dichoso para mí, y estrechó la mano que le tendieron las jóvenes.

VII

Al dirigirse á la puerta del salón, ésta se abrió y apareció una mujer cubierta con las gasas del luto.

Era una figura tan interesante, tan poética, tan bella, que las jóvenes se detuvieron á contemplarla y Alberto se quedó sorprendido.

La dama negra sin decir una palabra, se hizo á un lado para dejar pasar á Cecilia y á Lucrecia, que se habían quedado como clavadas en el dintel, sin atreverse ni á quedarse ni á salir, porque la curiosidad de conocerla las llevaba acaso hasta la imprudencia.

—Caballero, dijo la dama, con una voz dulce y melancólica, perdone vd. si me he permitido llegar hasta aquí,

pero tengo gran interés en informarme de la salud del señor vizconde; pero antes de contestarme, ruego á vd. no se detenga, parece que iba vd. á acompañar á estas señoritas á su carruaje; vaya vd. que yo esperaré.

No habia remedio, Alberto se inclinó respetuosamente y saludando todos á la dama, abandonaron el salón.

—¿Quién es esa señorita? preguntó Cecilia.

—No la conozco; como no tenía el gusto de conocer á vdes.

—¿Quién será? dijo Lucrecia.

—Puede ser alguna persona ya grande que traiga algún recado.

—No tiene trazas de eso, dijo Cecilia, se revela una mujer muy distinguida.

—Caballero, nos va vd. á permitir que cedamos á una curiosidad femenil: tras estas cortinas veremos si se descubre el rostro, tenemos empeño en conocerla.

—Muy bien, replicó Alberto, que no perdía el gusto por las aventuras.

Las jóvenes se pusieron en acecho tras de las cortinas y Alberto volvió

al salón, colocándose de tal manera, que las jóvenes pudieron ver á su sabor á la dama negra.

—Señorita, dijo respetuosamente Alberto, estoy á las órdenes de vd.

—Creo que hablo con un caballero y no me es permitido dudar ni un solo instante.

Alberto no pudo contestar.

—Yo no debo guardar el incógnito, sería una ofensa, antes hubiera preferido no venir.

Alberto, que sabía que las jóvenes veían y escuchaban, estuvo á punto de decírselo á la dama, pero su posición era muy delicada.

—Me jacto de ser leal, señorita, y cuanto vd. me diga, quedará sepultado en mi corazón.

—Bien, caballero.

La dama levantó el velo que la cubría y dejó ver su rostro de marfil y su magnífica mirada.

Se oyó tras de las cortinas una ligera exclamación.

Lucrecia y Cecilia habían sentido el dardo de los celos, porque aquella mujer semejaba una aparición celes

te. El busto más correcto y más bello se levantaba sobre aquellos magníficos encajes negros.

No era precisamente una belleza arrebatadora; era algo divino que se evaporaba de aquel ser espiritual, algo impalpable que no tocaba la tierra y se confundía con las estrellas, era un sueño de amor en los azules horizontes de la imaginación.

El poder de aquella criatura no tenía rival.

—Estamos vencidas, dijo Cecilia, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

—Sí, vencidas, contestó Lucrecia; pero no importa, nos seduce la primera impresión.., después veremos.

—Es verdad, contestó Cecilia, pero vámonos, si esa mujer entra al aposento del vizconde, no podré contenerme y habrá un escándalo.

Oyóse el crujir de la seda que resbalaba en los escalones de mármol, y Alberto que lo notó, sintió calmarse su profunda inquietud.

VIII

—Caballero, dijo la dama, no le será á vd. extraña mi confesión, yo amo al vizconde y vengo á estar unos momentos á su lado; porque no me pertenezco, tengo mi padre.

Esta confesión inocente é ingenua, interesó á Alberto.

—Pase vd., señorita, yo estoy de guardia en estos momentos, vd. manda en esta casa.

La joven tendió su mano, que Albertó besó respetuosamente. Acercóse la joven al lecho, apartó las cortinas y fijó los ojos llorosos en el enfermo.

Puso la mano sobre la frente de Francisco y sintió el fuego de la fiebre.

El vizconde abrió los ojos y dió un grito.

Habia reconocido á Gabriela, la dama del cementerio.

La fiebre no le dejaba expedito su cerebro y cayó en la alucinación.

—¿Tú aquí? dijo maquinalmente!

pero tú no sabes nada . . . Ellas han estado aquí. . . . Las he visto. . . . Sus ojos fascinadores como los de las sirenas me han querido subyugar. . . . No temas, no temas, he huído. . . me exhalé, tuve alas para volar. . . . Yo no quiero un amor del mundo. . . No, yo necesitaba ese amor desconocido que se ha exhalado de los lugares eternos. . . . La muerte lo puso delante de mí! . . . . Me he desposado delante de sepulcros. . . Dios y la eternidad! . . . qué nupcias tan bellas! . . .

La joven sentía latir su corazón con violencia.

El vizconde continuó:

—¿Pero estoy vivo? . . . . No tengo conciencia de mí! . . ¿Es acaso el alma que vaga en el espacio y busca la luz de los astros? . . . . ¿Eres tú acaso una alma peregrina que lleva á la resurrección? . . . ¡Habla! ¡Habla por compasión!

La joven tomó la mano de aquel hombre, á quien ya amaba con pasión.

—Te siento, siguió hablando el vizconde, eres tú. . . . . Quiero oir tu voz que es la esperanza de mi alma!

El llanto apareció en los ojos del enfermo.

Gabriela enjugó con su pañuelo aquellas lágrimas.

—Reposa, Francisco, le dijo con voz tímida, ¡yo te amo!

Plegó el ceño el vizconde, como quien trata de recoger sus recuerdos, pero comenzó á pronunciar palabras sin sentido; en todas ellas se advertía una protesta de cariño, una expresión de amor.

La joven se levantó, y después, inclinándose como un arbusto al soplo del viento, se aproximó al lecho y posó sus labios en la frente del vizconde, dándole el primer beso que se desprendió de aquella boca virginal donde no había penetrado el hálito emponzoñado del mundo.

CAPITULO VI

La Fatalidad

I

Cecilia había olvidado al *insurrecto* y amaba al vizconde Maffori.

La presencia de aquella enlutada la había sublevado, y lo que había sido una aventura de juventud se convertía en una realidad, tanto más terrible cuanto que aquel hombre se le iba de las manos, arrastrado por una mujer cuya competencia casi rayaba en lo imposible.

Cecilia la había visto á la luz artificial y quedó deslumbrada; su rival era bellísima y se sentía abatida y humillada en su vanidad y en su amor.

No la olvidaba un solo momento; su voz resonaba en su oído y su imagen se le aparecía en sueños.

¿Quién sería? Jamás la había encontrado; seguramente, como lo denunciaba el luto que llevaba, algún infortunio de familia la tenía alejada de la sociedad.

Tal vez pertenecía á la aristocracia, tanto por su porte elegantísimo cuanto por su tren.

Cecilia había visto su soberbio carruaje, y aquellos frisones y aquellos lacayos indicaban pertenecer á una casa muy rica.

Se proponía indagarlo, porque no se dejaría vencer impunemente.

En cuanto á Lucrecia, no era temible á pesar de su belleza; no podía competir con la dama enlutada, pero haría uso de ella para el combate.

Al día siguiente de las citas, se encontraba en su casa, sola y entregada á sus pensamientos que acudían en tropel á su cerebro.

Sabía que el vizconde amaba á otra mujer, y se creía presa de una burla, después de haber recibido su declaración y haberlo aplazado para darle una respuesta.

No era posible que Francisco engañara á aquella mujer; su amor era mentira, fué acaso un entusiasmo del momento.

Lucrecia y ella se habían querido burlar de él, y ellas habían sido las burladas; esto ameritaba por lo menos una venganza.

Aquella falta no quedaría impune.

Pensaba que Alberto sería un buen conducto para saber las intimidades del vizconde, y le puso una tarjeta llamándolo.

Las mujeres conocen desde luego cuando hacen impresión, y Cecilia comprendió que había impresionado á Alberto, proponiéndose utilizar esta circunstancia.

Divagaba así su imaginación, cuando entró una de las negritas de la servidumbre de la joven cubana, gritando:

—¡El señor! ¡El señor!

—¿Qué señor? preguntó azorada Cecilia.

—¡Don Alfonso! ¡Don Alfonso!

II

Lucrecia se sintió morir.

Alfonso de Aguilera, el coronel *insurrecto*, el novio de la joven, se presentaba de improviso en México.

Contrariedad espantosa en aquellas circunstancias.

Salió al corredor y corrió al encuentro de Alfonso, como si sintiera por él el mismo amor que cuando se separaron.

El coronel se arrojó en sus brazos y ella hizo un gesto repugnante.

—¿Qué es esto? dijo.

—Nada, contestó Alfonso: la fatalidad.

Aquel hombre, que había sido un guapo mozo, se había ido á las filas de la revolución, pasando horribles penalidades en la campaña.

El sol había tostado su cara y sus manos; parecía venido del centro del Africa.

En el combate de Bayamo, un soldado español le había abierto la cara de un machetazo, y una cicatriz horrible le bajaba desde la frente hasta la barba, habiéndole cegado un ojo y partídole la nariz.

De aquel rostro correcto en otra época, el actual era sólo una caricatura.

La impresión de Lucrecia fué de repulsión; ya no sintió por aquel hombre más que una repugnancia horrible; la ilusión había sido destrozada por un machete.

—Siéntate, le dijo con frialdad

El coronel tomó asiento, y le dijo.

—Voy á contarte mis desventuras.

—Estarás fatigado, le dijo Cecilia.

no queriendo oir los relatos fastidiosos del soldado.

—Oyeme, porque en mí te traigo la ofrenda de nuestro amor.

Cecilia no podía fingir; su antiguo novio le era ya importuno.

—Nos separamos, dijo, en aquella noche espantosa en que me perseguían para matarme; apenas pude decirte adiós y recibir tu juramento que creo no habrás olvidado.

—No, dijo Cecilia, con sequedad.

El coronel comenzaba á comprender el detestable efecto que había causado á su novia.

—Me escapé, continuó, por las selvas y aquellos bosques y pantanos pestilentes, hasta encontrar á Maceo. Era el momento más terrible de la revolución, luchamos cien veces, nos batimos y afrontamos todos los peligros. Había salido ileso hasta entonces. Cuando en el combate de Bayamo venimos á un encuentro cuerpo á cuerpo, los españoles se arrojaron sobre nosotros con desesperación, porque su derrota era inminente. No vi el fin de la jornada, porque en la refriega rec'

bí esta herida, que me ha desfigarado para siempre!.... Me curaron en un *bohío*; y restañada mi sangre volví al combate. En una barca pescadora huí de Santiago de Cuba y me presenté á Sampson, el almirante de la escuadra americana, que me recibió con benevolencia y quedé agregado á la marina. He presenciado el espectáculo más grandioso del siglo. Si tú hubieras visto el momento en que las naves españolas se arrancaron del puerto y que la marina de guerra americana se lanzó sobre ellas, aquello era soberbio!.. El fuego era espantoso.... A poco, ardían los buques de España, se escuchaba una gritería horrorosa; la sangre corría á torrentes y el combate era terrible. Las naves, una á una, ó eran embarrancadas ó se iban á fondo!.... El momento en que Cervera dió la orden de partida, sabiendo que iba derecho á la muerte y que á la muerte llevaba á todas sus tropas, debe haber sido espantoso!.... La victoria fué espléndida y completa; yo sólo pensaba en tí, en este momento en que volvería á verte y.... en la impresión que de-

bía causarte verme deforme y horrible.... Sí, Cecilia, tus ojos me dicen que la ilusión ha desaparecido y que mi amor ha desaparecido también de su corazón.

—Confieso, dijo Cecilia, que me ha hecho mal efecto tu presencia; no reconozco ese rostro en que he pensado durante dos años.... Pero no importa, me iré acostumbrando, porque este desastre me recordará siempre que ha sido originado por un fin noble, la defensa de la patria.

Esta proclama no tranquilizó al coronel; además, pensaba que durante su ausencia tal vez Cecilia había tenido nuevas ilusiones. Ella tan hermosa, había sido cortejada por muchos y alguno la había impresionado.

La verdad era que el pobre coronel estaba horrible, tenía algo del *hombre que ríe*; no era posible pretender amor y menos de quien lo había conocido antes de la catástrofe.

Entonces sintió el rencor de los feos, que es terrible, y previó que no había venido á México para provocar la compasión ó el desprecio de su novia;

se puso hidrófobo, y decidió no ceder el puesto ó morir en la demanda.

En aquellos momentos sonó el timbre.

—Es Alberto, murmuró la joven.

—Será alguna visita, dijo el coronel; me marcho y volveré á verte mañana.

—Mañana no, dijo Cecilia; tengo un compromiso anticipado; será otro día.

—Sí, otro día, murmuró irónicamente el coronel; cuando puedas, cuando tengas lugar.

Y sin estrechar la mano de su novia, salió precipitadamente.

En el camino tropezó con Alberto.

—¿A qué viene este hombre á estas horas? se dijo; no es hora de visitar.

Y dejando que Alberto subiera las escalinatas, se volvió al jardín, y se puso á escuchar en el aposento, cuya puerta estaba abierta, y donde Cecilia recibía á Alberto de Santelices.

III

El tío del vizconde besó la mano de la joven.

El coronel oprimió fuertemente los hierros del barandal y dió un rugido.

Parecía una fiera asomada á las rejas de su jaula.

—Perdone usted si lo he hecho venir.

—Señorita, nunca tan feliz como con estas distinciones.

—Gracias, pero me intereso por la suerte de una amiga á quien amo de corazón.

—Muy bien; ya escucho.

—Excuso decir á usted que Lucrecia ama al vizconde, que la ha requerido de amores.

Alberto movió la cabeza con impaciencia.

—Es una niña que merece ser amada y seducida por las insistencias apasionadas del vizconde, ha concebido por él una pasión fatal.

—¿Y bien, señorita?

—¿Podría interrogar á un caballero para que me diga su opinión sobre este particular?

—Pues voy á ser franco si usted me lo permite.

—Así lo espero; usted no sabe lo que he sufrido anoche.

—Lo comprendo, pero tengo que añadir.

—Diga usted lo que pasa.

—No puedo negar á usted que me impresionó la presencia de ustedes en la casa; pero comprendí desde luego que una de ustedes amaba á Francisco y me pareció que nada de extraño tendría una visita.

—Es verdad, no teníamos otro carácter.

—Ni yo lo supongo, señorita.

—Gracias, caballero.

—Hasta ahí nada ocurría de notable; pero la llegada de otra dama...

—Sí, sí, continúe usted.

—Señorita, soy franco, tanto á ustedes como á mí nos cautivó la belleza suprema de aquella joven.

—Sí, es muy linda, dijo Cecilia.

—No tanto como usted, señorita.

—Ya es tarde, caballero, dijo con orgullo la joven cubana.

—Se trataba simplemente de un reto, no de una comparación.

El coronel no oía la conversa-

ción, pero parecía adivinarla por la actitud de Cecilia y de Alberto, y estaba ciego de ira.

—Decía, señorita, continuó Alberto, que quedé desconcertado, porque supuse lo que acontecía: dos mujeres inocentes que iban á recibir un desengaño.

—Es verdad, caballero, para mi amiga aquello fué muy cruel, diga vd. lo que vió.

—Pues bien, salieron vdes. y la dama entró en el aposento de Francisco. Se acercó al lecho, pasó su mano en la frente del enfermo, y como si hubiera sentido un choque eléctrico, el joven se despertó.

—¿Y la reconoció? dijo Cecilia con ansiedad.

—En el acto; aquella fué una escena mezclada de delirio, en que Francisco abrió su corazón y yo pude ver hasta el fondo.

—Prosiga vd.

—Francisco siente por esa mujer una de esas pasiones que resuelven el porvenir, que, ó hacen vivir ó aniquilan la existencia!

—Me asustáis, caballero.

—Si vd. hubiera oído al vizconde! Yo no sé de dónde brotaban aquellas ideas, ni aquellos pensamientos, que parecían relámpagos en un cielo obscuro. Eran las manifestaciones esplendorosas del corazón!

Cecilia estaba pendiente de los labios de Alberto; instintivamente le tenía tomado de la mano.

Alberto continuó.

—La joven se sentía envuelta en aquella atmósfera de estrellas, el perfume de una pasión la atarantaba; aquello era una armonía para sus oidos. Fatigado, rendido, se dejó caer sobre los almohadones. Entonces aquella mujer tan amada, objeto de un culto y de una adoración sin límites, acercó sus labios á la frente calenturienta del joven soñador y deslizó un beso en que se exhalaba todo el alma!

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de la joven cubana, y su cabeza como un arbusto herido por el rayo cayó sobre el pecho de Alberto.

El coronel lanzó una maldición, su-

bió de un salto la escalera y entró en el salón.

IV.

Cecilia se alzó furiosa. Comprendía que su novio la había estado acechando y se indignó de aquella vileza. Encarándose al coronel, le dijo con acento entrecortado por la cólera.

—¿Con qué derecho se presenta vd. en esta casa y se permite un espionaje indigno?

—Con el derecho de engañado, contestó el coronel, con el derecho que me da el juramento de una mujer y que hoy quebranta con mengua de un hombre.

—Siento haber amado por algunos momentos á un ser deforme en el alma y en el rostro.

—Maldita sea la hora en que te he conocido y en que creí en tus falsas promesas! eres una infame!

—Caballero, gritó Alberto, no permitiré que ultraje vd. á una dama en mi presencia.

—¿Y vd. quién es para impedirlo?

—Un caballero y nada más.

—¿Y lo podrá ser vd. en todos términos?

Alberto sacó violentamente de su cartera una tarjeta y la entregó al coronel.

—Muy bien, aquí está la mía.

—Señor Coronel, dijo Cecilia, líbreme vd. de su presencia en este momento. Es lo que deseo, y vd. perdone. Alberto, si sin poderlo evitar y contra mi voluntad lo he hecho víctima de un ultraje inmerecido.

—No importa, señorita, sabré buscar la reparación inmediatamente.

El coronel salió despechado.

Alberto buscó dos amigos que se dirigieron al alojamiento de Aguilera á concertar el duelo para la misma tarde.

V.

Era la hora del crepúsculo. Un cielo de fuego se extendía en el occidente y las nubes tornasoladas camina-

ban pausadamente en alas de las brisas, que llevaban el perfume de los jardines. El campo estaba hermoso; los árboles cuajados de ramajes se mecían lentamente como los mástiles de un buque al suave impulso de las olas.

Los pájaros despedían á la tarde y piaban sin cesar en las copas de los arbustos.

Se comenzaba á oir el murmullo del agua, que habla en el silencio de la noche.

Por diferentes rumbos llegaron dos carruajes al bosque de Chapultepec.

Siete caballeros, que se dispersaban por los senderos, se perdían y tornaban á aparecer entre los troncos añosos de los ahuehuetes, se dirigieron á un mismo sitio, al declive del Molino del Rey.

Una vez reunidos allí, uno de los caballeros sacó dos floretes.

Se procedió á los preámbulos de un combate, que se habia decidido fuera á primera sangre, por no haber mediado cuestión de honor.

Alberto, entre tanto, pensaba que

en aquel mismo sitio, hacía veinte años, había matado injustamente á un hombre.

Le parecía ver todavía fresca la sangre sobre aquellas piedras y salpicados los matorrales.

La imagen del muerto, con los ojos vítreos y su boca entreabierta y espumosa, volvía á su pensamiento, como arrojada por las reminiscencias de su cerebro.

Pensó en su hermana y en sus infortunios, pensó en sus padres, y se le oprimió el corazón y sus ojos se humedecieron.

VI

De aquellas hondas reflexiones lo sacó la voz de sus amigos, que le dijeron:

—Ya es hora.

Se despojó de la levita y del chaleco, tomó el florete, lo examinó y esperó tranquilamente el momento del asalto.

El cubano estaba lívido, trémulo de

emoción, pero demostrando un valor á toda prueba.

—Señores, dijo el coronel, no es de uso hablar en estos momentos; pero soy extranjero y me lo vais á permitir. Siento en el alma tener que cruzar mi espada con la de un mexicano, cuando este país se ha mostrado tan partidario de nuestra independencia; pero sea cual fuere el resultado de este lance, yo y mis compatriotas viviremos agradecidos á este país. Ahora estoy á la disposición de mi noble adversario.

Reinó un profundo silencio.

—A sus puestos, dijo uno de los testigos.

Los combatientes se pusieron á distancia.

—¡Avanco!

El coronel y Alberto avanzaron resueltos.

Las espadas se cruzaron y comenzó el asalto.

Las hojas chocaron con ese ruido ríspido y siniestro de las armas blancas.

Los aceros se enredaron como dos

serpientes y, al desenlazarse, se desprendieron de las manos y volaron por el aire.

Aquí debía concluir el duelo, pero no estando estipulada su terminación por el desarme, continuó el combate.

Hasta entonces no se notaba diferencia alguna, ambos manejaban las armas con destreza.

El coronel estaba furioso y Alberto aparentaba una gran serenidad.

En este segundo encuentro, el florete de Alberto arrancó un girón de la camisa del contrario, y se vió palpablemente que la punta había penetrado.

—¡Alto! gritó el testigo que dirigía el duelo.

El médico se acercó violentamente y después de reconocer al insurrecto, declaró que no estaba tocado.

Hubo un descanso de cuatro minutos.

Reinaba una grande impaciencia; los testigos estaban más emocionados que los combatientes; todos preveían un desenlace sangriento.

Volvieron á las armas.

El cubano aceptó la táctica de defensa y Alberto la de ataque rápido

Desde luego se comprendió que mientras más violento fuese el impulso, vendría más pronto el agotamiento de las fuerzas.

Alberto estaba fatigadísimo y respiraba como un buzo al salir del agua.

El combate estaba seriamente empeñado.

El cubano conservaba un tanto su sangre fría; Alberto ya estaba fuera de sí.

Hubo un momento supremo y terrible.

El cubano, de agredido, se tornó en agresor, haciendo perder el terreno á su contrario, que queriendo recobrarlo á todo trance, se arrojó de un salto sobre el coronel, quien tendió en línea horizontal la espada y lo atravesó de parte à parte.

El choque fué tan espantoso, que el arma no pudo arrancarse del cuerpo, y Alberto cayó como el toro que se derrumba con la espada en el cuello, bañando la hoja y el puño con su sangre.

La herida era mortal.

El coronel se cruzó de brazos, viendo de hito en hito lo que ya era un cadáver.

El médico se acercó y fué sacando la espada con sumo tiento.

Todos lo interrogaron con los ojos, y el doctor meneó la cabeza.

—Aquí.... aquí.... murmuró Alberto; cerró sus ya apagados ojos y exhaló el último aliento.

Nadie comprendió estas últimas palabras, porque no estaban al tanto de un secreto.

Allí había él matado á un hombre, allí en aquel mismo sitio.

Dice la sentencia bíblica que *el que á hierro mata á hierro muere.*

VII

Entretenidos los actores de aquel drama, no notaron la llegada de un carruaje de donde bajó una dama, y violenta como un rayo, se precipitó al terreno del combate.

Apartó á los testigos y presenció aquel terrible espectáculo.

Alberto, intensamente pálido, apenas comenzaba á ostentar en su semsemblante las primeras sombras de la muerte.

Su mano yerta parecía atajar la sangre de la profunda herida.

El médico sostenía su cabeza, hincado junto al cadáver.

La joven fijó en él la vista, parecía que sus pupilas salían de las órbitas, tal era su emoción.

Contrajo sus labios en un gesto de rabia espantosa, y dirigiéndose al coronel, que la veía con espanto, le gritó:

—¡Miserable!..... Has asesinado á un hombre inocente; era la vez primera que le hablaba.... Pero sabe, para tu desesperación, que lo hacía mi confidente, porque amo á un ser honrado, ante quien tu memoria ha desaparecido; yo solo guardo para tí una maldición eterna!

Se cubrió el rostro la dama y entró en el carruaje, que á todo escape pasó las rejas de entrada y se perdió en la Calzada de la Reforma.

—¡Maldito! Sí, maldito y desheredado! gritó el coronel, con el infierno en el alma y el veneno en toda mi sangre!.... Mutilado, perdido, olvidado, ahogándome en el fango del desprecio! ¿Para qué quiero esta carga pesada, de una existencia que maldigo?

Y rápido como el pensamiento, y sin que nadie pudiera evitarlo, puso el puño de la espada sobre el tronco de un sabino, y se arrojó sobre la punta, que colocó en el corazón.

No hubo agonía, cayó muerto en el acto.

—Dejémosles así, dijo uno de los testigos, y vámonos.

Todos desfilaron; se volvieron á dispersar en el bosque, y por distintos rumbos salieron en dirección de la ciudad.

VIII

El vizconde recibió aviso por el padre Angelini, que todo lo sabía, y procuró tomar nuevos informes de la au-

toridad que había tomado nota del suceso.

Entregaron el cadáver de Alberto, y depositado en una elegante caja, se veló en la casa del vizconde.

El padre Angelini recibió el cadáver y estuvo rezando.

—Dios lo ha quitado de enmedio, murmuró el jesuita.

Y dirigiéndose al vizconde, que estaba lloroso, le dijo:

—Este es el mundo, estas sus tormentas. ¡Pobre de tí! No te detengo, sigue envuelto en esta espantosa atmósfera, próxima á asfixiarte..... Espero en Dios que tú caerás en mis brazos!

—Ya no puedo tolerar á este agorero, murmuró el vizconde, viendo salir al padre Angelini.

Un lacayo le entregó una carta al vizconde.

La abrió con ansiedad; la esquela decía así:

"Francisco:

"Te envío esa corona salpicada con mis lágrimas. Alberto ha sido asesinado por la mano de una de esas mu-

jores que viven en el escándalo.... Y pensar que te ha visitado en tu enfermedad!

"Te amo.—GABRIELA."

El vizconde quedó pensativo; besó la esquela y la guardó en su cartera.

CAPITULO VII

El viajero

I

La capilla ardiente de Alberto de Santelices estaba decorada con gran esmero.

En unos candelabros de dos metros de altura se agitaban las llamas verdes, cuya luz siniestra alumbraba la estancia y centellaba en los adornos de plata del féretro.

Multitud de ramos y coronas cubrían el ataúd y formaban un altar, extendiéndose en una alfombra fúnebre que tapizaba el pavimento.

Dos amigos, que se iban cediendo el turno, velaban el cadáver.

La casa estaba inundada de gente, la mayor parte llevada por la curiosidad y lo escandaloso del lance.

En una sala contigua el vizconde recibía á la concurrencia.

Unos lacayos de pantalón *colan* negro, botas de charol, levita negra y cucardas del mismo color, se presentaron con hermosísimas coronas, en cuyos listones se veían estos nombres: «Cecilia.»—«Lucrecia.»

—Está bien, dejadlas aquí, dijo el vizconde, y escribió dos tarjetas dando las gracias.

Recordó entonces las palabras siniestras de Gabriela, y pensó que allí había un misterio.

Si eran esas mujeres á quienes se refería Gabriela, ¿cómo mandaban coronas á su víctima?

No era hora de indagaciones; más tarde tendría una explicación, y la verdad aparecería.

Cerró la noche y la concurrencia comenzó á disminuir, hasta quedar solamente un grupo de amigos.

El vizconde velaría hasta el amanecer.

II

En el tren del Norte del Central venía un viajero, que no se había comunicado con los pasajeros. Alto, de rostro enjuto y barba blanca, cabeza despoblada que cubría con una gorra de viaje.

Llevaba un paltó gris, con el cuello levantado, pantalón negro y guantes de abrigo.

Luego que percibió á lo lejos la ciudad, donde se derramaban los focos eléctricos, clavó su mirada como si buscara algo, con esa tristeza del que ha estado muchos años lejos de la patria.

Su mirada se enturbió; tal vez pensaba en todo lo que había dejado y que ya no encontraría!

Pasaban por su memoria los días de esplendor y de grandeza, en aquella sociedad que lo había hecho su ídolo; las grandes fiestas, el ruido de los carruajes que se agolpaban á su puerta para acudir á sus citas, y una mujer be-

lla haciendo el encanto del hogar, y una niña..... sí, una niña á quien amaba tiernamente, á pesar de todo, y un hijo guapo, valiente, de talento y lleno de esperanzas!

¿Dónde estaría todo aquello que había decorado su existencia?

El, criminal, que no había vuelto á preguntar por ellos!.... ¿Qué suerte habían corrido? ¿Qué destino les había tocado?

Comenzaba á sentir remordimientos.

Desfilaban delante de él, aquellos días y aquellos seres lanzados al infortunio y al extravío por su misma mano!....

¡El, solo él era el culpable!

¡Habían pasado veinte años!

Volvía como de otro mundo á interrogar por los suyos.

¿Quién le daría razón?

Inquiriría, buscaría con avidez, por si encontraba algo que lo sacara de aquellas espantosas preocupaciones.

Sacó su pañuelo y limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Había salido de allí rico por medio

del fraude; pero ya hasta la ley lo había olvidado. Nada tenía que temer, solo al destino.

Regresaba pobre, muy pobre; pero ya no queria riquezas. Venía como vuelven los desterrados, por un pedazo de tierra donde dormir el último sueño!

Pero ese hombre no volvía tranquilo. El había corrompido el corazón de sus hijos y envenenado la vida de una espósa, y después había huído para no volverlos á ver!

II

Llegó el tren á la estación, bajó con su equipaje y entró en un coche.

—¿A dónde? dijo el auriga.

—Donde quieras, al primer hotel.

Luego que llegó, se sacudió el polvo del camino y se dirigió á la Casa Central, donde ya estarían recogidos los jesuitas y encontraría al padre Angelini si vivía aún.

Llamó con mano trémula y preguntó por el P. Angelini.

—Está en su aposento, dijo el portero.

—Dígale vd. que un antiguo amigo desea hablarle.

Subió el portero.

—Lo he encontrado al fin, murmuró el viajero, y pensaba que la capital no era aquella ciudad antigua y levítica; se había trasformado en veinte años.

La avenida de Plateros denunciaba una gran capital, con sus nuevas tiendas de alhajas y de sedas, sus carruajes múltiples, su policía, su luz incandescente y su bullicio. Le parecía que había resucitado y pensaba sin querer en sus riquezas. Ahora vagaría entre las sombras como un mendigo.

Ya nadie lo reconocería sino para huir de él.

Ya no quedaba nadie que le tendiera la mano; necesitaría ir al panteón para encontrar las cenizas de los suyos.

Bajó el portero y le dijo que pasara.

—

IV

El P. Angelini estaba sentado en su bufete examinando unos papeles.

—Si entra, se decía, el capital de los Santelices á las arcas de la Compañía de Jesús, es mio el capelo cardenalicio. Ese ha sido mi trabajo de veinte años!.... Ya todo está en mi poder: la herencia del vizconde mi pupilo y el gran caudal que trajo ese espadachín que acaba de morir. El vizconde es tímido, está asustado con el cúmulo de aventuras que se le han venido encima.... Sus veintiún años no resistirán fácilmente esos combates y menos los que se le preparan..... No se ha corrompido aún; yo lo he preservado con mi educación y no he cesado de inclinarlo á la iglesia... Conserva la fe, cosa rara en esta época, quizá porque no he querido enviarlo al veneno de la Preparatoria. Al diablo con el tal Gabino Barreda! Su positivismo nos ha hecho más guerra que los maüsser de los soldados.... Me ha

tocado una época difícil.... esa prensa que nos despedaza, esas ideas que bullen en el cerebro del pueblo, engendradas por las predicaciones modernas.... Verdaderamente no podemos.... nuestro trabajo de zapa es tenaz y constante; sufrimos desengaños todos los días, pero continuamos con tezón.... Se nos tolera porque nada hacemos.... cuando nos sienten, viene el escándalo y nos apagan.

Quedó un momento pensativo en sus cavilaciones.

—Pero estos Santelices.... Mi eterna preocupación!.... Ya nadie queda á quien el vizconde pueda legar su capital; todo será para la Compañia de Jesús, el día de mi triunfo.

Guardó los papeles, se repuso, bajó la luz del quinqué y esperó su visita.

V

Dieron dos golpes discretos en la puerta.

—Adentro, dijo el jesuita, tomando

de la mesa un rosario, que se entretegió en los dedos.

—Si dais permiso, reverendo padre.

—Pasad, caballero.

El jesuita quiso reconocer al recién llegado, pero no pudo en aquel momento.

—Tome usted asiento, caballero, y sírvase decirme su nombre, porque no lo recuerdo.

El recién venido estaba alarmado.

—¿Tanta huella ha dejado en mí el tiempo que ya no me recuerda usted? .... Cierto que también usted ha variado mucho; no lo hubiera reconocido fuera de este sitio.

Tornó el jesuita á fijar su mirada y no pudo dar con el nombre del desconocido.

El padre Angelini se dió una palmada en la frente, se levantó y estrechó en sus brazos al viajero.

—¡Santelices! exclamó.

—Sí, yo soy; vuelvo á la patria.

—Siéntese usted aquí, junto á mí, cuénteme su historia, deseo conocerla.

—Padre Angelini, ¿qué ha sido de mi mujer y de mis hijos?

El jesuita calló un momento, sacó el pañuelo y se limpió los ojos.

—Responda usted por compasión, ¿qué se han hecho?

—Señor de Santelices, dijo el jesuita fingiendo una grande emoción, no me pregunte usted, vuélvase al cielo é interróguele.

—¡Muertos! exclamó Santelices, y se puso á llorar como un niño.

—¡Vamos, vamos! dijo el jesuita, serénese usted.

—¡Esto es espantoso! exclamó aquel desgraciado.

—La señora de usted, mi respetable amiga Cristina, murió en el convento de las Hermanas de la Caridad, perdonándole á usted su abandono, porque comprendió que el fallecimiento de usted era un ardid para burlar á la justicia.

—Es verdad, es verdad, murmuró Santelices.

—En cuanto á Elisa, también murió en un convento de España, agobiada

por los infortunios; el conde Mafiori se ignora de él.

—¿Y su hijo?

El jesuita no podía engañarlo, porque en los periódicos de la noche se registraba su nombre, con motivo de la aventura de Alberto.

—Pues el hijo de Elisa está aquí, contestó.

—¿Dónde? ¿Dónde? Quiero verlo.

—Lo verá usted mañana.

—No, ahora mismo.

—Yo le aconsejaría que dejase usted su visita para dentro de algunos días.

—Esta bien. ¿Y mi hijo Alberto?

—De ese.... de ese.... no sé ni una palabra.

—Yo daré con él, reverendo padre.

—¿Y qué piensa usted hacer en México?

—Lo ignoro, contestó Santelices.

—¿Trae usted algún capital para cimentarse?

—No, reverendo padre, estoy en la ruina más espantosa; pero al saber que aquí está mi nieto, he concebido una esperanza.

—No sé cómo se encontrará, soy su tutor; pero usted sabe lo que es la juventud, ¿quién la contiene?.... Nuestros consejos no son eficaces..... el desbordamiento actual.... las nuevas ideas.

—Sí, sí, pero al menos podrá darme una limosna para vivir

—No diga usted eso, señor de Santelices; á usted le debió mucho la Iglesia y la Iglesia lo ampara en estos momentos, de mi cuenta corre. Pero supongo que usted ya no querrá exhibirse, sino vivir en el retiro de una población corta, para acabar la vida tranquilo, después detantas vicisitudes.

—Sí, sí, no tengo más anhelo, reverendo padre.

—Me encargo de todo; no conviene que lo vean á usted en México.

—Usted me señalará lugar.

—Tal vez en el extranjero, con una pensión regular y cómoda.

—Tal vez.... lo pensaré.

—Cuente usted conmigo desde hoy.

Se levantó, sacó una cartera de su bufete y la entregó al señor de Santelices, diciéndole:

—Desde hoy comenzaremos. Nada pida usted á su nieto, sería una vergüenza, y además, perdería usted el secreto de su respetabilidad, la pobreza es la antesala del desprecio; por el contrario, dígalo usted que vuelve rico y así lo atenderá más.

—Es verdad, reverendo padre. ¿Y cuándo podemos vernos?

—Todas las noches, todas, lo necesito á usted mucho en la obra de redención que he emprendido con su nieto.

—Gracias, gracias, reverendo padre.

Santelices besó la mano del jesuita y salió de la casa de los reverendos padres.

VI

Me recibe bien el país, dijo Santelices, luego que se vió en la calle.

Fuése al hotel y se le puso en la cabeza ver á su nieto esa misma noche.

El vizconde era conocido y cual

quiera le diría el lugar de su habitación.

Cenó y ya al retirarse preguntó al administrdor si sabía dónde habitaba el vizconde Mafiori.

—Sí, señor, ¿quién no lo conoce? Vive en la Avenida de la Reforma.

Echó á andar el señor de Santelices y se dirigió al antiguo paseo.

Llegó á la casa indicada, que aun estaba abierta, siendo ya la una de la mañana.

—Habrá alguna fiesta, dijo Santelices, y entró.

A nadie se le preguntaba, porque aquello era una procesión de gente que pasaba á visitar el cadáver.

A uno de tantos, le preguntó Santelices por el vizconde.

—Está recibiendo en aquel salón.

—¿Qué hay alguna fiesta?

—Buena fiesta, contestó el interrogado; hoy mataron en duelo á un pariente del vizconde, y el cadáver se está velando.

A Santelices se le oprimió el corazón.

Entró en el salón y como el vizcon-

de no lo había visto nunca, le llamó la atención.

—¿El señor vizconde?

—A las órdenes de usted, caballero.

Santelices se quedó viendo á su nieto, que era el retrato de *Elisa*.

—Sí, sí, murmuró, es él!

—Caballero, le dijo, se serviría usted permitirme le hable á solas.

—Como usted guste, respondió Francisco, no sin inquietarle aquel extraño personaje.

Entraron á un pequeño gabinete, donde Francisco despachaba sus negocios.

—Ya estoy á las órdenes de usted, caballero, dijo el vizconde.

Santelices guardaba silencio; no sabía cómo empezar.

—Sé que tiene usted un pesar y acaso sea indiscreto.

—Sí, caballero; ruego á usted que si trata de algún negocio, sea otro día más oportuno, porque en estos momentos lamento la muerte trágica de un hermano de mi madre.

Levantóse Santelices terrible como

un espectro, llevó las manos al pecho y dió un grito espantoso.

—¡Mi hijo! ¡mi Alberto! y se desplomó en el sillón.

El vizconde no comprendía. Levantóse Santelices y arrojando el sobretodo, se lanzó á la sala mortuoria, descubrió el ataud y se encaró con el cadáver.

—¡Alberto! ¡Alberto! ¿Quién te ha matado?.... Aquí estoy, llego á tiempo, todavía puedo estrecharte sobre mi corazón!

Se abrazó á aquel cuerpo inerte y le cubrió el rostro con sus lágrimas.

—¿Y he venido para encontrarte así?.... ¡Castigo eterno de Dios!

No pudo más y cayó sin sentido.

Los amigos del vizconde lo llevaron al lecho, casi moribundo.

—¡Mi abuelo!.... ¡Mi abuelo! decía el vizconde, agarrándose la cabeza. Todavía hay séres en el mundo que me aman!.... Sí, mi sangre no se ha extinguido para siempre! Viven.... viven y me prestarán su sombra, ¡pobre abuelo mío!

El vizconde se puso á llorar amargamente.

VII

Mientras pasaban estas escenas terribles en la casa del vizconde, otras de distinto género tenían lugar en el hotel donde habían llevado el cadáver del *insurrecto.*

El dueño del establecimiento decía á dos jóvenes cubanos expatriados, que habían ido en son de paisanaje y de curiosidad á ver lo que pasaba con el suicida:

—Yo no puedo hacerme cargo del muerto; mi deber es dar parte á la autoridad.

—Pero señor, es una impiedad.

—No es una impiedad; la caja costará seis pesos, porque estos muerteros no aflojan, el sepulcro en lugar modesto, otros cinco duros, el carro ó plataforma tres pesos, y todo eso ¿quién lo paga?

—Pero señor, Dios se lo devolverá á usted.

—Si Dios nunca me ha pagado; ocurran mejor á la colonia cubana.

—Si ya todos han emigrado.

—Pues vean lo que hacen; además, nadie querrá alquilarme un cuarto si se sabe que aquí se ha velado el cadáver de un suicida.

—Nosotros....

—Ya lo veo, son unos pobres que no tienen ni madre.

—Pero al fin es nuestro paisano.

—Pues llévenselo á Cuba.

—¡Ojalá y pudiéramos!

—Maldito sea el muerto; me va á desconceptuar el hotel.

Estaban en esta plática cuando subió un lacayo.

—¿Qué se ofrece, amiguito?

—Una señora que vino en carruaje, desea hablar con algún amigo del muerto.

—Nosotros, nosotros, dijeron los jóvenes cubanos, y bajaron corriendo la escalera.

En el landó estaban Lucrecia y Cecilia.

—Hija mía, decía la cubana, es necesario enterrar á ese pobre diablo.

—Me dan horror estos suicidas, dijo Lucrecia.

—Dirán mañana que se suicidó por mí.

—No te envidio la gloria.

—La verdad, dijo riendo Cecilia, que el difunto era más feo que Satanás.

—¿Y cómo lo quisiste?

—Pues cuando no pasaba todavía al gremio de las caricaturas. ¡Demonio! Qué machetazo tan soberbio! le trozaron la nariz y el labio, por donde asomaba un colmillo de rinoceronte.

—Eres el diablo, Cecilia.

—Figúrate ¿qué iba yo á hacer con eso? nada más vino á causar desgracias; el pobre tío del vizconde pagó la deuda.

—Y era guapo.

—Sí, pero ya estaba medio viejo

Lucrecia se echó á reír.

—La noche que visitamos al vizconde me parecía introductor de embajadores, esas máquinas de hacer caravanas.

—La verdad es que el tal tío era un estorbo, porque el vizconde es muy débil, ya lo estás viendo, se le presen-

ta esa especie de aparecida ó de difunta y ya está loco por ella.

—Esa mujer es muy linda.

—Sobran mujeres hermosas.

—La impresión ha sido grande, pero no pasa de impresión, nosotras la desbarataremos; tengo un plan que comunicarte.

—Será como tuyo.

—Le disputaremos al vizconde hasta el último trance.

—Estamos en el terreno y somos fuertes.

Cecilia guardó silencio, sentía el puñal de los celos clavado al corazón, y la pobre Lucrecia todavía pensaba en que el vizconde la amaría alguna vez.

VIII.

Los cubanos se acercaron al carruaje.

—Señoritas, dijo uno de ellos, estamos á las órdenes de vdes., somos amigos del coronel que se suicidó esta tarde.

—Está bien, dijo Cecilia, soy cu-

bana y quiero que su entierro sea de primera.

—Será como vd. lo disponga.

—Aquí tienen vdes. quinientos pesos y encárguense de los funerales.

—Muy bien, señorita.

—Adiós caballeros.

—A los piés de vd., señoritas.

Se alejó el carruaje y los jóvenes entraron en el hotel.

—Ya tenemos para todo, dijeron al administrador del hotel.

—Bien, pues paguen la cuenta de ocho días. (Agregaba cuatro.)

—Aquí está.

—¡Durísimo! ¡billetes de á cien duros?

Cobró la cuenta. Los cubanos cenaron opíparamente, como no lo habían hecho en dos años.

A las cinco de la mañana fueron á la casa de Gayosso, pidieron un carro de última clase, un sepulcro de última clase y un ataúd de última clase, diciendo que el entierro debía ser á las seis.

A esa hora se metieron en un carro de tercera y con el muerto por delan-

te, se dirigieron al Panteón de Dolores.

—Ya tenemos para regresar á Cuba, con trescientos pesos estamos listos.

—Volveremos al hotel y sacaremos la herencia, ha de haber traído algunas petaconas.

—Demonio! cómo le fuimos á olvidar, pero nunca es tarde.

—Le tengo miedo al administrador.

—Si anoche no nos hubiéramos entretenido en beber y en cenar...Haremos la rebusca, al fin no hay herederos.

—Ni cargo de conciencia, Sucede como ahora; ¿qué le importa á nadie que se entierre bien ó mal al coronel?

—Efectivamente, nadie sabe su nombre ni les importa; la cuestión es que se sepulte y eso lo hacen los enterradores á las mil maravillas.

IX.

Mientras los cubanos cargaban con el desgraciado coronel, el administrador entró al cuarto y piadosamen-

te se adjudicó dinero y alhajas, y lo mejor de la ropa blanca que era de lana.

El administrador se declaró heredero, y para cubrir las apariencias dió parte á la Comisaría.

Hizo formal entrega de dos pantalones unas botas de viaje, un sombrero Panamá y por ese estilo, siendo el inventario lo más triste del mundo.

Llegaron los cubanos á la hora que estaba allí la autoridad y recontaban las prendas del coronel.

No pareció nada en numerario, ni libranzas en la cartera.

—Seguramente, dijo el administrador al comisario, este pobre hombre se suicidó de miseria, puesto que ni el cuarto pudo pagar.

—Pero ya nosotros lo pagamos, dijeron los cubanos.

—Es verdad, pero falta la desinfección del cuarto.

—Eso correrá de cuenta de usted.

—No, señores, de la dama que ha dado para el entierro, el que ustedes han hecho tan ratonero. Figúrese usted, señor comisario, que la caja iba

atada con mecates; si el muerto ha estado vivo, se escapa. A los ricos no les dejan ni ese recurso, será que sus herederos los quieren tener bien asegurados.

—Pagaremos la desinfección.

—Está bien, dijo el comisario.

Los cubanos inundaron el cuarto de ácido fénico y el hotel quedó sin pasajeros durante mucho tiempo, por más que el administrador decía que había desinfectado los cuartos.

CAPITULO VIII

Los esponsales

I

El vizconde estaba en el cuarto del señor de Santelices, haciéndole sus confidencias.

—Estoy resuelto á enlazarme con la señorita Gabriela de Bazán; pertenece á una familia distinguida y es un ángel por su belleza y sus virtudes.

—Desconfía de la aristocracia, hijo mío.

—No abuelito, soy joven; pero conozco de esa clase sus vicios y sus defectos, hijos de la educación ó de las costumbres. Es necesario no ser tan pesimistas; hay también grandes virtudes, talento y relevantes cualidades, sobre todo, entre las señoras.

—¿Y ya has tratado á la señorita Gabriela de Bazán lo suficiente para decidirte á ese enlace?

—Sí, abuelito, á la belleza reune la virtud acrisolada; es pura, es modesta, recta en sus ideas é inflexible en sus pensamientos de honradez.

—¿Y dónde la conociste?

—Es una historia romancesca; la ví en el panteón cuando estaba colocando una corona de flores en la tumba de mi abuela.

El señor de Santelices se puso pálido y luego dijo:

—¿En la tumba de Cristina?

—Sí, la madre de Gabriela había sido su amiga en la Casa de las Hermanas.

—Ya la amo sin conocerla.

—Cuando la vea usted, confirmará todo lo que le he dicho.

—Bien, Francisco, bien.

—Pero ha llegado usted á tiempo; hoy es la presentación y asistirá á la ceremonia. El señor de Bazán, padre de Gabriela, desea hablar con usted, preguntarle por mi padre y por toda la familia; sólo usted puede darle noticias. Su llegada ha sido providencial.

II

El señor de Santelices guardó silencio y parecía hundido en hondas cavilaciones.

—¿Qué tiene usted, abuelito, en qué piensa?

—Francisco, dijo el señor de Santelices, temo que tu matrimonio no se lleve á cabo, si se ha de atener á los antecedentes de familia.

—Pero esto es horrible, exclamó el vizconde; el padre Angelini que ha sido mi tutor durante tantos años, nada ha querido decirme, Alberto se excu

saba de contestar; estoy metido en una noche tenebrosa.

—Para que sepas defenderte, es necesario que nada ignores.

—Sí, por terrible que sea, todo lo quiero saber.

—Pues bien, éramos ricos, muy ricos; pero tuve una degracia que me ha hecho pasar por un criminal sin serlo.

—Hable usted, abuelo, gritó el vizconde.

—Había recibido un telegrama del extranjero, y sin leerlo lo guardé en mi cartera; me remitían tantos al día, que poco me preocupaba de ellos. En ese telegrama se me avisaba que el Banco consignatario había quebrado; vendí las acciones, que á mi juicio nada valian. Entre ellas, fatalmente, puse el mensaje; el comprador, al verlo, me acusó por fraude y aparecí como un criminal ante la sociedad.

—¡Pero esto es espantoso! exclamó Francisco.

—Entonces, continuó Santelices, me escapé de la acción de la justicia amparado por la fuga; me fingí muerto,

y en estos momentos no puedo presentarme en público, porque aun cuando la pena ha prescrito, el escándalo y la honra no han prescrito ni prescribirán nunca!

—Lo que yo he dicho es que ya está usted aquí.

—Me fingiré enfermo, darás una disculpa, pues podría ser aprehendido en la casa de tu novia.

Francisco estaba abismado.

—Mi presencia sería un borrón y tú debes presentarte honrado ante esa familia.

—Bien, dijo afligido el vizconde, diré que ha salido usted violentamente para los Estados Unidos.

—Eso, eso es, murmuró Santelices. Yo no puedo ser presentado á nadie, todos me conocen y al través de veinte años, existe la memoria de ese suceso, se hablaría en todas partes de mi resurrección.

—Estoy profundamente contrariado y temo que el Sr. de Bazán se resfríe conmigo.

—He preferido ser franco, hijo mío,

—Bien comprendo lo que usted sufre en estos momentos.

—¡Oh, mucho, mucho! dijo Santelices con las lágrimas en los ojos.

—Yo, yo soy el culpable, pero aun te falta saber más todavía.

—¿Todavía más? interrogó con angustia el vizconde.

—Sí, todavía; porque van á preguntarte por tus padres, y no sabrás qué decir.

—Será preferible una ruptura con Gabriela.

—Escúchame: Elisa era la perla de esta sociedad, brillaba como un astro!....En día fatal conció á tu padre el Conde Mafiori, un aventurero sin pudor y sin corazón.

Levantóse Santelices, asomó la cabeza y vió si había alguien en el salón inmediato, cerró la puerta con toda precaución y continuó:

—Una vez que el Conde se casó con Elisa, marcharon á Europa y allí fué el escándalo y la disipación. Yo estaba allí oculto y veía la ruina inevitable; nunca quise presentarme.

El vizconde, con los ojos casi fuera

de las órbitas, oía aquel espantoso relato.

—Llegó un momento más fatal aún. Tu padre, que es un miserable, empujó á tu madre á la prostitución.

—¡Espantoso! ¡espantoso! gritó Francisco, mesándose los cabellos.

—Aquel conde era un rufián y un bandido.

—¡Pero esto no puede ser! murmuraba Francisco.

—Y sin embargo, es verdad.

—Continuad, pero sin callar nada.

—Un día.. en una de esas aventuras, con un príncipe japonés, vendido miserablemente por Elisa, se despertó la ira salvaje de aquel hombre, que se vengó arrojándole al rostro un licor corrosivo que le deformó el rostro espantosamente!

—¡Abuelo! ¡abuelo! ¡yo me siento morir!

—Pues oye todavía más; así como estaba, así deforme, pretendió continuar en su vida de disipación y se hizo llamar *la dama oscura*, porque nadie le veía el rostro; y como los hombres son romancescos, la seguían por

su hermoso talle y la blancura de nieve de sus brazos. Una noche de orgía, la embriagaron, se derrumbó en un confidente y entonces un atrevido le arrancó el velo.

—¡Horror! exclamó el vizconde.

—Sí, horror! gritó Santelices. El espectáculo era espantoso, parecía que habían descubierto una tumba y aparecía el cadáver carcomido de una mujer!

—¡Horrible! ¡Horrible!

—La nariz comida, los párpados descubriendo los ojos salientes, los labios plegados y las mejillas surcadas de costurones!... todos huyeron asustados delante de aquel espectro, alumbrado por las llamas azules del ponche.

—¡Pobre madre mía! dijo llorando Francisco.

—Despertó al fin, comprendió lo que había pasado, vendió sus magníficas alhajas y entró al Convento de las Calatravas.

—¡Sí, sí, era mi madre! yo voceaba su muerte y el corazón no me decía nada!

—Al separarse de París, te dejó un gran caudal y al cuidado de Alberto; pero tu cuidadora se robó una parte, cargó contigo, y para ocultar su crimen te arrojó al Sena.

—¡Miserable!

—Te recogieron unos barqueros.

—Sí, sí, ya sé lo demás; esa familia santa me adoptó como á un hijo. ¡Oh, si pudiera encontrarlos!....Después pobre, miserable en las calles de México, vendiendo periódicos y hambriento y desnudo, hasta que una mano bienhechora me hizo su heredero!

—El padre Angelini nunca te dijo quién era esa santa mujer?

—No, nunca, siempre oí su nombre; no la he conocido más que como á la Superiora de las Hermanas de la Caridad.

—¡Pues era Cristina mi mujer, era tu abuela!

—¡Justicia del cielo! gritó el vizconde.

III.

Santelices parecia fatigado con aquella terrible revelacion.

—¿Y mi padre?

—Oye, Francisco: la historia de Elisa se ha encerrado para siempre en un sepulcro, nadie sabe nada, ni hay por qué mentarla; todos saben que murió en un convento, víctima del abandono de tú padre y la compadecen; nadie habla de deshonra; ¡pero tu padre!

—¡De una vez, todo! gritó Francisco.

—¡Oyeme! tú no puedes mentar á ese hombre en el acta de tu casamiento, porque está en presidio!

—¡Rayo del cielo! exclamó el vizconde, que creyó morirse al escuchar las palabras de Santelices.

—¿Qué hacer entonces, qué hacer?

—No sé, murmuró el abuelo.

—Y dentro de unas horas debo estar en la casa del señor de Bazán.

—Puede ser que no se sepa en México; él debe haber ocultado su nombre en el presidio.

—Tal vez. . . .abuelo, yo estoy decidido á todo. Si algo se descubre, diré que lo ignoraba; pero antes me levanto la tapa de los sesos de un pistoletazo, que confesar todo esto á la familia de Gabriela.

—Juega tu suerte, hijo mío; revístete de valor y que Dios te ayude.

—Sí, valor, dijo el vizconde, soy el hijo de la fatalidad y entro en el abismo.

—Ya sabes, yo he partido hoy mismo para los Estados Unidos.

—Está bien, dijo Francisco, y besando la frente de su abuelo, entró en su cuarto, se arregló perfectamente, bajó las escaleras todavía con el semblante descompuesto, entró en su carruaje, que partió á todo escape á la casa de Gabriela de Bazán.

IV.

Don Carlos de Bazán era un rico minero de California, pertenecía á una de esas familias que quedaron en el

territorio capturado en la guerra americana.

Era un millonario dueño de minas de oro.

Se había venido á radicar á México y vivía en una suntuosa casa de la Calzada de la Reforma.

Su esposa, madre de Gabriela, era mexicana, y al sentirse enferma quiso venir á morir á su tierra natal.

Hacía seis meses que reposaba en el Panteón Francés, donde la visitaba la tierna piedad de su hija.

Allí la conoció Francisco y se amaron.

La tarde del día que vamos narrando, el vizconde y Gabriela fueron á orar en la tumba de aquella madre que les bendeciría desde el cielo.

Delante de aquellas venerandas cenizas, renovaron sus protestas de fé y amor, lloraron juntos, sellando su eterno cariño en el sepulcro convertido en altar, y en presencia de aquel cielo espléndido, que extendía el azulado manto sobre sus cabezas.

El vizconde había pedido la mano de Gabriela, y el Padre Angelini ha-

bía mediado, sabiendo que aquel enlace no se llevaría á cabo.

Dejaba la intriga en manos de Cecilia y de Lucrecia. Las mujeres son siempre más osadas y atrevidas que los hombres.

El jesuita dejaba correr los sucesos; seguía la táctica de la Compañía de Jesús.

Lo único que había hecho el Padre Angelini era relacionar á las dos jóvenes con el señor de Bazán, y éste las había convidado para la celebración de los esponsales.

Gabriela había olvidado toda preocupación y no pensaba más que en su felicidad; no creía tener rivalidad en las que ya podía reputar como sus amigas, que habían estrechado sus relaciones con grande insistencia.

La joven había oído al principio algo sobre la muerte del coronel, cuyo suceso atribuían á la cubana; pero todo había pasado, hasta el recuerdo del muerto.

V

En esa tarde estaban desde muy temprano en la casa de Gabriela; se habían empeñado en vestirla, y lo hacían mejor que las modistas del Jockey.

Para la ceremonia, Gabriela había consentido suspender su luto y vestía un traje color de cereza con un punto riquísimo de avalorio.

No llevaba alhajas; una camelia roja á su peinado y nada más.

—Estás bellísima, decía Cecilia; el vizconde se va á volver loco cuando te vea.

—Pobrecillo, contestó Gabriela, está apasionado de mí, no tiene más pensamiento ni más ahinco que yo.

—Y tiene razón, dijo Lucrecia, eres tan bella, que mereces esas adoraciones, y debes dar gracias al cielo de no haberte encontrado con el hijo de un canalla ó de una mujer tildada en sociedad. Eso hubiera sido terrible.

—No lo quiero ni pensar, dijo Gabriela.

—¿Y que harías en ese caso? preguntó Cecilia.

—Mi nombre antes que todo; sacrificaría amor y corazón y hasta porvenir, antes que unirme á un miserable.

—¿Pero quien piensa en eso, amiga mía? Qué bello ha de ser soñar con el amor de un ser que va á ser nuestro para siempre.

—Sí, para siempre, dijo Gabriela.

—Se han juntado dos lutos, dijo Cecilia, el tuyo y el del vizconde.

—Es verdad, contestó la joven; y ahora que hablamos de eso, dicen que mató á Alberto, tu novio, un soldado insurrecto.

—No es cierto, ese hombre me perseguía sin cesar, había venido de la isla para ofrecerme su mano.

—Cuando el rio suena....

—Ay hija, ya no era el que conocí en Cuba, me lo habían cambiado de un machetazo.

—¡Jesús!

—Sí, un soldado español, le hizo el favor de destrozarle la cara al inocente.

—Por supuesto que perdiste la ilusión.

—Por completo; figúrate que le faltaba un pedazo de labio y por allí asomaba un colmillo, se diría que mi maridole enseñaba á mis pretendientes los colmillos.

—Eres terrible.

—Se suicidó de puro feo y le sobraba la razón.

—¿Pero qué le pasó?

—Que se enceló. Como venía de la Manigua, estaba en estado salvaje y la emprendió á estocadas. Alberto se le puso enfrente, se descuidó según dicen, y ya saben ustedes lo demás.

—Los periódicos han metido gran escándalo.

—Hija, como que no tienen en qué ocuparse han hecho un drama de Echegaray, y no ha pasado de una escena entre dos tontos.

—Estás terrible Cecilia.

—Lo que no pudo hacer Weyler con con él en la manigua, lo hizo él solo, se prendió como una mosca y negocio concluido.

—Pero en prueba de amor, dijo Lu-

crecia, esta muchacha pagó el entierro.

—El cual fué humildísimo según informaron los repórters.

—Es que los encargados dieron sepultura eclesiástica á los quinientos pesos que les dí para los funerales.

—Podían haberle dicho hasta misa cantada.

—Y responsos y sermón.

—Aquí acabó mi historia, dijo Cecilia con un ademán compungido y gracioso.

Lucrecia y Gabriela se echaron á reír.

VI

La casa estaba iluminada á *giorno*, luciendo el esplendor y la grandeza del millonario.

Los directores de los principales Bancos eran los testigos de Gabriela, y los del vizconde dos personajes del Jokey.

La concurrencia era selecta; lo más granado de la sociedad se hallaba allí reunida.

Lucrecia y Cecilia estaban inquietas, aguardaban algo.

Todos esperaban al Juez del Registro Civil.

Se servían helados en el salón, porque el calor era sofocante.

El paje que conducía la charola se acercó á Cecilia, y sin que nadie lo notase puso en su mano un papel que la joven guardó con prestesa.

Pretextando cualquier cosa, salió al corredor, que era un bosque de plátanos y flores, se acercó á un foco de luz incandescente y leyó:

«Suspendan todo; ya tenemos algo más estruendoso para el día de la boda. Mucha prudencia.»

Cecilia entró al salón y puso disimuladamente el papel en manos de Lucrecia.

Cuando ésta hubo leído la esquela, dijo á la cubana:

—Suspendamos todo; el padre Angelini sabe más que nosotras; habrá concebido otro plan más seguro; tengo fé en él.

—Obedezcamos; lo siento, porque la escena iba á ser magnífica.

VII

Entró el vizconde en la sala.

El joven llevaba un traje de etiquequeta sumamente elegante y su apostura era gallarda.

Se produjo un rumor entre aquella concurrencia al ver la gallarda apostura del novio.

Se dirigió desde lugo al señor de Bazán, y después de saludarlo, se acercó á Gabriela y la estrechó la mano.

Cecilia y Lucrecia cambiaron una mirada de rencor terrible.

Recorrió después el estrado, y al llegar á Cecilia le dijo:

—Perdone usted, señorita, si no la he devuelto su visita, pero han pasado tantos acontecimientos, que estoy desconcertado.

—¿Sería usted tan galante que nos honrara acompañándonos á cenar la víspera de la boda, en que se despide fastidiosa de la vida de soltero?

—Estaré con toda puntualidad, dijo riendo la criolla.

Gabriela resplandecía de felicidad y no notó que el vizconde se había detenido á hablar con su amiga.

—Ya es nuestro, murmuró Cecilia.

VIII

Un empleado del Registro Civil se presentó en el salón, llevando un pesado libro que colocó sobre una mesa cubierta con terciopelo bordado de colores.

Extendió el acta de presentación.

Uno de los padrinos de Cecilia sacó de fino estuche una artística pluma de oro cuajada de brillantes y rubíes, y la ofreció á Gabriela para que firmase.

El señor de Bazán, á su turno, extendió su rúbrica. El Juez dió lectura al acta y terminó la ceremonia, citandose todos para la próxima semana, en que tendría lugar el casamiento eclesiástico.

Todas las señoras abrazaron á la novia. Cecilia se acercó, y llena de

entusiasmo dió un beso en la mejilla de Gabriela.

—Que seas enteramente feliz!

—Gracias, contestó la tímida doncella.

Aquel era el beso de Judas.

El padre Angelini se acercó al vizconde.

—Te había ofrecido, le dijo en voz baja, un asilo santo, pero también lo es el santuario del hogar. Ojalá que allí te preserves de las tormentas mundanales y de las aflicciones humanas!

—Señor, contestó el vizconde, me habéis servido de padre, y me complace oír esas palabras.

—Estaré siempre á tu lado, hijo mío.

Siguióse después un *lunch* espléndido, dispuesto en un corredor lleno de estatuas coronadas de rosas, como si fuesen los dioses tutelares del matrimonio.

La música, las múltiples voces y risas de aquella concurrencia, formaban un conjunto encantador

Gabriela obsequiaba con exquisito gusto á sus amigos, y Francisco no

cesaba de contemplar á aquella angelical criatura que arrebataba todo el amor de su alma.

Cecilia se acercó al vizconde en compañía de varias amigas y le ofreció una copa de champagne.

—Por la felicidad de mis bellas amiguitas.

—Por la de ustedes, dijeron todas, dejándolo solo con Cecilia, que lo tomó del brazo.

—¿Ya olvidó usted aquel amor tan grande que le envolvía el cerebro, la última noche que nos vimos?

—Por Dios Cecilia, ya no recuerde usted esos desvaríos.

—Si lo he creído á usted qué desgraciada sería!

El vizconde no supo qué responder.

—Ya todo está olvidado, vizconde. Ahora no hay que hablar del pasado; son celajes y sombras que se van; así es la vida ¿no es verdad?

—Sí, sí, dijo el vizconde.

—La decoración ha cambiado; ya no es la hija de Cuba, proscrita y abandonada de todos, ahora es la gran señora, la millonaria, el encanto de una

sociedad, que aunque veleidosa, en estos momentos la aclama como á una reina y tiene razón, porque es muy bella.

El joven estaba confuso.

—De pretendida, continuó Cecilia, pasó á amiga ¿no es verdad?

—Sí, á una amiga de corazón, que tendrá toda nuestra preferencia.

—Así lo espero, vizconde, y nada tema usted por mí.

—¿Y por qué había de temer, si es usted tan buena?

—Ya sabe usted, siempre los resentimientos quedan, pero yo no sé vengarme. Yademás, ¿de qué? De que usted soñó un momento y ha despertado en un nuevo paraíso.

Gabriela buscó al vizconde y al verlo con Cecilia, plegó un tanto el ceño.

Su mirada se encontró con la de su novio y se tornó en un rayo de amor.

El vizconde sonrió y se acercó con su pareja.

—Hablábamos de tí, Gabriela.

—¿Y qué decían?

Cecilia se apresuró á contestar.

—Me ofrecía el señor vizconde que

aceptaba mi invitación para el día siguiente de la boda, y me daría la preferencia de la primera visita.

—Acepto el compromiso, dijo Gabriela, y estaremos puntuales á la cita.

—No esperaba yo otra respuesta, amiga mía. Pero qué hermosa está la reunión! domina un verdadero entusiasmo, viejos y jóvenes, todos resplandecen, esto es un augurio de una felicidad futura.

—Cecilia, contestó Gabriela, yo estoy viendo todo, por un prisma color de rosa.

—Yo me siento enteramente feliz, dijo el vizconde y oprimió el delicado brazo de su novia.

Cecilia saludó á los novios y se fué celosa como una pantera.

La reunión continuaba animadísima, al ruido del cristal y las salvas del champaña, las frases de amores al oído de la belleza y de la juventud las conversaciones de recuerdos y de esperanzas, mezcladas á los acordes de una música alegre y estruendosa, formaban una atmósfera de delicia, uno de esos deseados paréntesis de la

vida, un momento de descanso en el combate de la existencia. Creer, soñar, entrar unos instantes en el éxtasis del placer, para despertar acaso en los brazos del dolor!.....¡esta es la historia humana!

IX

Un sirviente presentó en una bandejilla de oro afiligranada, una carta al vizconde.

—Es raro, dijo el joven, que se me dirijan á esta casa que no es la mía y en estas circunstancias.

Rompió el sobre y leyó: «Importa tu presencia en la casa, lo más temprano que te sea posible.—Tu abuelo.»

—¿Qué pasará? dijo el vizconde, la conversación que he tenido antes de venirme, me ha dejado muerto y ahora esta carta me llena de inquietudes ¿qué pasará?

Guardó la carta y se resolvió á no dejar la casa de Gabriela hasta que terminase la fiesta.

Afortunadamente no había juego, allí no asomaba su cabeza impura el vicio.

Ya la concurrencia comenzaba á despejar el salón.

Una hora después solo quedaban algunos amigos del señor de Bazán y dos ó tres amiguitas de la novia.

El padre Angelini se despidió, murmurando al bajar pausadamente la escalera.

—Este es el primer acto, espero el último en que habrá una transformación como en las comedias de magia.

El vizconde se despidió del señor de Bazán, que ya estaba en su aposento.

Salió al corredor acompañado de Gabriela.

—Adiós, la dijo, y acercó sus labios á los de la joven.

Gabriela se retiró suavemente.

—Todavía no, dijo, y le puso en la boca su mano al vizconde, que la besó con ternura.

Lucrecia y Cecilia entraron en su carruaje.

— Estoy desolada, dijo Cecilia; toda la escena preparada ha fracasado.

—No lo creas, el jesuitaha de tener escondido otro plan más terrible todavía.

—Mañana, que hablemos con él nos dirá lo que ha pensado.

—Tal vez se lo calle.

—No importa, nos basta saber que el matrimonio no se ha de verificar.

—Gabriela está hecha una tonta.

—No importa, la tempestad es irresistible; en cuanto al vizconde, ya sabemos lo que se le espera.

—¿Y vendrá á la cita?

—Por supuesto, además me teme, se lo conozco, y en estos momentos no me ha de procurar una dificultad; conoce mi carácter.

—Entonces, firmeza y adelante.

—¡Adelante! gritó Cecilia, bajando del coche y despidiéndose de Lucrecia, que se tiró en el respaldo y dió libre curso al llanto, comprimido durante largas horas, en aquella fiesta. Lloraba sin esperanza ¡pobre criatura!

CAPITULO IX

La vuelta del presidio.

I

El vizconde estaba profundamente inquieto.

Al recibir la tarjeta del señor de Santelices, se había alarmado, temiendo que algún suceso inesperado viniera á interponerse en su felicidad.

La aparente calma de Cecilia lo asustaba.

En cuanto á Lucrecia, por más que estuviese unida á la cubana, la encontraba dulce y buena, sin los rencores que agitaban el alma de Cecilia.

Creía hasta cierto punto, dominada la situación, respecto á las jóvenes, aunque un secreto presentimiento le decía qae aun no llegaba al puerto, libre de peligros.

Llegó á su casa y entró á cambiarse de ropa á su aposento, para ir

al de su abuelo, que lo sacase de la duda que le producía tantas inquietudes.

II

Mientras que Francisco estaba en la celebración de sus esponsales, el tio de Santelices, se paseaba á lo largo de la pieza meditando en su situación.

El viejo banquero sabía que su nieto no lo abandonaría, pero que ya en México, le sería difícil rehacer su fortuna.

Ya había anochecido su existencia, y sin embargo, lo deslumbraba el brillo de la sociedad moderna, le atraía su lujo y sus riquezas; oía desde allí el estruendo, sin que él pudiese volver á su seno.

Lo atormentaba como el recuerdo de una pasada fortuna.

Volvería, como se había propuesto, á Europa y allí moría solo, con lo único que le quedaba, que era su nieto.

Apenas lo había conocido y ya lo amaba tiernamente. ¡Le traía tantos recuerdos de su antigua dicha!

Cuando pensaba lo que había perdido en el naufragio de su vida, el corazón se le oprimía y la cabeza se doblegaba sobre su pecho.

¡Cuántos lloran sobre el bien pasado!

No obstante, estaba tranquilo por primera vez en tantos años.

Aquella casa era la joya, aquel joven era su sangre; ¿qué le importaba vivir en un rincón.

Pasar entonces la existencia contando los soles y viendo desaparecer las estrellas, dormir tranquilo para despertar en brazos de la muerte.

El final era dichoso, ya que el trayecto había sido de borrascas, de desengaños y de dolores.

El vicio le había aniquilado la virtud del hogar; restañaría sus heridas. Estaba satisfecho.

III

Un lacayo anunció que un caballero deseaba hablarle.

—Es imposible, decía, nadie sabe que estoy en México.

El lacayo esperaba.

—Es muy extraño, pero es necesario saber quién es esa persona misteriosa que ni aún me anuncia su nombre.

Luego, dirigiéndose al lacayo, le dijo:

—¿Qué señas tiene ese caballero?

—Señor, es un anciano respetable, tiene el acento extranjero.

—Dile que pase.

El lacayo salió en busca del desconocido.

La sala era espaciosa y la lámpara no podía vencer las sombras perfectamente, así es que apenas veía entre la atmósfera opaca, la fisonomía del caballero, que en esos instantes penetraba en el salón.

—Pase usted, le dijo con cortesía.

—Gracias, ¿no me conoce usted?

—No recuerdo

—Debo estar muy desfigurado, porque hemos hecho el viaje juntos. Venía usted de Nueva York y yo tomé el tren en el Niágara y hemos viajado en el mismo tren.

—Efectivamente, contestó Santelices, no he reparado.

—Sabía perfectamente que vendría usted á hospedarse en lacasa de su nieto, y por eso no dudé en buscarlo en esta casa.

Solo así se explicaba el señor Santelices que alguien tuviera noticia de su llegada á México.

—Estoy á las órdenes de usted.

—¿Pero usted no me reconoce?

—No, señor, mis recuerdos son muy vagos.

—Han pasado veinte años, más todavía.

Entonces el señor de Santelices fijó su mirada en el desconocido, se delineó en su memoria aquella fisonomía desfigurada por el tiempo, y sin poder contener un grito de ira y de despecho, dijo:

—¡Ah! sí, ya lo conozco, es usted el conde Marfiori!

—Sí yo soy, dijo el presidiario, que he venido á arrojarme á sus piés, antes de descubrirme á mi hijo.

—Yo no conozco á usted ni nunca lo he visto.

El conde se arrodilló y con voz suplicante le dijo:

—¡Tenga usted compasión de mí!

—¿Qué hizo usted de mi hija, miserable?

—¡Ella!.... ¡ella!....

—No, usted la perdió con esa corrupción que destila de su pecho; usted la arrojó á la prostitución, usted secó esa existencia, que en la plenitud de la edad se sumergió en los abismos de la tumba.

Es usted un infame que no merece perdón.

Levantóse iracundo el presidiario.

—Si esas palabras vinieran de otros labios, yo enmudecería, señor de Santelices; pero salen de los de usted y me sublevo!

—Y se permite insultarme este hombre! exclamó el señor de Santelices.

—Sí, gritó el conde, yo salvé el honor de la hija de usted comprometido en una vergonzosa aventura; he arrastrado una vida de deshonra en París, merced al carácter altivo de Elisa; ella me ha arrojado á la vergüenza y al escándalo.

—Porque usted no hizo una buena acción; se vendió miserablemente pa-

ra gastar un caudal que defraudaba á su esposa.

—Y usted, ¿qué ha hecho, señor de Santelices?.... Ha tenido que salir huyendo de aquí, prófugo de la justicia!

—Me da usted asco, dijo el señor de Santelices. Me repugna la figura de usted arrastrando esa pierna, que denuncia la cadena del presidio.

—Es verdad; pero vengo en pos de mi hijo, reconocido en las actas del Registro Civil, y que lleva mi nombre!

—Viene usted en pos del dinero y nada más.

—Sí, es verdad. Ya que consumí mi vida, ya que estoy deshonrado y escarnecido, no quiero llegar al fin de mi existencia como un pordiosero. Vengo á reclamar lo que legitimamente me pertenece, porque la esposa de usted no tenía derecho á desheredar á su hijo, ni creo lo permitan las leyes de este país.

—Vaya usted en buena hora ante los tribunales, reclame la herencia en nombre de los derechos de marido, ya

que ha sabido serlo; pero entre tanto salga de esta casa.

—No saldré; quiero hablar á mi hijo y lo esperaré.

—¡Pero este hombre ha perdido la vergüenza! exclamó el señor de Santelices. Volviendo la espalda á Mafiori se retiró á su aposento, rabiando de ira.

Temió alguna imprudencia de aquel hombre despechado, y más en los momentos críticos porque atravesaba Francisco, y le escribió una tarjeta, llamándolo.

Oyó el ruido de un carruaje en el patio de la casa, y se apresuró á salir para encontrar á su nieto y prevenirlo de aquella inesperada aparición, que podía desconcertar su enlace.

IV

—¿Qué pasa? dijo el vizconde, revelando en su semblante una profunda inquietud.

—Serénate, le contestó su abuelo;

mucho y nada; pero vas á tener un mal rato.

—Hable usted, señor.

—Pues pasa lo que no hubiéramos nunca imaginado, que el conde Mafiori está aquí.

—¡Dios mío, qué cosa tan espantosa! exclamó Francisco. Yo no quería conocer á ese hombre.

—Tienes razón, pero no hay remedio; viene lleno de pretensiones, quiere dinero y nada más.

Aunque el nombre de padre siempre tiene una resonancia en el espíritu, Francisco no le guardaba afecto alguno, y más aún desde que se había enterado de aquella historia infortunada, de aquel drama espantoso, del cual se había librado milagrosamente.

—Si no es más que dinero, dijo el joven, es fácil de arreglar.

—Es que lo quiere todo, viene á dar un asalto.

—Yo lo detendré.

—Va á ensayar contigo una escena romántica; pero así como tú nada sientes por él, él nada siente por tí, ni te conoció, ni te ama.

—Lo sé, contestó Francisco, y no sé por qué siento una repugnancia invencible.

—Es fuerza apurar el cáliz.

—Sí, sí, de una vez, dijo Francisco.

Y besando la mano á su abuelo, entró al salón donde lo esperaba Mafiori.

Levantóse el conde compunjido.

—Caballero, dijo Francisco, aparentando no saber nada, me tiene usted á sus órdenes.

—El conde tenía ensayada perfectamente su escena; era un actor de la escuela italiana.

—Señor vizconde, dijo humildemente, no sé verdaderamente cómo comenzar.

—De cualquier modo, contestó Francisco, porque ya es tarde y vengo fatigado.

El conde comprendió que tenía que habérselas con un hombre y algo se desconcertó.

—Decía, señor, que no sabía cómo comenzar, y es la verdad; va usted á escuchar una historia y seré breve.

—Ya escucho á usted, caballero.

—Yo vivía feliz al lado de una mujer bella y virtuosa; el cielo había premiado nuestro amor dándonos una criatura angelical.

El conde sacó su pañuelo y se enjugó una lágrima, que no había aparecido en sus pupilas.

—Decía, que era nuestro orgullo y nuestro cariño aquella criatura.

Como el conde ignoraba los sucesos y no había vuelto á ver á Elisa, ni sabía nada de Francisco, ni por qué su abuela lo había dejado de heredero, no podía avanzar en su relato, se encontraba atrojado y para salir del paso, dijo:

—Ya usted estará enterado de lo demás.

—Caballero, contestó Francisco, no comprendo nada, ni una sola palabra de esa historia.

—Ese niño, continuó Mafiori, se perdió en las nieblas de la desgracia, lo he buscado por todo el mundo, hasta que el destino me ha conducido aquí, para decirle, con los brazos abiertos:

—¡Francisco, eres mi hijo! ¡Yo soy el conde Mafiori!

Francisco no se movió de su asiento.

—¿Pero qué es esto? ¿Nada te dice tu corazón?

—Nada, contestó fríamente el vizconde.

—¡Pero esto es inconcebible!

—Se explica fácilmente, contestó Francisco, no os conozco ni me consta que seais el esposo de mi madre.

—Tienes razón, hijo mío, tienes razón; tú dudas y haces bien. Hay sus dificultades en reconocer al primero que llega; pero ahí está tu abuelo el señor de Santelices y podrá decirte si yo soy tu padre.

—Lo doy por sabido, contestó Francisco.

—Entonces, permítame que bese esa frente, hace más de veinte años que no la tocan mis labios!

—Siéntese usted y hablemos.

El conde estaba en ascuas.

—Permítame usted que lo interrogue.

—Puedes hacerlo, hijo mío, puedes

hacerlo, que yo satisfaré tus preguntas.

—¿Qué ha hecho usted durante estos veinte años? de dónde viene usted?

El conde sintió el dardo punzante, tan bien dirigido á su corazón.

—Vengo de Europa, hijo mío; allí he dejado abandonados mis negocios, por venirte á ver, luego que supe tu estancia en México. Fué de una manera providencial; en el relato de una fiesta ví tu nombre, y me dije éste ha de ser mi hijo, y abandonando todo, crucé el Océano para venir á encontrarte, que es la realización de mis esperanzas.

—¿Y de qué lugar de Europa viene usted?

—De Francia, hijo mío, estaba radicado en Marsella.

—¿Está usted seguro de que en Marsella, donde usted ha pasado algunos años?

—Sí, hijo mío.

El conde comprendió que Santelices le había revelado su existencia á Francisco, y comenzó á turbarse y á perder su aplomo.

—¿Y dónde dejó usted sepultada á mi madre?

—Pues.... allá.... allá la dejé, no hablemos de eso, porque no quiero ya renovar tantas heridas como llevo en el corazón.

—Recuérdelas usted y dígamelas porque deseo saber dónde está el sepulcro de mi madre.

El conde no atinó á responder y volvió á sacar el pañuelo y á enjugarse el sudor que brotaba de su frente.

Levantóse Francisco y tomando por el brazo al conde, gritó:

—¿Qué ha hecho usted de mi madre, señor conde Mafiori?

El conde se asustó por el momento, y cayendo de rodillas delante del joven, exclamó:

—Soy más desgraciado que criminal.... Yo no puedo entrar contigo en explicaciones, pero ella y yo nos perdimos en un abismo de infortunios y te abandonamos. Si ella viviera estaría también como yo, arrodillada á tus pies, pidiendo perdón por nuestros desvaríos.... Perdóname, sí, perdóname, déjame al menos morir tranquilo.

—Alce usted, señor, y dígame usted qué es lo que quiere de una vez.

—Pero esta es mucha crueldad!

—Más ha sido la de ustedes. Yo, huérfano, solo, abandonado, muerto de frío y de hambre en las calles de París, al abrigo de gente muy pobre, que me sirvieron de padres.... Hecho pedazos, cubierto de harapos, durmiendo en los quicios de las zaguanes de México, vendiendo periódicos para poder llevar á mis labios un pedazo de pan, mientras usted en las fiestas de París! ¡Esta, esta si es crueldad!

—Sí, sí, es verdad; pero yo no sabía de tí.

—Esa es la falta, ustedes me abandonaron como á un perro; ni les importaba mi vida, ni hubieran llorado por mi muerte.

—Eso no, hijo mío.

—Veinte años sin recordarme y ahora son las ternuras y las lágrimas.

—Sí, sí, es un crimen.

—¡Como otros, que llevan á los hombres al presidio!

El conde dió un salto y oprimió los puños.

—Pero yo todo lo olvido, no soy el juez de mis padres.

—¡Bendito seas, hijo mío!

Se abrazó del cuello de Francisco y lo besó calurosamente.

Francisco parecía una estatua de mármol, quieto, casi sin respiración y sintiendo hasta odio por aquel miserable.

—¿Y bien? dijo Francisco.

—Nada, dijo el conde, estoy satisfecho; en cuanto á nuestros intereses, otra vez hablaremos.

—No, ahora, porque dentro de unos días salgo para los Estados Unidos á un viaje de recreo.

—Puesto que tú lo mandas, no tengo más que obedecer.

—Tengo curiosidad, dijo Francisco, de saber qué tenemos de común en nuestros intereses.

—En primer lugar que eres mi hijo.

—Olvídelo usted en estos momentos, como lo ha olvidado durante tantos años.

—Los años no gastan los derechos.

—Suelen prescribir hasta los sentimientos.

—Bien, bien, esas son las teorías; vamos á la práctica.

—Vamos, contestó Francisco, en tono de desafío, lo que no pasó inadvertido para Maffori.

—El caudal que posees no te ha de haber venido de la venta de periódicos.

- En efecto, contestó el joven, de allí no he sacado más que la costumbre del trabajo, de la honradez, que me librará de ser falsario y enlodarme en el fango de la estafa, que es el camino del presidio.

—Así me gusta, hijo mío, esos sentimientos te honran, has heredado mi sangre.

—Sí, es verdad, la sangre de usted, dijo con ironía Francisco.

V

Aquella conversación iba condensando una tempestad, que tenía que estallar de una manera horrible.

De un lado la fuerza de la juventud, con todas sus nobles aspiraciones, con todas sus altas energías; del otro, el bandido, con todas su encrucijadas y sus perfidias; era un duelo que debía forzosamente traer un desastre.

—Hijo mío, continuó el conde, procurando disipar aquella tormenta que se le venía encima, tú sabes que el marido es dueño de la mitad del caudal del matrimonio, y yo lo soy del de Elisa y que tú posees en la actualidad, y que no puedes disfrutar hasta que yo muera; y lo disfrutarás; ¿á quién había de dejar cuanto tengo, sino á mi adorado hijo?

—Es decir.... dijo Francisco.

—Que necesito ese capital y que tú me lo vas á dar.

—¿Está usted seguro de su derecho?

—Ya lo he consultado y no pido nada irracional.

—¿Y qué le dirían á usted los abogados, por ejemplo, ejemplo nada más, si hubiera una ley que prescribe que el marido pierde el derecho á los gananciales cuando ha sido sentenciado á presidio?

Ya no había por qué guardar reserva, ni estar aparentando; el vizconde todo lo sabía y era necesario desafiar la situación.

—Pues bien, dijo el conde, levantándose iracundo, ¿quién se ha atrevido á poner esa excepción? ¿Tú? Te deshonrabas y aparecerías en sociedad como delator de tu padre. No me entregarías el caudal, pero quedarías señalado para siempre con el estigma del galeote!

—Sí, sí, es cierto, murmuró el joven.

—Delátame, no tengo miedo. Vengo de Tolón, mira en mis brazos las marcas azules del presidio y mira este pasaporte amarillo, que me entrega al cuidado de la policía.... En México todos lo ignoran, porque cambié mi nombre; rasga tú este velo tenebroso, denúnciame y tu casamiento se disipará como una sombra!

—Se engaña usted, en México todo se sabe. Esta sociedad no tiene valor para alzar la voz y lanzar un grito; pero todos relatan las historias de usted y del casamiento de mi madre.

Tembló Mafiori, porque, si Francisco sabía que no era su hijo, estaba perdido.

—Ya quedan pocos, dijo, que presenciaron esos sucesos.

—Pero queda la historia; hace pocos días un individuo contaba los lances del juego y las trácalas y las estafas de usted, y he tenido un duelo; así es que no sería para mí un título de honor presentarlo en la casa de la que va á ser mi mujer.

—Ni yo lo quiero ni aspiro á ello; yo vengo por lo que me corresponde y me vuelvo á Europa.

—Si allí no puede usted estar, no lo conocerán por el nombre, pero sí por la cara. Acabemos. ¿Cuánto necesita usted?

El conde sabía que era un gran capital el de Francisco y no quiso fijar cantidad; la ambición lo arrebataba, se veía otra vez en el esplendor. Cuando ya había perdido sus esperanzas, resucitaba al mundo nuevo, donde entraría con todas sus aspiraciones á los goces y al placer. Ya estaba viejo y quería apurar las últimas orgías del

vicio; era su sueño, la ilusión de sus últimos días!

—Nada quiero, dijo, que no me pertenezca; haremos una cuenta exacta y cada uno estará en lo justo.

El descaro inaudito de aquel miserable, la avilantez de aquel bandido, sublevaron los sentimientos del joven; no era el vil interés el que lo aconsejaba, era el despecho, la ira, de tener en su presencia á un hombre autor de tantos infortunios y que venía á buscarlo para robarlo.

Levantóse Francisco, y dijo con desdén.

—Ya arreglaré todo eso cuando tenga tiempo, ya veremos; hay negocios sumamente difíciles; vuelva usted alguna vez por acá.

Levantóse á su vez el conde, y sin poder contener su ira, gritó:

—¡Es decir que quieres robarme, miserable!

—Conténgase usted, señor Mafiori, dijo con resolución Francisco.

—Ya lo esperaba, exclamó con expresión de cólera.

—¿Y por qué lo esperaba usted?

—Porque tú llevas en tus arterias la sangre de una raza maldita!

—¿Será la de usted, por ventura?

—No, la mía no es así; yo era malo y aquí acabaron de corromperme, y siento un gran desprecio por todos ustedes.

El vizconde veía de hito en hito á Mafiori.

—Concluyamos de una vez; dime tu resolución definitiva.

—Ya es tarde, otro día.

—Pero no es para deshonrarte delante de esta sociedad y de tu novia; yo les diré: ¡aquí el presidiario, viene congratularse de entrar en esa famimilia, mis papeles están en Tolón, los tengo atados en una cadena!

—Se cuidará usted mucho de hacerlo.

—¿Me amenazas?

—Sí, porque usted no querría entrar en nuevos líos, por todo lo que ha dejado pendiente por allá; yo me sabría vindicar.

—¡Saliste en mala hora como tu madre!

Un velo de sangre cayó sobre los

ojos de Francisco; quiso arrojarse sobre Mafiori, pero un rayo de luz iluminó su cerebro y vió el atentado que iba á cometer.

Retrocedió unos pasos y con voz trémula, dijo á Mafiori:

—Sí, soy hijo de una infeliz y de un bandido, renlego de mi sér, maldigo mi existencia; pero no volveré á cruzar una palabra con el hombre que ha insultado tan vilmente á mi madre

Salga usted; yo no le puedo tocar, me está vedado; pero no á mis lacayos.

—¡Miserable! gritó el conde, me arrojas de esta casa; pero no sin que deje impreso en tu rostro el estigma del desprecio.

Levantó el brazo y dejó caer la mano sobre el rostro de Francisco.

El señor de Santelices, que había estado escuchando, entró apresuradamente y se interpuso entre los dos.

—Salga usted, miserable; salga al momento de esta casa que deshonra con su presencia; ha cometido usted un atentado horrible.

Francisco, pálido como la muerte y

siniestro como la fatalidad, veía con una mirada terrible al conde, que ya estaba arrepentido, porque aquella violencia echaba á perder su negocio.

—Caballero....

—Ni una palabra más; salga usted!

—Señor de Santelices, Francisco, perdónenme; ¡estoy loco! y se puso de rodillas.

—¡Nunca! exclamó Francisco, y le volvió la espalda con desprecio.

El señor de Santelices lo siguió, dejando solo al conde.

VI

Luego que Francisco y Santelices desaparecieron tras las cortinas del salón, el conde se levantó, se repuso un tanto, tomó su sombrero y al llegar á la puerta se volvió unos instantes, lanzó una estridente carcajada y dijo:

—Infames, me habéis robado, me habéis escarnecido; pero medito una venganza terrible, como nadie la ha

pensado..... Daríais vuestro caudal y cuanto tenéis, si sospecharais siquiera mi intento!

Salió precipitadamente. El portero le abrió porque ya eran las cuatro de la mañana, y como el conde no tenía carruaje, se arrebujó en su *sobretodo* y salió, azotado cruelmente por el viento helado de la madrugada.

CAPITULO X

Intrigas femeniles

I

El vizconde era presa de una cólera concentrada, le ardía la sangre más que la mejilla y se sentía profundamente humillado.

No podía tomar venganza por su propia mano, pero se cobraría á su sabor. En materia de intereses, no le daría á Mafiori ni un solo peso, y estaba resuelto á sufrir las consecuencias.

Ese día, que era acaso el más feliz

de su vida, se amurgaba con aquel incidente, que acaso era el todo, por la situación que atravesaba.

Era la víspera de su casamiento, y personalmente se ocupaba de todos los preliminares.

Los tapiceros, en gran número, invadían la casa y la decoraban de una manera suntuosa. Todo estaba prevenido, nada faltaba.

La cámara nupcial era de un lujo espléndido, parecía un recinto de hadas. Cuanto acina el buen gusto, cuanto arroja la civilización en su refinamiento, tanto se encerraba allí. sin ese recargamiento de mal género, que suelen tener los ricos, en su ahinco de ostentación.

El lecho suntuoso, el cortinaje, los arreos todos, los perfumes, las alfombras, los muebles de alcoba, todo presentaba un conjunto admirable de belleza, digno del puro amor de una mujer que entraba en las soberbias corrientes de la vida.

El vizconde iba y venía en su carruaje, recogiendo cuanto había apartado en las joyerias y visitando á las

modistas y bordadoras, para enviar los regalos de boda.

A la una de la tarde recibía la casa del señor de Bazán los espléndidos presentes del novio, llevados por lacayos vestidos de alto lujo.

Se puso todo en grandes mesas, en una sala, como una exposición de objetos de arte que luciría aquella noche

El vizconde había colocado en una cartera de marfil con broches de oro afiligranados, cinco *cheques* de cien mil pesos, que ofrecería como dote á la señorita Gabriela de Bazán.

Todo estaba perfectamente arreglado, tanto que en la casa de la novia se hacían también soberbios preparativos, porque allí tendría lugar esa noche el matrimonio civil.

Era aquello un derroche de lujo; nunca la sociedad de México había presenciado una fiesta más suntuosa.

Los regalos del señor de Bazán á su hija eran espléndidos.

Sobre unas barras de oro de sus minas, colocadas artísticamente, se ostentaban los aderezos de brillantes formando un conjunto bellísimo.

No es posible enumerar los múltiples obsequios de los amigos; aquello era un bazar de riqueza.

Se esperaba con impaciencia la noche del siguiente día, para gozar todos de aquel espectáculo.

Fatigado estaba el vizconde con aquella bataola de todo el día, cuando llegó á su casa y se encontró con una tarjeta que decía: "No olvide usted su compromiso; lo esperamos á usted á cenar."

—Ya me había olvidado dijo Francisco; pero como deseo que pase el tiempo lo más pronto posible, iré al convite y pasaré la noche agradablemente, será mi despedida.

Se vistió violentamente y se encaminó en su carruaje al lugar de la cita.

II

Retrocedamos á la mañana de ese día.

Cecilia se encontraba en su casa y acababa de recibir al doctor X, ale-

mán, y muy experto en materias alienistas.

—Señorita, decía el médico, estoy á las órdenes de usted.

—Caballero, contestó Cecilia en tono compungido, se trata de una desgracia espantosa.

El doctor guardó silencio.

—Pues es el caso, continuó Cecilia, que un amigo nuestro está perdiendo la razón.

—Malo, malo, dijo el doctor.

—El delirio es de los más singulares: ha dado en que es vizconde Mafiori y que se va á casar. Ya ha ido á hacer mil locuras á las casas de modas y á las joyerías, está muy exaltado y.....

—Lo veremos, lo veremos, dijo el médico.

—Esta noche lo transladaremos con engaños á una casa en Tacuba; si pudiera usted recibirlo, ya sabe usted que sabemos recompensar á la ciencia como es debido.

—Muy bien, déme usted la dirección, y estaré allí para instalarlo.

Cecilia escribió en una tarjeta, y el

doctor se marchó, ofreciendo estar con entera puntualidad, en la casa de Tacuba que le indicaba la tarjeta.

III

Lucrecia, aunque estaba envuelta en la intriga, casi contra su voluntad, había tenido miedo de hablar con el médico, temerosa de una complicación.

—Ya se fué, dijo Cecilia.

—¿Y qué dice?

—Todo va á las mil maravillas, ahora nos toca á nosotras.

—¿Pero lo has pensado bien?

—Perfectamente, ¿pues que, así se burla á una mujer? ¿Los hombres no han de sufrir nunca las consecuencias de sus faltas?

—Pero si.....

—Calla Lucrecia; ese hombre se arrodilló delante de mí, me juro amor, y ahora, con la frescura del mundo, se casa delante de mí, como si hubiera galanteado á su costurera; no, mi amor propio está empeñado. A tí también se ha dirigido; no, no tolerare-

mos esta burla; ojo por ojo y diente por diente.

—¿Pero qué va á pasar?

—Ya lo verás; nosotras vamos á ser testigos del drama.

—Yo tengo miedo.

—Nos vamos á divertir: enjaulamos al novio, llega la hora y no parece; todos se rien por lo bajo, el padre se enfurece, y mañana mismo se lleva á su hija rumbo á Sonora; sale el vizconde de su escondite y ya no tiene remedio el negocio.... el casamiento se echó á perder.

—Estoy temblando.

—Ahora, á recibir al vizconde, la cena va á ser espléndida; nunca me habrás visto más contenta; la venganza es el manjar de los dioses.

—¿Y si se descubre?

—No importa; es una venganza femenina en la que no hay delito. Dirán que fué obra de celos, elogiarán nuestro talento, y moro al agua.

—Las siete están sonando, dijo Lucrecia.

—Y un coche ha parado á la puerta

es muy puntual este vizconde, solo viene á prenderse en las redes.

Entró el vizconde, radiante de felicidad, la dicha se transparentaba; iba á ser el más dichoso de los hombres.

Cecilia y Lucrecia salieron á su encuentro.

—Saludamos respetuosamente al novio, dijo Cecilia, con una gracia exquisita.

—Y yo á la bella más grande del mundo, contestó el vizconde.

—De mí no se acuerda usted, señor vizconde.

—Imposible sería eso, Lucrecia; ustedes dos están á la misma altura, son dos estrellas cuya luz ciega y embriaga.

—Siéntese usted, vizconde, un momento; á usted esperábamos nada más para sentarnos á la mesa, porque suponemos que un novio tiene muchas cosas en qué pensar la víspera de su boda.

—Yo no pienso en otra cosa, que en estar al lado de mis amigas de corazón.

—Gracias.

Sonó el timbre en el comedor.

—A la mesa, dijo Cecilia.

Se sentó á la cabecera el vizconde y á su lado las dos jóvenes que estaban hermosísimas.

Al estilo de la Habana, todos los manjares estaban simultáneamente en la mesa.

Una camarera negra y vivísima hacía el servicio.

—Parece que estamos en las Antillas, dijo el vizconde.

—Sí, contestó Cecilia, esta noche es un pedazo de patria, yo cultivo estas plantas tropicales, como un recuerdo del suelo natal.

—Y están soberbias, Cecilia.

—¿No ha estado usted nunca en la Habana? preguntó Lucrecia.

—Nunca, señorita; pero muy pronto le haré una visita.

—Sí, en el viaje de bodas, ¿no es verdad?

—Precisamente.

—Pues presérvese usted de aquellas mujeres, pero antes bebamos á su salud.

—Por el bello sexo cubano, dijo el vizconde.

—Por usted, caballero.

Todos bebieron.

—Decía, señor vizconde, que las mujeres son terribles, no hay que desencadenar la tempestad en esos senos, porque viene el estrago del rayo.

—Ya me simpatizan; á mí me agradan los carácteres impetuosos, las almas que saben sentir.

—Pues allí viviría usted á su gusto.

La conversación tomaba distintos giros, todo era franqueza y confianza.

El vizconde estaba muy satisfecho.

IV

—Sirve oporto, dijo Cecilia, y la negra tomó una botella y llenó la copa del vizconde.

Cecilia tomó la suya, y dijo con un timbre de voz que no dejó de llamar algo la atención del vizconde:

—El amor es un iris en el cielo de la existencia, sin él, todo es sombra y abismo..... amar es vivir, respirar, ¡tender las alas sobre el infinito!....

—Muy bien, Cecilia, gritó el vizconde.

Lucrecia estaba asustada, no era un corazón formado para las aventuras.

Cecilia continuó—Yo he amado... A fuerza de pensar en ese hombre que me había declarado su amor, concebí una pasión, que ha sido un océano inquieto en el fondo de mi alma, una tempestad de relámpagos, que ha estallado en mi cerebro y en mi corazón!..... Así se ama bajo el sol de Cuba, allí, todo es salvaje, desde la naturaleza hasta las pasiones!

—Me encantan las mujeres de talento, murmuró el vizconde, que llevado por el entusiasmo que provocaba la voz de Cecilia, oprimía la mano de Lucrecia, que temblaba como una paloma.

—¡Bebamos, vizconde, por el amor sin límites, ni fronteras!

—¡Por el amor, gritó el vizconde.

La negra volvió á llenar la copa.

Cecilia continuó; estaba magnífica, sus negros ojos resplandecían, sus labios rojos como una cereza, palpitaban

al fuego de su aliento, su seno jadea ba, por una acción nerviosa terrible.

—La soberanía se impone, decía Cecilia, levantando su copa; la mujer es reina, el hombre esclavo!..... Pero hay momentos en que el esclavo se convierte en verdugo, olvida, se venga y arroja un mundo de desesperación en el fondo del alma del ser amado!..... derriba el altar y pisotea el ídolo!..... Pero entonces, sobreviene la fuerza de la debilidad, que se llama venganza!

El vizconde se estremeció; sentía agotarse sus fuerzas y que sus párpados comenzaban á entrecerrarse.

Cecilia posó la mano en el hombro de Francisco, que sintió como un golpe eléctrico.

—Tome usted de mi copa, compartamos este licor.

El vizconde apuró el brevaje, al mandato irresistible de aquella mujer.

La luz de las bujías se iba atenuando, quedaba un crepúsculo apenas.

Lucrecia era presa de una pesadilla, ni aun había presentido la trans-

formación que pudiera tener una mujer llevada por el frenesí de los celos. Ella también amaba á Francisco, pero con amor dulce, melancólico, llorón, y jamás se hubiera atrevido á arrojarse á aquellas situaciones.

El vizconde sintió dominados todos sus esfuerzos, y dobló la frente sobre el seno de Cecilia.

—¡Ya está vencido! gritó Cecilia poniendo su mano en la cabeza del vizconde. Pusiste á tus plantas mi corazón y te derrumbas á mis pies!.... Así, así quería verte!..... Como un haz de serpientes, tengo en mi puño á todos los que me han martirizado.. Los oprimo, están á merced de mi capricho!..... Desgraciado!..... Duerme, duerme; tú has soñado en la felicidad y despertarás en las tinieblas.

Lucrecia no se atrevía á respirar.

Tocó Cecilia el timbre y aparecieron dos hombres.

—Ya saben, llévenlo al coche, que no despertará hasta muy tarde; no hay cuidado.

Aquellos hombres cargaron á Fran-

cisco, que estaba profundamente aletargado.

Lo metieron en el coche, tomando inmediatamente el rumbo de Tacuba.

IV

El padre Angelini, que había estado frente á la casa, vió salir el coche y entró á la casa recatadamente.

—Buenas noches, hijas mías.

—Pase usted, reverendo padre, y le contaremos.

—Pues que, ¿ha pasado algo?

—Sí, y muy grave.

—Mándenme dar un poco de café y luego hablaremos.

La negra le sirvió al reverendo padre, que parecía estar de un humor excelente.

—Quien me viera aquí ya tan viejo y en compañía de dos jóvenes tan bellas, ¿qué diría?

—Que obsequiábamos á nuestro director espiritual.

—¿Qué tenéis que contarme?

—Pues nada menos que nos hemos robado al vizconde.

El padre Angelini se puso á reír desaforadamente.

—¿Y qué vais á hacer con ese pájaro? ¿En que jaula lo habéis puesto?

—Lo hemos hecho conducir á una casa de campo en Tacuba.

—Por supuesto, con todo lo necesario.

—Ya lo creo; no va á extrañar más que á su novia.

El jesuita no cesaba de reír.

—Hemos hecho más.

—¿Más todavía?

—He llamado á mi médico que es alemán.

—Ya, ya, decía el jesuita.

—Pues bien, le he dicho: usted va á asistir á un loco que se cree el vizconde Mafiori y que se va á casar y otras tonterías.

—¡Terrible! ¡Terrible! decía riendo el jesuita.

—No pasa de una broma.

—Pero muy pesada.

El jesuita sabía la trascendencia de aquel paso, y aparentaba inocencia ó

ignorancia. Al cabo de unos instantes agregó:

—Esto no vale nada; luego se reconcilian y se casan. Todo se aclarará y negocio concluido.

—Sí, no es nada, decía Cecilia.

Los actores de aquella escena se estaban engañando ó fingían ser engañados.

—Lo gracioso, decía el padre Angelini, es que nosotros vamos á presenciar el bromazo; por supuesto nos haremos disimulados hasta el fin, contemplando sólo la cara que va á poner la novia, y sobre todo, el suegro, já! já! já!

—Toda aquella concurrencia va á quedar con la boca abierta, dijo Cecilia, el escándalo va á ser muyúsculo.

—¿Y cómo arreglasteis todo eso, muchachas?

—Muy bien, dijo Cecilia; ayer mismo arrendamos una casa para curar á un loco; enviamos muebles, contratamos dos loqueros, y un médico á quien no pusimos en el secreto; sólo le dijimos que se trataba de un tal Fernández, de Sonora; lo recomenda-

mos mucho, le pagamos más de lo que nos pidió, y todo salió á pedir de boca.

--Muy bien, locuelas, dijo melosamente el jesuita.

—Lo invitamos á cenar; estuvo contentísimo, sin comprender que era un banquete á la Lucrecia Borgia; tomó inocentemente el Siracusa y cayó en el letargo; lo embaulamos en el coche que lo llevó á la casa de *orates*, y ya veremos mañana.

--Lo dicho, sois terribles. ¿Y por dónde queda la casa?

—Está en los extramuros del pueblo en la parte Sur; una banda inmensa y en el fondo una habitación en alto pintada de colorado; es el número 13.

— Mal número, hijas mias, yo tengo la preocupación.

—Pues mañana es día 13, reverendo padre.

—Estamos en la fecha, veremos á quién le toca.

—Pues me voy, veremos lo que pasa, ya amanece y estamos muy desvelados.

Salió el jesuita paso á paso, luego

que estaba en el patio caminó de prisa, entró en su carruaje y dijo al lacayo:

—Violento, á Tacuba, por la parte Sur, yo diré dónde te detienes.

V

La luz del crepúsculo comenzaba á teñir el cielo.

Se disipaban las sombras, perdiéndose en el confin del horizonte.

Aparecía una mañana espléndida, con sus brisas tibias y sus blandos perfumes.

El suelo estaba húmedo y mojadas las hojas de los árboles, y las flores abrían su cáliz, esperando los rayos del sol.

Un viento fresco y purísimo recorría la selva y la llanura.

Las montañas levantaban sus cúspides azuladas bajo la cúpula de un cielo espléndido.

Se oía el gorjear de los pájaros y el aletear de las palomas.

A lo lejos, una nube horizontal iba

marcando la carrera de la locomotora que silba de cuando en cuando con el ritmo salvaje del vapor.

El vizconde despertó del letargo, se llevó la mano á los ojos y vió con extrañeza el lugar en donde estaba.

Era un cuarto pintado de blanco, con un lecho de fierro, una mesa de pino y dos ó tres sillas.

—¿Qué es esto? se preguntó, sin comprender nada.

Se acercó á la ventana que tenía reja de fierro, y vió solamente el campo y la inmensa llanura.

Probó abrir la puerta y estaba cerrada.

Llamó á fuertes golpes y acudió un sirviente.

—¿Qué se ofrece, señor?

—Que me digas en dónde estoy.

—En una casa de campo, por prescripción del médico, porque está usted algo enfermo y necesita el aire del campo.

—Está bien.

—¿Toma usted algo?

—Un poco de café.

—He necesitado, dijo el vizconde

toda mi fuerza de voluntad para contenerme; soy presa de una intriga horrible; me han secuestrado, probaré á salvarme.

Entró el criado y el vizconde tomó el café.

Asomóse otra vez á la ventana, cuando vió el carruaje del reverendo Angelini.

—Me he salvado, exclamó y comenzó á dar de gritos.

Angelini se asomó á la portezuela.

—El es, dijo, no me han engañado.

El vizconde no cesaba de gritar; pero el jesuita aparentó no oirle y siguió adelante, rumbo á la capital.

—Me busca, dijo el vizconde, pero no me ha oido; no importa, ya está sobre la pista, esperemos con calma.

VI

Entró al aposento el médico.

— Señor Fernández, dijo el doctor, ¿cómo os sentís?

—Esta es una farsa, dijo Francisco,

yo no me llamo Fernández, soy el vi z conde Mafiori.

El médico recordó lo que le había dicho Çecilia, sobre el desvarío del enfermo.

—En efecto, caballero, me había olvidado; son tantos los enfermos, que no es raro que equivoque sus apellidos.

—¿Y qué quiere usted? yo no esto y enfermo

—Nada, nada, dijo el médico alienista, que ya estaba acostumbrado á tratar con los locos.

—Concluyamos de una vez, dijo el vizconde, ó usted es un cómplice de mis enemigos, ó viene usted de buena fé á ejercer su ministerio.

—Lo último, señor vizconde: se me ha llamado para un enfermo y no sé más.

—Creo que usted no me engaña y lo voy á hacer mi confidente.

—Voy á darle á usted un glóbulo de bromuro, para aquietar algo su cerebro.

—No lo necesito, doctor; estoy bien, tengo la excitación del que es víctima de una infamia.

—Bien, lo escucho á usted con atención. Luego dijo para sí, me va á contar lo del casamiento.

—Decía, señor doctor, que he caído en un lazo de mujeres.

—Es probable.

—Mi casamiento está preparado para esta noche con la señorita Gabriela de Bazán.

—Hermosa joven.

—Todos los preparativos están hechos, nada falta. Invitado por una mujer que quería vengarse de mí, me dió un narcótico, y me ha traído aquí para desbaratar mi enlace; usted va á ser mi protector.

—Seré el amigo de usted; pero por ahora lo que importa es que usted se mejore, para poder realizar su casamiento.

—Entonces, usted, doctor, no cree nada de lo que le digo.

—Sí, todo, todo; pero primero es usted.

—Esta es una burla; usted no es más que el cómplice de esas infames, y se hace usted un criminal con este plagio.

—Sea usted razonable.

—No; sé que se me quiere hacer pasar por demente para arruinarme.

—No es eso.

—Sí, y si usted es hombre honrado, pase usted á la casa del señor Bazán, é indague usted si le engaño; haga usted un esfuerzo y comprenderá mi situación.

—Voy al momento; pero antes me va usted á hacer un favor, mientras regreso.

—¿Cuál?

—Que tomará usted un baño frío.

—¡Maldición! exclamó Francisco, que sentía la red de acero que le aprisionaba. Es usted un miserable!..... Yo tengo que salir algún día, y todos, todos, tendrán que sufrir las consecuencias de su delito!

—Sosiéguese usted, caballero; me obliga usted á ponerle la *camisa de fuerza*, para resguardar su interesante persona de un golpe.

—No, dijo Francisco, tengo la resignación suficiente para esperar. Yo me vindicaré ante la familia de Ga-

briela; México sabrá esta infamia y triunfaré de mis enemigos!

—El baño, el baño, dijo el doctor, y esta tarde nos veremos.

VII

Salió el doctor y entraron dos mozos robustos y acostumbrados al oficio.

—¿Qué se ofrece?

—Señor, el baño.

El vizconde se mordió los labios; pero pensó que si resistía lo encerraban, y siempre esperaba un momento para evadirse.

—Vamos, dijo.

Y bajó á la huerta en compañía de sus custodios.

Era una huerta abandonada, llena de yerbas y malezas, obstruidos los senderos donde había algunos rosales que por capricho daban flores, algunos árboles frutales, y todo aquel campo inculto rodeado de una alta barda medio derruida, cubierta de nopales y de viznagas.

Estaba tan retirada del pueblo, que apenas se oía el toque de la campana de la parroquía.

El sitio había sido bien elegido.

Nadie pasaba por allí, ni á quién pedirle auxilio, ni quien oyera los gritos de socorro.

Resignado el vizconde, tomó el baño frió y algo se calmaron sus nervios.

Pidió permiso para pasear por el jardín, y como nada revelase de exaltación, se lo concedieron.

Después de dos horas volvió á su departamento.

—Ensayemos algo, dijo, y dirigiéndose á sus custodios, los abordó sin miedo:

—¿Cuánto ganan en este oficio tan peligroso, de cuidar dementes?

—Veinticinco pesos mensuales.

—Es poco, muy poco. ¿Y cuánto quisieran ganar por hacer una buena acción?

—Veremos.

—Pues yo les doy cuanto me pidan, si me acompañan á mi casa.

—¿Dónde está el dinero?

—No lo traigo aquí, pero allá lo daré; soy rico.

—Lo pensaremos, dijeron los hombres, cambiándose una mirada, como quien está acostumbrado á esas ofertas.

—Es que necesito urgentemente estar esta noche fuera de aquí.

—Nosotros cuidamos á usted, y á nosotros nos cuidan á la vez; esperemos que anochezca.

—Está bien.

VIII

Transcurrían las horas y se acrecentaba la angustia del vizconde.

Llegaría la hora, lo buscarían, lo esperarían en vano! . . .

Pero aquella era una venganza muy cruel, ejercida no sólo en aquel hombre, sino en una víctima inocente, en Gabriela, que soñaba con un mundo de felicidad y despertaba en el mundo del dolor.

Cerró la noche. El vizconde, agarra-

do á las rejas de su cárcel, veía á lo lejos la ciudad, alumbrada por los relámpagos.

Sólo, bajo el imperio de una fuerza brutal, azotó la frente contra los hierros y dió un rugido salvaje como una fiera!

CAPITULO XI

La Noche de Bodas.

I

Llegaba el padre Angelini á la Profesa, después de cerciorarse de que el vizconde estaba bien asegurado, cuando le salió al encuentro el conde Mafiori.

El jesuita aparentó no conocerlo, cuando ya estaba al tanto de cuanto había pasado y de su traspiés en materia de intereses.

—¿No me conocéis, reverendo padre?

—No recuerdo bien.

—El tiempo todo lo cambia y lo transforma.

—Sí, en efecto; pero me va usted á permitir, voy á decir la misa, me están esperando.

—Reverendo padre, soy el conde Maflori.

—¡Jesucristo! exclamó el jesuita, nadie hubiera reconocido....

—Sí, yo soy, vengo cargado de infortunios y desearía hablar con usted.

—Suba usted y espéreme.

El conde entró en la celda de despacho del padre Angelini, mientras éste decía la misa en la capilla de los reverendos padres.

El jesuita se hizo esperar demasiado, gozándose en la impaciencia de Maflori.

—Vamos, ya estoy aquí. Cuente usted, cuente lo que ha pasado, pues sabe usted cuánto me interesa todo lo que tiene relación con los Santelices.

—Sé que usted ha sido el tutor de mi hijo y su guía durante su juventud.

—Sí, los jueces me dieron ese encargo, cuando el niño fué descubierto providencialmente!

El padre Angelini levantó la mirada al cielo.

—Sé que usted es el depositario de su inmensa fortuna.

—Yo no me entiendo con sus intereses; mañana mismo debe recibirlos, porque esta noche se casa y ya es hombre libre; así es que puedo decir que el depósito ha terminado.

—¿Se casa esta noche?

—Precisamente y el dote que va á ofrecer á su novia es cuantioso; ahí mismo se firmará la escritura.

—Pero eso no puede ser, la mitad de ese capital es mío.

—No sé nada; pero siendo vuestro hijo....

—¿Y si lo negara?

—¡Ave María Santísima! exclamó el jesuita.

—Hay veces que lo obligan á uno las circunstancias.

—No haga usted tal cosa, señor conde; ese niño nació dentro del matrimonio.

—Tan dentro, que lo dieron á luz á los tres meses.

—Yo no sé nada.

—Si usted todo lo sabe, reverendo padre.

—Sí, sí, pero no me complico.

—Y usted, no podría influir para qu el evizconde viniese á la razón?

—Y usted, por qué no le habla?

—Anoche he tenido con él una escena violenta, que me obligó á levantar la mano.

—Ave María Purísima.... Usted se ha precipitado y así no se arreglan las cosas.

—Dígale usted que estoy arrepentido, que fué un acto primo....

—Sí, sí, todo está bueno; pero el dote.... el dote.... Una vez firmada la escritura, ya no habrá remedio.

—Estoy desesperado!....

—Pero usted se conformará con una pensión moderada....

—No, con todo mi dinero! exclamó el conde.

—Bien, bien; no hay que exaltarse.

—Es que lo necesito!

—Sí, sí; yo lo arreglaré como pueda, luego que pase la luna de miel.

El conde no contestó, tenía sin duda algún pensamiento siniestro, por-

que su mirada arrojaba la luz del fósforo y sus labios se contraían visiblemente.

—Ya no quiero nada, dijo al fin, perdone usted si lo he importunado.

Tomó su sombrero y saludó al jesuita.

Luego que dejó la estancia, el padre Angelini soltó una carcajada.

—Ya, ya sé lo que piensas.... Y está bien. El diablo se atraviesa en el camino del vizconde.... si logra evadirse, para lo cual hará esfuerzos desesperados, se encuentra de improviso con.... Pero ni el mismo Satanás es capaz de meditar semejante cosa. Yo tomó palco y asisto á la función. En cuanto al caudal..... las uvas están verdes.

II

La casa, más bien el palacio de la señorita Gabriela de Bazán, parecía, como se dice vulgarmente, una ascua de oro.

Multitud de lacayos con elegantes libreas, cruzaban por el patio; las escaleras y los corredores estaban convertidos en un suntuoso jardín que embalsamaba la atmósfera.

Lágrimas incandescentes de todos colores, colocadas artísticamente, reflejában sobre las plantas y las flores en múltiples variaciones.

En el espacio que mediaba entre las dos escaleras de mármol que conducían á la del centro, había una gruta de mármol y una fuente con festones bañados por los hilos de plata cristalina.

La fuente sustentaba un dios-Amor que sonreía y pugnaba por quitarse una venda transparente. De las flechas del carcaj salían pequeños chorros de agua pulverizada, que le bañaban la cabeza y goteaban sobre su cuerpo.

El salón estaba con tapices de Gobelinos riquísimos y las lunas francesas reflejaban toda aquella grandeza de estátuas, objetos de arte, jarrones japoneses, y una mueblería magnífica que se había reservado para aquella noche.

La calle estaba inundada de carruajes y entraba á la casa en grupos elegantes y deslumbradores aquella concurrencia, que era recibida en el vestíbulo por el señor de Bazán.

Pronto se llenó el salón, las piezas adyacentes y corredores.

Luego que estuvieron en la casa los invitados, cuya lista tenía el señor de Bazán, éste se retiró á hacer la tertulia á sus amigos, mientras que la juventud que formaba aquel espectáculo se entregaba á sueños de ilusión en aquel mundo de estruendo y de hermosura.

Gabriela, con sus amigas de intimidad, ya vestida con todo el esplendor del lujo y el moderno refinamiento, esperaba ya con alguna impaciencia la hora señalada, que eran las diez.

El vizconde no había aparecido en todo el día, lo que no se encontraba extraño en tales circunstancias, sin que por esto hubiera dejado de estar correcto en el envío de sus presentes.

Cecilia y Lucrecia se veían llenas de inquietud.

La cubana estaba nerviosa y espe-

raba el momento de su venganza, que ya comenzaba á saborear.

Lucrecia, que no tenía el temple de alma de su amiga, estaba temblando.

Dieron las diez.

Todos esperaban que el novio estuviera puntual; pero el novio no parecía. Llegó el juez del Registro, que fué recibido por el señor de Bazán.

Pasó media hora y ya se comenzaba á murmurar algo en los corrillos y á producirse inquietud en la familia.

Sonaron pausadamente las once.

Aquello era demasiado.

—¿Qué le habrá pasado al vizconde? se decían.

Gabriela tenía una impaciencia, que comenzaba á degenerar en desesperación.

El señor de Bazán estaba molesto.

Cecilia se acercó al oído de Lucrecia y le dijo: es el momento de la crisis, dentro de media hora todo habrá concluído.

—Sí, contestó Lucrecia; toda esta concurrencia está nerviosa.

—Esperemos que estalle la tempestad; va á llegar la hora en que se dé

todo por terminado, en que se acuse al vizconde de villano y mal caballero, y quede roto el compromiso.

—No sé lo que va á suceder, dijo Lucrecia, cuya palidez era intensa.

Las lágrimas del orgullo comenzaban á humedecer las pupilas de Gabriela y el señor de Bazán se mordía los labios, sin sospechar lo que estaba pasando

Los hombres y las señoras hablaban por lo bajo; la situación se hacía tirante en extremo.

III

El padre Angelini, jesuita y de mucha experiencia, comprendió que el plagio del vizconde no traería consecuencia alguna, por el contrario, una vez descubierta la intriga, se haría más interesante la boda y se realizaría con más entusiasmo y esplendor.

Era precisamente el momento en que su influencia en el alma del viz-

conde iba á quedar definitivamente como soberana.

Sabía que el conde aventurero debía preparar algo, antes que la escritura de la dote se firmase y que el vizconde se casara con la señorita de Bazán.

Conocía al antiguo escamoteador, que sin querer era un instrumento, acaso el más poderoso para sus planes.

Lo había puesto en los límites de la desesperación y el resultado no se haría esperar.

Tomó una resolución, que era la que le aconsejaba su experiencia en la crisis presente.

Llegóse al zócalo, donde está la dirección de los Ferrocarriles del Distrito, y pidió un tren especial para Tacuba.

Eran las ocho y media y el jesuita iba calculando las horas para dar un golpe de teatro.

El tranvía salió violentamente.

En el camino y sin detenerse el vagón, subió un extranjero.

—Señor, es tren especial, dijo el conductor.

—Permítame usted ver á la persona que lo ocupa.

—Pase usted.

Entró el extranjero, y dirigiéndose respetuosamente al padre Angelini, le dijo:

—Señor, soy médico, tengo un enfermo de mucha gravedad en Tacuba, ¿pudiera usted permitirme un lugar aquí?

—Con mucho gusto, señor doctor.

El médico tomó asiento junto al padre Angelini, entablando, como era natural, conversación.

—Y qué tiene ese enfermo, señor doctor?

—Reverendo padre, se trata de un loco que se ha puesto furioso, que ha golpeado terriblemente á sus custodios y que ya no lo pueden contener.

El padre Angelini comprendió que se trataba del vizconde.

—Y cómo se llama ese infeliz?

—Manuel Fernández, así me dijeron las personas de la familia.

—Y qué delirio tiene? preguntó An-

gelini, temiendo haberse equivocado.

—Pues dice que es el vizconde Mafiori y que lo dejen salir porque tiene que casarse esta misma noche. ¡Es gracioso!

—Y si eso fuera verdad? dijo el jesuita.

El médico se quedó viendo á su interlocutor.

El padre Angelini fijó su mirada en el doctor, y dijo:

—Señor doctor, hay acontecimientos quesublevan el corazón humano, intrigas que horrorizan y que nos hacen desconfiar, si tratamos con hombres ó con fieras.

El doctor no comprendía nada.

—Pues bien, ese joven que pasa por demente, es mi tutoreado, es el vizconde Mafiori y debe casarse esta misma noche con la señorita Gabriela de Bazán.

El doctor se quedó estupefacto.

—Iba en busca de la autoridad para sacarlo de esa casa, y tengo orden de arresto contra usted.

Pero si yo ignoraba todo.

—Lo creo y no haré un escándalo; aquí está la orden, véala usted.

—Bien. Estoy dispuesto á dar mis excusas al señor vizconde, caballero.

—Me parece una mentira que usted no haya conocido....

—Se parecen tanto los locos y los cuerdos, que no es posible distinguir á primera vista.

—Puede que tenga usted razón, dijo el jesuita.

IV

El tren caminaba á toda prisa y á las nueve y media se detenía en la puerta de la casa.

Como el médico era el encargado, le abrieron la puerta y seguido del jesuita se presentó en el cuarto del vizconde.

Ver al médico y lanzarse sobre él fué todo uno; pero de una manera tan rápida y violenta, que el médico cayó al suelo y fué pateado á todo sabor por Francisco.

El jesuita lo libró de que lo hubiera matado.

—Aquí estoy, Francisco; el doctor no es culpable. Vámonos, que te esperan con gran impaciencia en la casa del señor de Bazán.

—Vamos, dijo el vizconde. Padre Angelini, es usted mi salvador, y lo estrechó en sus brazos.

—Desde esta mañana estoy tras de la pista; al fin llego á tiempo.

—Vámonos, señor doctor, dijo el vizconde, y excúseme usted; pero comprenderá mi situación.

—Más me preocupa la mía, dijo el médico. Me quedo, me quedo.

El jesuita y el vizconde salieron.

—Padre, padre, murmuró el doctor, ese maldito está loco de remate; ahora lo extrangula á usted en el vagón.

V

Daban las once y media y el vizconde no acudía á la casa de la novia; aquella ausencia estaba envuelta en el misterio.

El ayuda de cámara del señor de Bazán anunció al señor cónsul de Francia.

—A estas horas y el cónsul de Francia? dijo el padre de Gabriela saliendo á recibirlo.

—Extrañará usted mi presencia en su casa en una noche como ésta y sin ser su invitado.

El señor de Bazán inclinó respetuosamente la cabeza.

—Necesito estar en esta ceremonia, para cumplir un mandato de mi gobierno.

—No comprendo, señor cónsul.

—Llegando la hora me explicaré.

—Muy bien, tome usted asiento, el vizconde no ha venido aún y su ausencia comienza á preocuparnos y más aún, lo confieso, con la presencia de usted.

El cónsul se sonrió.

La llegada de aquel personaje metió más confusión en aquella concurrencia.

Todos opinaban de distinta manera, hablaban de fuga, de responsabilida-

des, de algo extraño que no comprendían.

El señor de Bazán, que ya había agotado su paciencia, se levantó y puesto enmedio de la concurrencia, dijo en voz alta y muy alterada por la cólera.

—Señores, no sé á qué atribuir la conducta del señor vizconde Mafiori, me pierdo en conjeturas, porque sé que es todo un caballero, acaso alguna desgracia... De todos modos, ruego á ustedes esperemos hasta las doce en que termina el día exacto de nuestra cita.

Se levantó un murmullo de aprobación, y la concurrencia volvió á dividirse en grupos, comentando aquel suceso.

Gabriela estaba llorosa, sentía humillado su orgullo, ya no era aquella joven dulce y melancólica, que Francisco había encontrado en el dintel del sepulcro de su abuela, era la dama insolentada por su posición, y que sacrificaría amor, ilusiones, porvenir, todo, antes que hacer un papel ridículo en sociedad, primero ella, y ante todo ella.

Si el vizconde no viene ahora, de-

cía á sus amigas, bien puede no volver, no lo recibiré nunca.

—Pero si explica su conducta, decía una joven, ¿por qué condenarlo sin oírlo?

—De ninguna manera le perdonaré.... siento helado mi corazón.

—Vamos, Gabriela, vamos, esas son tonterías.

—No, no son tonterías ¿qué nos importa un hombre que rasga él mismo el velo de la ilusión, que da al traste con el amor de una mujer?

—Es verdad; ¿pero si no es culpable?

—Soy tan susceptible en mis sentimientos, dijo Gabriela, que ya lo comienzo á ver hasta ridículo. Esta fiesta me hastía, esta concurrencia me empalaga, todo me parece ya una farsa insoportable.

—Eres exagerada, amiga mía, muy exagerada.

—Puede ser, pero estoy muy violenta, no siento perder á ese hombre, siento el ridículo que me está abrasando; en cada labio hay una sonrisa,

que provoca una mirada de compasión, y esto es terrible para mí.

—Tienes razón.

—Pero es necesario erguirse, afrontarlo todo, tener valor suficiente para imponerse y yo lo tengo.

Cruzaba por sus lindos ojos un rayo siniestro de desesperación y decía la verdad en aquellos momentos, porque el corazón de la mujer es un abismo, cuando se le toca el orgullo.

Cecilia se acercó á la joven y le dió unb eso en la frente.

No sé qué sintió Gabriela, acaso un rayo de odio, porque exclamó sin poderse contener:

—¡Déjame!

Cecilia palideció, se creyó descubierta.

—¿Qué te pasa, hija mía?

—Nada, parece que no estás presenciando el espectáculo de una mujer burlada.

—Todavía no hay qué decir....

—Estas horas que me han consumido....

En estos momentos sonaron pausadamente doce campanadas.

El corazón de Gabriela quedó helado.

El señor de Bazán sacudió su cabeza como un loco y se dirigió á la sala.

VI

Resonó un gran aplauso en los corredores y estalló la música en un acorde estruendoso.

El vizconde Mafiori, acompañado del padre Angelini, se presentó en el salón

Gabriela salió violentamente y al llegar frente al vizconde se detuvo.

—Señores, dijo el vizconde, todo conmovido, he sido víctima de una intriga espantosa!

Todos se agolparon en derredor.

—Diré, en dos palabras, que fuí anoche narcotizado en una casa á que se me invitó, como una despedida; fuí transladado á una casa de campo, donde se me encargó como demente á un médico alienista; he sufrido veinti-

cuatro horas espantosas y á no ser por los esfuerzos de mi tutor el padre Angelini, no sé lo que me hubiera pasado. ¡Al fin estoy aquí!

—¡Infamia! ¡Infamia! repitieron cien voces.

Gabriela tendió la mano al vizconde y se acercaron á la mesa, donde los esperaba el juez del Registro, que comenzó á extender el acta.

Cecilia y Lucrecia se vieron espantadas.

—Nos ha traicionado el jesuita.

—Es un miserable.

—Estoy segura de que el vizconde no dirá una palabra, ni nos denunciará.

—¡Nunca! está aleccionado por un jesuita.

En aquellos momentos volvieron la vista al padre Angelini, que les hizo una seña de inteligencia.

—Ya estoy tranquila, dijo Lucrecia.

—Esperemos, murmuró Cecilia.

—Ya está el acta, dijo el Juez civil.

—Un momento, señores, dijo el Cónsul francés.

Hombres y señoras se pusieron en pie, llenos de ansiedad.

Gabriela y el conde se oprimían la mano nerviosamente.

El señor Bazán se cruzó de brazos y se paró junto al juez.

—Señores, dijo el Cónsul con voz clara y con ademán dramático, porque los franceses son muy dramáticos, tengo que cumplir con un mandato de mi gobierno.

Grande era la expectación.

El jesuita estaba temblando.

—Señores, continuó el Cónsul, en Marsella acaba de morir Julia Prayett en la guillotina, y en su testamento, recogido por la justicia francesa, existe la siguiente cláusula:

«Declaro que siendo la ama de cría del niño Francisco vizconde de Mafiori, robé á mi ama, la señora Elisa de Santelices, condesa de Mafiori, haciendo desaparecer al niño, que arrojé al Sena. Sabiendo por informes verídicos y seguros, que el niño se salvó providencialmente y que vive en la capital de México, es mi voluntad le-

garle toda mi fortuna, en expiación de mi crimen, y ruego al Procurador de Justicia, á quien nombro albacea, sea entregada la cantidad de dos millones de francos.»

Hubo un rumor general.

El padre Angelini humedecía sus labios con la lengua y sus ojos amenazaban salirse de las órbitas.

El Cónsul continuó:

—«La cantidad de dos millones, que serán entregados al vizconde el día de su casamiento, y para dote de su esposa.»

La concurrencia iba de asombro en asombro y de sorpresa en sorpresa.

El cónsul tomó una gran cartera, y dirigiéndose á Gabriela, le dijo:

—Pongo en manos de usted los dos millones en *cheques* contra el Banco, cumpliendo así con el mandato de la justicia francesa.

—Y yo rectifico esta donación, dijo el vizconde, poniendo sobre la mesa la cartera, que Gabriela le entregaba en esos momentos.

Gabriela tendió una mano al Cón-

sul, quien la oprimió respetuosamente.

La ceremonia continuó, entre la expectación más profunda.

VII

El padre Angelini, que veía entrar dos millones en la fortuna de los Santelices, y que todo iba á caer en poder de la Compañía de Jesús para realizar sus esperanzas de veinte años, estaba calenturiento, esperando el escándalo que se prometía; pero avanzaba el tiempo; un momento más y todo estaba perdido.

El juez leyó el acta, y luego dirigiéndose á los novios, dijo:

—Señorita Gabriela de Bazán, ¿es vuestra voluntad uniros en matrimonio, único, perfecto é indisoluble, con el señor Francisco Mafiori?

—Sí, contestó la joven con entereza.

El juez se dirigió al vizconde:

—Señor Francisco Mafiori, es vuestra voluntad...

Aquí llegaba el juez, cuando estrepitosamente y abriéndose paso entre aquella concurrencia, se presentó el conde Mafiori.

El jesuita sonrió diabólicamente.

Todos esperaban con ansiedad.

Francisco se puso pálido como la muerte y Gabriela veía con espanto á aquel hombre, cuyo semblante estaba descompuesto como el de un demente.

El conde se acercó á la mesa, y clavando una mirada terrible, cruel, en el vizconde, dijo con un acento salido del infierno:

—¡Vengo por mi nombre!

—No comprendo á usted, contestó el juez muy exaltado.

—Que vengo por mi nombre: esa acta es falsa; ese hombre no es mi hijo!

Era tan rudo el golpe, que el silencio más profundo reinó en toda la sala; se oía la respiración trabajosa del vizconde.

—Que no soy su hijo! exclamó Francisco.

—No, no eres mi hijo: han robado

mi nombre para ponerlo al fruto vil de un lacayo.

—¡Miserable! gritó Francisco, insultas á mi madre! Puesto que no soy tu hijo, te devuelvo la injuria, y le dejó caer la mano en el rostro con tal fuerza, que lo azotó contra el suelo, se arrojó sobre él, lo tomó por el cuello y lo sacó del salón hasta hacerle rodar las escaleras.

Tornó á la sala; nadie se había movido de su puesto.

Francisco se arrodilló á los pies de la señorita de Bazán, que estaba erguida, terrible, con la mirada de una tempestad.

—Señorita, dijo el joven por cruel que sea mi situación, me felicito de no ser hijo de un bandido presidiario, prófugo de Tolón. No sé quién soy; pero sí estoy seguro de no ser culpable.

—¡Basta! gritó Gabriela en una de esas súbitas transformaciones que experimenta el sér en las grandes catástrofes de la vida. Todo ha concluido!.... En qué abismo iba á caer tan espantoso! bandidos, meretrices, pre-

sidiarios, hijos del crimen!.... No, no, abjuro; os dejo vuestros millones robados. Todo esto me enloda y humilla, me conformo con mi origen. Salid de aquí; estáis deshonrando esta casa!

Se arrancó los azahares, rasgó el velo y tomando el brazo de su padre salió del salón.

El vizconde se levantó como un fantasma, y trémulo y lloroso, dijo:

—Solo, huérfano, sin nombre!.... Humillado en mi persona y en mi corazón, ¿qué es lo que me queda? ..... Huir de la sociedad que me rechaza..... Ocultarme del mundo: ¿pero en dónde encontraré compasión?

—¡Aquí! dijo el jesuita, y le tendió los brazos.

—Sí, sí, gritó el vizconde, la soledad, el silencio.... Dios!

En aquellos momentos, y separando á todos los que rodeaban al vizconde, entró el señor de Santelices gritando:

—Francisco!..... Hijo!..... Hijo mío!....

El padre Angelini, teniendo á sus pies arrodillado al vizconde, ponién-

dole una mano sobre la cabeza, se encaró terrible con el señor de Santelices, y con una voz que no parecía salir de un pecho de setenta años, le gritó:

—¡Atrás!.... Este hombre no pertenece al mundo, lo cubre con su manto la *Compañía de Jesús!*

L LOGO

El final de un drama

I

El templo de la Profesa estaba de gala.

Los altares y el púlpito cubiertos de seda blanca, bordada de oro.

Las bujías de las lámparas y del tabernáculo, encendidas anunciaban una solemnidad de la iglesia católica.

Una gran concurrencia invadía las naves y los cuestores preparaban sus bandejas para la limosna.

El joven Francisco de Santelices, que se llamó el vizconde Mafiori, iba á recibir las órdenes de manos del Arzobispo de México.

La corte de la clerecía estaba de asistencia; aquel era un gran suceso.

Los acólitos tenían encendidos los

incensarios de plata, agitaban las cadenas y comenzaba á salir el humo del incienso, que subía lentamente á las bóvedas, donde el viento que penetraba por las altas ventanas, movía los gallardetes y las flámulas.

El coro estaba lleno de cantores y se preparaba una misa de Rossini.

La aristocracia, asistía llevada de la curiosidad, como la ceremonia en que Luis XVI presenciaba la toma de hábito de su antigua dama la duquesa de La Valière.

II

Allí cerca de un confesionario, Cecilia y Lucrecia hablaban en voz baja.

—Hemos triunfado, decía Cecilia; lo hemos arrancado del mundo y venimos á saborear nuestra venganza.

—La estúpida de Gabriela se espantó con el conde Mafiori, ese mentecato que ha desaparecido temiendo que el cónsul francés le echara la garra.

—Ya lo creo, fué una tontería, siempre un millonario valía más que un vizconde.

—Temía que volviera en sí, observó Lucrecia y que todo se echara á perder.

—No; se marchó con su padre al día siguiente para Sonora y dió por terminada la aventura.

—¿Pero no te parece, Cecilia, que este vizconde tiene un corazón de tórtola?

—Está educado por un jesuita; puede ser que todo sea un rasgo de hipocresía: no las tengo todas conmigo.

—No hay cuidado, dentro de un mes seremos sus hijas de confesión.

—Ya llega el señor Arzobispo.

En efecto, el Primado de la Iglesia mexicana, seguido de un cúmulo de clérigos y vestido elegantemente, entró en el templo, dobló la rodilla delante del altar mayor y pasó á la sacristía, donde fué recibido por los reverendos padres jesuitas.

En el aposento del padre Angelini tenía lugar una interesante escena.

Un escribano meticuloso y lleno de

repulgos, de argumentos y de escrúpulos, estaba extendiendo la escritura de sesión de bienes en favor de la Compañía de Jesús y que debía firmar Francisco de Santelices, que entraba en la orden de San Ignacio de Loyola.

El joven neófito estaba cruzado de brazos frente al bufete del escribano, resolviendo cuantas dudas presentaba el notario.

El joven se había rasurado el bigote y la barba y cortado el cabello.

Su rostro parecía de marfil y resaltaba sobre el negro mate de la sotana.

Su cintura se ajustaba con una faja de seda, y en el lado derecho llevaba atravesado un Santo Cristo!

Estaba profundamente triste; sus ojos de azul obscuro tenían una mirada intensa.

Parecía no darse cuenta de lo que pasaba en su derredor.

La celda estaba sola, el padre Angelini y el escribano, que, sin escribiente, hacía crugir la pluma sobre las hojas del Protocolo.

El notario repasaba y contaba las

escrituras, examinaba los *cheques* de los millones y los múltiples brillantes que había en una caja de fierro.

—De prisa, de prisa, decía el jesuita, que ya llegó Su Señoría Ilustrísima y lo estamos haciendo esperar.

El escribano se movía con rapidez.

Hacía seis meses que Francisco, espantado con los tormentos del mundo y sus desengaños, se había resuelto seguir la vida eclesiástica.

El jesuita se había apoderado de su alma y no lo había abandonado un momento. Había hecho que otros padres de talento le hablaran, hasta dejarlo sugestionado.

Cuando volviera en sí, ya sería tarde.

Se le habían interceptado todas las cartas, no se le había permitido comunicación con persona alguna, se le había tenido en *ejercicios*; en fin, se le había enloquecido con el misticismo.

Rezos, oraciones, funciones religiosas, tandas nocturnas, libros místicos, sermones y pláticas, todas las sombras que ennegrecen el espíritu humano!

Mientras el escribano daba cima á

su trabajo, el padre Angelini se acercó cariñosamente á Francisco y le puso la mano en el hombro.

Francisco se estremeció como si despertara de un sueño.

—Hijo mío, le dijo, yo me resisto todavía á esta ceremonia, que por tu indicación debe celebrarse en estos momentos.

Francisco no respondió.

El jesuita insistió.

—No sé si lo habrás reflexionado bien, el paso es grave y sólo Dios tiene la llave del corazón de los hombres. Dime, ¿estás resuelto á abjurar de ese mundo, que ha dejado tan profundas huellas en tu espíritu?

—Sí, contestó secamente Francisco.

—Bien, bien, no me opongo; pero mi deber me aconseja hacer estas últimas reflexiones.

—Ya lo he pensado, contestó Francisco, y deseo que todo termine. Estoy impaciente por dar fin á esta escena, es la última del drama de mi vida.

—Veo que insistes; Dios se ha apode-

rado de tu corazón, te llama á su lado, quiere tu conversión y abre sus horizontes de luz para tu espíritu. ¡Bendito sea! . . . Señor escribano, espera ya demasiado Su Ilustrísima

—Un momento, un momento decía el notario: ya, ya está todo.

Por fin, dominado y cediendo ante la apostura histérica é impaciente del padre Angelini, se levantó y leyó la escritura.

Francisco sólo oía el rumor de la voz, sin enterarse de nada.

—Muy bien, muy bien, dijo el jesuita, creo que no habrá necesidad de que se enteren los testigos instrumentales; esto debe quedar en secreto.

—Sí, reverendo padre, dijo el notario. Los testigos no se enteran de nada; son una fórmula nada más; los llamamos porque la ley lo previene; pero todo es lo mismo.

—Estoy conforme.

—Señor Francisco de Santelices, dijo el notario, todos los valores están aquí y van á pasar á las arcas sagradas de la Compañía de Jesús, tenga Ud. la bondad de firmar.

—Bien, dijo Francisco, tomó la pluma é iba á tomar asiento cuando la puerta se abrió, y con paso firme y aspecto solemne, entró el Visitador Apostólico.

El jesuita se arrodilló y el Visitador tratándolo como un esclavo, le tendió la mano que el P. Angelini, besó todo trémulo y compungido.

Francisco quedó en pié, lo que desconcertó algo á Monseñor, pero aparentó no haber reparado.

III

El Arzobispo, cansado de esperar y temiendo que hubiera pasado algo de importancia, se hizo conducir al aposento, en los momentos en que el P. Angelini estaba arrodillado delante del Visitador Apostólico.

El padre avanzó de rodillas y besó la mano al Arzobispo.

El Arzobispo tomó asiento, saludando apenas con un movimiento al Visitador Apostólico.

El Visitador tomó de su escarcela un pliego y lo entregó al P. Angelini.

—Monseñor, dijo el jesuita después de registrarse, he olvidado mis anteojos.

—Puede leer el escribano.

El P. Angelini pasó el pliego al escribano, que estaba arrodillado delante de aquellos altos personajes de la Iglesia Católica.

«Fuera de excomunión mayor, el tesorero de la Compañía de Jesús, el Venerable hermano Angelini, entregará al Ilustrísimo Señor Visitador apostólico los caudales que están bajo su administración y á las veinticuatro horas de leer este mandato, saldrá para las Filipinas, donde esperará las órdenes de Roma.»

El padre Angelini se sintió morir. Entregar el caudal inmenso de los Santelices, que había perseguido durante cuarenta años!

Cruzó un relámpago de odio y de despecho en el cerebro del jesuita, que era la luz del rayo que iba á descargar sobre el Visitador Apostólico.

Besó el pliego y dijo en voz alta.

—A cumplir el mandato.

El Arzobispo veía con profundo disgusto aquella escena. Comprendía que el caudal de los Santelices era el secreto de aquella terrible escena.

—Falta, dijo el padre Angelini, algo que pudiera ser de importancia; y dió con el pie á Francisco, que se encontró con la mirada inteligente del jesuita, y comprendió algo, algo nada más de la intención del padre Angelini.

—¿Qué falta? preguntó con impaciencia el Visitador Apostólico.

—Pues falta, Ilustrísimo Señor, que el señor de Santelices firme la escritura de cesión.

—¿No la ha firmado todavía?

—Pues firmad, dijo dirigiéndose á Francisco.

El joven no se movió.

—Estaba yo, Monseñor, dijo el jesuita, sosteniendo una lucha con este joven.... Parece que está arrepentido y que se rehusa á entrar en nuestra respetable orden.

El Visitador hizo un gesto de disgusto.

Por los labios del Arzobispo cruzó una sonrisa.

—En estos momentos me decía este joven, que todo había sido un momento de estupor, ocasionado por una escena que más bien es teatral que otra cosa.

—Ya es tarde para esas reflexiones, dijo el señor Visitador.

—Eso le decía yo; pero él contestaba que era temprano, que ni su edad, ni su posición eran parameterse en un claustro; que tenía veintiún años, es decir, en el principio de la vida, y que era una cobardía retroceder delante de la primera aventura; que acaso su casamiento hubiera sido un obstáculo para su carrera de goces; que era millonario y que no le importaba no ser vizconde, cuando podía comprar títulos de marqués; que su corazón resucitaría á la presencia de cualquiera mujer y que volvía á los encantos de la vida, á los fulgores de la existencia; que esta vida mística, fría, insoportable, no era para él, sino para los inocentes y para los cobardes!

El rostro de Francisco se reanima-

ba, su mirada se hacía lúcida y su corazón comenzaba á palpitar con fuerza.

—Sí, continuaba el jesuita, dice que abjurar de la vida á los veinte años es obra de un imbécil.

—¡Basta! gritó el Visitador; firme usted; todo ha concluído.

—No, gritó Francisco, no ha concluido, ahora empieza!

—¡Sacrilegio! exclamó el Visitador:

El jesuita inclinaba la cabeza para ocultar el gozo que le causaba la derrota del Visitador.

Francisco se levantó terrible, como un hombre que descubre la verdad, cuando ha sido engañado vilmente. Los arranques del jesuita lo habían despertado de su sueño ó más bien de su pesadilla.

—Sí, gritó con fuerza, me arrepiento de haberme sometido como un miserable esclavo á esta autoridad negra, de la que me desencadeno!.... Nací libre y quiero serlo, me despojo de esta vestidura que me horroriza y la arrojo para siempre de mí!

Rasgó la sotana y se la quitó en pedazos.

—Vuelvo al mundo. Mi espíritu tiende sus alas que se rompían en esta jaula de hierro.... Me habían enloquecido, ya vuelvo á la razón!

—Pero esto es inconcebible, murmuró el visitador.

—Señor notario, dijo Francisco, recoged todo eso que me pertenece y es mío, sois mi depositario.

El escribano con una prontitud telegráfica, recogió todos los documentos, los puso en su cartera y se levantó de su asiento.

—No, no cederé la herencia de mis padres, gritó Francisco; ver que otros la gastan y yo, pobre, envuelto en la sotana, degradado, besando manos, arrodillado y arrastrándome como un reptil!.... No, no; la vida, los goces, el estruendo, la juventud, el amor!... Le tengo horror á esta celda, la hipocondria, el rezo, los cerrojos, el encierro!.... Yo quiero la luz del cielo, el fulgor de las estrellas, el calor del sol!.... ese aire que corre por las sel-

vas y las llanuras, no esta atmósfera mefítica que me asfixia!

El Visitador hizo un esfuerzo supremo, afectó sonreirse porque le daba vergüenza el fiasco en presencia del Arzobispo de México.

—Está bien, dijo; nada de violencias.

—Señor, se atrevió á decir el jesuita.

—Sois un tonto, murmuró por lo bajo el Visitador.

El padre Angelini resplandecía de felicidad, se vengaba á su vez de los jesuitas.

Francisco se acercó al Arzobispo y le dijo respetuosamente:

—Perdonadme, monseñor, si he podido disgustaros, pero soy mexicano y no quise que mi caudal pasara al extranjero; dadme vuestra bendición.

El Arzobispo bendijo al joven.

La bendición era una censura al Visitador, quien lleno de ira dejó la salida del padre Angelini.

IV

La historia del suceso, corrió como un rayo entre la concurrencia del templo.

Las velas se apagaron, los sacristanes desnudaron los altares é hicieron resonar las llaves, lo que indicaba á los fieles que ya podrán retirarse.

Francisco salió de la Profesa en los momentos en que Lucrecia y Cecilia se preparaban á entrar en su carruaje.

El joven se acercó, y tendiéndoles la mano, les dijo:

—He emocionado á las OLAS ALTAS ya no soy vizconde, entro en la BAJA MAREA.

A ustedes les debo esta aventura y las estoy agradecido, no les guardo rencor, espero darles la revancha.

—Esperamos, dijo Cecilia, que no será muy cruel.

—Señorita, contestó el vizconde, yo obedezco la sentencia árabe: «A la mujer ni con una rosa.»

Las jóvenes sonrieron, y estrechando la mano de Francisco, desaparecieron entre el tumulto de coches que inundaba la via de Plateros.

El vizconde tomó el tranvía de San Cosme, se detuvo en el Tívoli del Elíseo y mandó disponer para la noche siguiente un banquete espléndido.

VI

El Tívoli del Elíseo es un gran jardín con salones para convites.

Aquel jardín está muy descuidado, cuando tiene elementos de árboles y de plantas y un vasto terreno para convertirlo en lugar de recreo y de solaz.

No obstante, el sitio es hermoso y allí tienen lugar los banquetes, desde aquellos en que se toma á granel el champaña, á aquellos en que se bebe el plebeyo vino de Rosellon.

Como Francisco Santelices era millonario, el salón principal se adornó con gusto, y se convirtió en una selva

de perfumes, sus grutas de flores, estatuas de Venus, á propósito para un banquete de calaveras.

A las siete de la noche entraban en bandadas los concurrentes, dispuestos á pasar una noche de trueno.

La mesa resplandecía por su buen gusto, la vajilla, la cristalería, las blancas servilletas encarrujadas, puestas en las copas, con ramos de flores, el cristofle luciente, los centros elegantes, todo presagiaba una gran fiesta.

La banda de Payén tocaba bajo los árboles magníficas piezas, y todo era bullicio y algazara.

En los kioskos del jardín, había también mesas preparadas para familias.

Había curiosidad por ver aquel banquete preparado por un aristócrata prófugo de la clase y de la Iglesia.

Se dió el toque de llamada, y todos los concurrentes buscando sus tarjetas, ocuparon los lugares señalados por el anfitrión.

La servidumbre recorría aquella inmensa distancia, llevando los platones y destapando botellas, en medio de la

múltiples conversaciones y carcajadas, que forma la ópera de los banquetes.

Francisco ocupaba el centro de la mesa, rodeado de sus mejores amigos, que no cesaban de felicitarlo.

El joven volvió á la vida, y como aquel que pasa un gran peligro y se encuentra en salvo, ve con horror el camino que ha dejado á su espalda, así Francisco sentía hasta espanto al considerar la vida que había aceptado en un momento de fascinación y de locura.

¡Qué diferencia entre aquel festín donde brillaban semblantes alegres, donde había risas de placer, donde se hablaba de esperanzas, de ilusiones y de amor, y aquella celda obscura, sola, donde sólo se escuchaba la salmodia del rezo en latín y el andar pausado de los jesuitas!....El infierno de la vida, para morir en el silencio y el olvido, como una lámpara que se apaga!.....

Entonces respiraba con fuerza como si se librara de un gran peso, como si se quitara del alma la piedra

su sepulcro y volviera á aspirar los ambientes del cielo.

Comenzaron los brindis y los aplausos y las bromas y las sátiras contra la aristocracia, contra los clérigos, los devotos y los santurrones.

Era esa juventud nueva que anatematiza el pasado y se burla de los fanatismos antiguos y abre á su paso las anchas vías del porvenir.

La nueva evolución con sus auroras y sus iris, con las nuevas ideas imperando en los combates sociales, incontenible, tremenda, como todo lo que arroja el impulso gigante del progreso.

En medio de aquel estruendo, se acercó un lacayo y dijo una palabra al oído de Francisco.

Levantóse el joven, procurando que no lo notasen los comensales, que estaban envueltos en una tormenta de alegría.

Ya se dirigía á uno de los kioscos, cuando encontró al paso á un caballero.

—Señor de Santelices, ¿me conoce usted?

—Sí, perfectamente.

—Sea usted mi salvador, acaso esta noche sea la última en que veo á Lucrecia.

V

—Está bien, vamos.

Entraron al kiosco, que era un nido de aves entre las ramas de los fresnos.

Sentadas á una mesa elegantemente servida, estaban Cecilia y Lucrecia; habían enviado al joven que las acompañaba, en busca de Francisco.

—Señoritas, dijo Francisco, qué sorpresa tan interesante para mí.

—Perdone usted, señor vizconde.

—Excuse usted ese título que me horroriza, llámeme usted Francisco á secas.

Pues bien, continuó Cecilia, venimos á despedirnos de usted.

—¿Se marcha usted, señorita?

—Sí, regreso con la familia á la Habana; pero antes quería pedir á usted perdón por una locura, cuyos resultados no imaginaba.

—Cecilia, hablemos con franqueza, conozco los móviles y esto me basta ....Yo no soy digno del amor de usted, me apasioné de una mujer sin corazón, que al verme en lo que no pudo llamarse una desgracia, pero sí una situación difícil, de que yo no era culpable, me arrojó de su presencia, me humilló, haciéndome pedazos el corazón!

—Es verdad, murmuraron las jóvenes.

—¡Ah, si me hubiera amado, en aquellos momentos se hubiera mostrado grande y generosa!

—Sí, sí, dijeron las jóvenes.

—Yo la he arrojado para siempre de mi corazón!

Todos guardaron silencio.

—Señorita Lucrecia, dijo el vizconde, ¿continúo mereciendo el afecto de usted?

—Sí, siempre, contestó la joven.

—Pues bien, voy á solicitar de usted algo....

—Hable usted, Francisco.

—En la vida, hay momentos que deciden del porvenir, momentos solemnes

en las fases del destino.... Hay un corazón que ama á usted, un hombre que todo lo sacrificaría por una sola esperanza, ese hombre espera de usted una palabra para ser feliz..... pronúnciela usted, se lo demanda de rodillas.

El caballero se puso de hinojos y con la mano en el corazón esperó su sentencia.

—Señor de Santelices, dijo Lucrecia, usted intercede como hombre honrado y yo cedo á mis afectos. Levante usted.

El caballero besó el suelo que pisaban las plantas de Lucrecia, y levantándose dió un estrecho abrazo á Francisco.

—Gracias, dijo Francisco estrechando la mano de Lucrecia, por cuyas mejillas se deslizó la última lágrima de sus esperanzas!

Tomó Francisco el brazo de Cecilia y salieron al jardín, cuyas luces se iban amenguando.

—Me ha amado usted, dijo Francisco, y yo tendría vergüenza, más

bien remordimiento de aceptar ese cariño ardiente y desinteresado.

—¡Y profundo como el mar! exclamó la cubana.

—Ahora la haría á usted desgraciada; pero le juro á usted en esta noche, delante de Dios que me está escuchando, que el día en que piense unirme á una mujer, no será otra que con Cecilia!

—¡Y yo esperaré ese día con toda mi entereza!

—¿Me lo jura usted?

—¡Lo juro! dijo Cecilia y acercó sus labios á los de Francisco. ¡Adiós!.... y nos volveremos á ver, me lo dice un presentimiento y mi corazón no me ha engañado.

—¡Adiós! exclamó el joven; la estrechó fuertemente sobre su corazón, le besó las manos y volvió á entrar al salón, donde ya extrañaban su presencia.

VI

Estaba el festín en el momento más culminante.

Francisco se levantó para brindar y ofrecer el banquete á sus amigos.

—¡Sobre la mesa! ¡sobre la mesa! gritaron todos, lo queremos oír.

Se acercaron á Francisco y por más que se resistía lo hicieron subir sobre la mesa.

El joven estaba emocionado, casi fuera de sí.

—Señores, no soy el hombre de ayer, me he transformado!.... Aprisionado como una barca entre los arrecifes, la aristocracia y el clero, estaba á punto de ser despedazado!.... Un esfuerzo poderoso, casi sobrehumano, me ha salvado, dejando allí en girones mi nombre y mi memoria.... No importa, en nuestro seno, que es el de la democracia, á nadie se le pregunta de dónde viene, sino á dónde va!

Un aplauso caluroso, respondió á las palabras de Francisco.

—Sí, continuó el joven, ya no tengo título de nobleza, lo he mandado á los archivos del presidio de Tolón; pero poseo un nombre conquistado por la miseria y el trabajo, un nombre que

me honra más que el de vizconde, que he llevado como el sambenito de la vergüenza, soy Francisco el *Vendedor de Periódicos*, Francisco el papelero!

Resonaron los gritos, las palmoteos y el chocar de las copas; aquello era una tempestad.

El joven continuaba cada vez con más entusiasmo.

—He dejado las *Olas Altas* y entro animoso en la *Baja Marea;* á esa sociedad donde esta el talento, la instrucción, las profesiones, el valor, los inventos, las manifestaciones todas de la grandeza del espíritu humano!

El entusiasmo rayaba ya en locura.

—En esas altas cimas, continuó el joven, está la vanidad, el orgullo, el más arraigado fanatismo; todo lo que no sirve, todo lo que ya no cabe en la sociedad; mientras que vosotros sois la tempestad que purifica el cielo con sus descargas eléctricas, sois lo que habla, lo que vive, lo que palpita, lo que va en la locomotora del progreso, el mundo del porvenir. ¡Salud á vosotros! ¡Gloria á la virtud y á la democracia! ¡Hurra por la *Baja Marea*!

Llegó el entusiasmo al frenesí, todos aplaudían, todos hablaban; la música se opacaba con aquel estruendo.

Cuando aquella multitud ya delirante con los vàpores del champagne buscaba en el centro de aquel espléndido banquete al anfitrión, ya Francisco de Santelices había desaparecido.

FIN DE "EL VENDEDOR DE PERIÓDICOS"